

Unidad de América Latina en el siglo XIX. José María Torres Caicedo, Padre del Latinoamericanismo

Autor: Carlos Mario Manrique Arango

Msc: Historia de América Latina, el Caribe y Cuba.

Docente. Universidad Nacional Abierta y a Distancia.

PRÓLOGO

A uno de los aspectos menos conocidos de la historia de las ideas integracionistas de este continente se dedica el libro *Ideologías en torno a la Unidad de América Latina* en el siglo XIX. José María Torres Caicedo, Padre del Latinoamericanismo de Carlos Mario Manrique Arango. Nos referimos al origen del término América Latina, que como bien comprueba el autor de este texto no fue una invención de los tempranos imperialistas franceses en su afán de expansionarse por las tierras al sur del Río Bravo, como comúnmente se cree, sino el resultado de la invención intelectual de un ilustre pensador colombiano, José María Torres Caicedo, a quien está consagrada la obra que presentamos a los lectores.

Lo primero que debo advertir es que el libro, surgido de una laboriosa investigación, nos ofrece el fruto de las interesantes, fundamentadas y sugerentes reflexiones de Manrique Arango, acompañadas de valiosa información histórica. Redactado con claridad y fluidez expositiva, el texto está respaldado además por un amplio aparato crítico y una numerosa bibliografía, que junto a los anexos realzan su valor y contribuyen a la mejor comprensión del cuerpo argumental.

Según refrenda el autor de este enjundioso trabajo, la alternativa de América Latina para denominar los territorios del río Bravo a La Patagonia, nació al calor de los crecientes

antagonismos con el poderoso vecino del Norte. Es muy significativo que la expresión América Latina surgiera con un indudable y definido acento anti norteamericano. La aparición del novedoso concepto, a mediados del siglo XIX, estuvo vinculado al resultado de las luchas por la independencia, cuando tras la emancipación política pasaron a un segundo plano las contradicciones con las antiguas metrópolis europeas y, en su lugar, se alzaron las agudas pugnas con los Estados Unidos, que iniciaba entonces su voraz política expansionista.

En varios textos de la época, la creciente contradicción con los Estados Unidos se fue relacionando con las evidentes diferencias -culturales, religiosas, lingüísticas, étnicas, etc.- que separaban la América del Norte, de origen anglosajón, de una América del Sur que contaba con un importante componente latino en su ascendencia. La búsqueda de las causas de este diferendo en una distinta matriz étnica fue casi simultánea, como recuerda el autor en esta obra, al surgimiento de la idea de la latinidad de la Europa meridional y, por extensión, de las antiguas colonias ibéricas, a la que ya se refirieron autores del Viejo Continente como el Barón de Humboldt y Michel Chevalier.

El libro de Manrique Arango defiende el criterio que compartimos de que el neologismo América Latina, que hizo su aparición a mediados del siglo XIX, tuvo como verdadero padre a José María Torres Caicedo, sin desconocer por ello las aportaciones simultáneas del chileno Francisco Bilbao. En 1856, el pensador colombiano utilizó, por primera vez, el nombre en la primera estrofa de la parte IX de su poema "Las dos Américas, fecha que se acepta como de aparición del mismo.

Más adelante, en febrero de 1861, Torres Caicedo dio a conocer en París sus Bases para la Unión Latina-Americana. Pensamiento de Bolívar para formar una Liga Latino-Americana; su origen y sus desarrollos, dirigida a la integración económica y política de las que llamó "Repúblicas latino-americanas", escrito que cuatro años después editaría en forma de libro en la propia capital francesa. El colombiano, a diferencia de Bilbao -quien no seguiría usando el neologismo, en protesta por la intervención francesa de Napoleón III en México-, sería un incansable propagandista de la novedosa expresión y su más tenaz

difusor -al extremo de corregir las segundas ediciones de sus trabajos anteriores a 1856, para sustituir América española por América Latina.

Además, Torres Caicedo fundó en Francia (1879) la Sociedad de la Unión Latinoamericana, con el propósito de "promover de manera sistemática la unión de los países latinos de América", y en cuya directiva figuraron personalidades tan conocidas como el ex presidente dominicano Gregorio Luperón y el patriota puertorriqueño Ramón Emeterio Betances. En su obra *Mis ideas y mis principios*, publicado en París en 1875, el propio Torres Caicedo, que llegó a representar a Venezuela, Colombia y El Salvador ante el gobierno francés, se atribuyó la primacía en la adopción del nuevo término.

Con este libro, Carlos Mario Manrique se propuso explorar el pensamiento de este ilustre colombiano, que evolucionó del conservadurismo al liberalismo moderado, así como su inclinación al ideario bolivariano de unidad. Desde esta perspectiva, se analiza la invención del término América Latina, así como su connotación ideológica y política.

Después de dejar muy bien delineados en la Introducción de la obra los precedentes teórico conceptuales que consideró necesario para su investigación, referidos en lo fundamental al rastreo de las distintas concepciones teóricas sobre el objeto de estudio – donde incluye el análisis historiográfico del tema, que permite conocer sus precarios antecedentes-, Manrique dedica el primer capítulo –titulado *Ideas para configurar una Patria Grande-* a la valoración general de la ideología del liberalismo y el conservadurismo y al complejo problema de la integración y la unidad del subcontinente en las primeras décadas post independentistas.

La Nación en su encrucijada se denomina el segundo capítulo. Está consagrado a la historia decimonónica de Colombia y se refiere también a la evolución de las ideas unionistas e integracionistas en este gran país sudamericano, aspectos necesarios para la mejor comprensión del tema central.

El tercer y último capítulo –que lleva por nombre José María Torres Caicedo y su idea de América Latina- es el verdadero eje de este valioso libro, pues está referido al estudio de la vida y el pensamiento de esta descolante personalidad colombiana y contiene las principales aportaciones y novedades, selladas de manera convincente, con un adecuado nivel de síntesis, en las conclusiones.

En las páginas que siguen, Carlos Mario Manrique Arango nos ofrece un riguroso y muy logrado estudio sobre José María Torres Caicedo, el verdadero artífice del término América Latina, cuya trascendente obra es casi desconocida, a pesar de la enorme huella que ha dejado en el pensamiento colombiano y latinoamericano. Al publicarse ahora este interesante estudio, que hace énfasis en su ideario, los lectores podrán no sólo conocer aspectos fascinantes de su vida y producción intelectual, sino también comprender la significación de este hombre singular, que por el respaldo a la aspiración integracionista de los pueblos de Nuestra América, que recuperó del legado de Francisco Miranda y Simón Bolívar, ocupa con toda justicia un lugar cimero entre los grandes pensadores de este continente irredento.

Dr. Sergio Guerra Vilaboy.

Presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC).

Unas palabras sobre la importancia de Ideologías en torno a la unidad de América Latina en el siglo XIX. José María Torres Caicedo, padre del Latinoamericanismo

Hace tan sólo pocos años atrás y cuando impartía un curso de maestría sobre pensamiento latinoamericano, uno de los jóvenes estudiantes de la misma, Carlos Mario Manrique Arango, me solicitó fuera su director de tesis. Nació así una relación de colaboración y una amistad fraternal de la que me honro. Desde luego que en ese momento lejos estaba yo de imaginar que hoy vería culminada esta tarea escribiendo estas sencillas líneas para Ideologías en torno a la unidad de América Latina en el siglo XIX. José María Torres Caicedo, padre del Latinoamericanismo libro fruto de esta fructífera labor. El camino seguido hasta aquí se acompañó de un trabajo arduo por parte de este joven colombiano que supo vencer diferentes obstáculos a lo largo del mismo. El primero de ellos se relaciona con la propia disciplina en que se movía la investigación, pues la misma se insertaba por su problemática en el campo de la historia de las ideas

La Historia de las Ideas resulta ser una disciplina relativamente reciente si la comparamos con aquellas que le sirven de pauta y de las cuales se desprende para incursionar en un campo no explorado por la historia, la filosofía, la sociología, así como otras ciencias sociales. Disciplina de fronteras, que incursiona por lo regular en terrenos muy poco trabajados y que por sus características esenciales se ve obligada al análisis multidisciplinario, exige de quién se atreve a incursionar en la misma no sólo un profundo conocimiento y cultura sino también una buena dosis de audacia para adentrarse en el examen de problemas históricos, filosóficos y sociales que por lo regular o no son abordados por los especialistas de estas materias o son vistos desde otros puntos de vista. Estas particularidades hacen, por lo menos en el contexto de América Latina, muy poco frecuentes los estudios en esta dirección.

El segundo problema era el de rescatar a una importante figura del siglo XIX que se encontraba poco trabajada u olvidada, por lo que las referencias y ensayos sobre su vida, obra y significado, aún en Colombia su país de origen, eran casi inexistentes. Por ello la investigación para devolvernos el significado e importancia de José María Torres Caicedo

exigía de constancia, disciplina, paciencia para extraer de archivos y la prensa de la época la información necesaria para el desarrollo del tema

Audacia y profundos conocimientos sobre el tema son algunas de las cualidades inherentes al texto que el Ms. C. Carlos Mario Manrique Arango nos presenta al incursionar con gran acierto en la problemática de la unidad de América Latina en el siglo XIX y sacar del olvido la figura de José María Torres Caicedo. Concebido inicialmente como tesis que le sirvió para culminar sus estudios de Maestría en Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina, el Caribe y Cuba, el texto serio y acucioso, incursiona hábilmente en las diferentes concepciones y posturas ideológicas sobre la construcción de la nación y los diferentes criterios sobre la unidad de América Latina, para adentrarse después en la figura de José María Torres Caicedo, y su lugar y papel en relación a los ideales de unidad e integración de lo que hoy en día y fundamentalmente debido al propio Torres Caicedo denominamos América Latina.

Varios aspectos, en mi criterio, merecen resaltarse de Ideologías en torno a la unidad de América Latina en el siglo XIX. José María Torres Caicedo, padre del Latinoamericanismo. En primer término el tratamiento que su autor da al liberalismo y el conservadurismo ya que los analiza en diferentes planos que van desde los generales hasta sus manifestaciones más concretas en América Latina y de manera especial en Colombia.

El contrapunteo con los modelos europeos y norteamericano y las especificidades que el liberalismo y el conservadurismo poseen en América Latina le confieren al texto novedad, rigor y un significativo valor teórico metodológico. Estos aspectos resultan de vital importancia para todo nuevo análisis que se adentre en estas problemáticas pues el trabajo contribuye a desentrañar la naturaleza, características y esencialidades del liberalismo y el conservadurismo decimonónico en América Latina.

Una segunda cuestión, no por ello menos importante, es el tratamiento histórico de la idea de la unidad de nuestra América. Con esta perspectiva Carlos Mario Manrique Arango logra mostrar el devenir histórico y la complejidad de las ideas sobre la utopía de la unidad o integración y las luces y sombras que han acompañado a la misma. El autor nos presenta así el hispanoamericanismo de Miranda y Bolívar, el experimento de la Gran Colombia, la continuidad de la utopía después del fracaso de ésta, y las nuevas características que

adquieren los proyectos de unidad a partir del surgimiento del latinoamericanismo, en donde Torres Caicedo es protagonista fundamental.

De singular importancia en esta dirección resulta el estudio de la cuestión nacional en Colombia, ya que nos presenta el marco histórico referencial para comprender la naturaleza de los proyectos de nación y el papel jugado por liberales y conservadores en la “construcción de la nación”.

Por último los enfoques y valoraciones sobre José María Torres Caicedo no nos ofrecen un cuadro biográfico frío sobre una figura más, sino que moldean con agudeza y de manera viva el crecimiento intelectual alcanzado por éste, las circunstancias que lo rodearon y los factores internos y externos que contribuyeron a su desarrollo y que van desde un inicial conservadurismo ultramontano mientras permanece en Colombia hasta la ascensión, tras años de vida en Francia, de posturas que pueden valorarse al menos como un liberalismo moderado. Pero Manrique Arango va más allá de plasmar con sagacidad las claves del ideario político de José María Torres Caicedo. Central en su análisis es el proyecto o utopía integradora de Torres Caicedo, que no se reduce al hispanoamericanismo inicial sino que incluye desde una vocación latinoamericanista a otras naciones no contempladas en los proyectos iniciales. La pasión que acompañó a sus escritos, sus gestiones como diplomático y la escritor para promover la unidad de Latinoamérica y su labor de defensa y divulgación de lo latinoamericano justifican sin lugar a dudas la consideración realizada por el autor del texto al presentarnos al José María Torres Caicedo como padre del latinoamericanismo.

Dr. Joaquín Santana Castillo

Introducción

Pasados más de ciento veinte años del fallecimiento de José María Torres Caicedo, su nombre no pasa de estar inscrito en más de una decena de libros. Sin embargo, su original creación es reproducida a diario por millones de personas y medios de comunicación, sin preguntarse acaso por el origen de ella. Del mismo modo, se escucha por doquier y se lee en las primeras páginas de la prensa latinoamericana los llamamientos a la unidad continental, tal vez sin que nadie repare en que también, han transcurrido más de ciento cincuenta años de la creación de la primera *Sociedad* encargada de difundir las ideas de la unidad latinoamericana.

A primera vista esta situación nos parecerá extraña, pero si insistimos en preguntar, inclusive a personas del ámbito académico, sólo algunas muy especializadas en el tema que nos darían respuesta sobre quién es José María Torres Caicedo y su obra. La razón estriba en los escasos trabajos realizados sobre él y en la casi nula difusión, incluso en el discurso político unionista, del Padre del Latinoamericanismo.

El calificativo de Torres Caicedo como Padre del Latinoamericanismo tiene sólidos fundamentos. Se justifica en la creación por su parte, en 1856, del vocablo *América Latina*; en la formulación de una doctrina de unidad en 1861, que publicará luego en un texto de 1865 titulado *Unión Latino-Americana* y en la fundación en París en 1879 de la *Sociedad de la Unión Latinoamericana*.

Pocos latinoamericanos, tuvieron la sagacidad y firmeza de Torres Caicedo, a la hora de defender la soberanía de nuestros pueblos. Como redactor del *Correo de Ultramar*, periódico editado en español desde Francia para Europa y América, defendió con ahínco los intereses de nuestros países ante cada agresión extranjera y denunció con denuedo el carácter expansionista de los Estados Unidos, al que excluía de toda posible integración con Latinoamérica.

De estirpe bolivariana, su proyecto unionista, rebasaría el estricto marco de la unidad de Hispanoamérica, que habían perfilado los próceres de la independencia, para abrazar también a los hermanos países de Brasil y Haití y redefinir nuestra identidad en un sentido más amplio frente a la América Sajona.

La exaltación de la grandeza de nuestros pueblos fue uno de los propósitos de su vida. En Europa daría a conocer lo más selecto de la *Literatura Latinoamericana*, hasta lograr compendiar en tres volúmenes los *Ensayos biográficos y de crítica literaria*, que constituyeron un relato orgánico de la historia y la crítica literaria de nuestra América.

Desde el propio París, rechazó contundentemente la agresión francesa a México. Aquí, se convertiría en el diplomático latinoamericano más influyente, de las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. Su prestigio le valió para que los cancilleres le nombraran el primer Presidente del Congreso Latinoamericano de Diplomáticos en Europa.

Hoy, que los vientos de unidad se tornan fuertes y se vislumbra la alborada de un cambio de época, se hace necesario tener claridad histórica sobre los meandros que ha recorrido el proyecto integracionista, desde su formulación primigenia por Francisco de Miranda. Ello, sin olvidar la relevancia, de un hombre de la talla de Torres Caicedo. Por tal motivo, el presente trabajo tiene como finalidad, explicar y valorar la evolución política de José María Torres Caicedo, así como los fundamentos de su ideario de unidad latinoamericana.

El pensamiento de José María Torres Caicedo evolucionó del conservadurismo al liberalismo moderado. Sobre la base del concepto de América Latina, elaboró un proyecto de unidad que rebasó los estrictos marcos del Hispanoamericanismo, postulado por los próceres de la independencia, al incluir a los países de Brasil y Haití. Su doctrina unionista se halló permeada de un fuerte espíritu antinorteamericano, que contraponía el carácter Latino ante el expansionismo Sajón.

Son pocos los estudios que se han realizado acerca de nuestro autor. El primero de ellos, lo realizó su amigo y primer biógrafo el venezolano Cecilio Acosta. Su trabajo, *José María Torres Caicedo*, resulta hasta el presente, el análisis más profundo de su obra desde la perspectiva de su estructura teórica. Acosta, realiza un análisis de cada uno de los elementos constitutivos de su pensamiento: Autoridad, Libertad, Igualdad, Fraternidad y Unidad Latinoamericana.

Con tal fin, compiló la mayoría de los artículos consagrados al quehacer de Torres Caicedo, redactados por intelectuales europeos de la época. Acosta, a lo largo de su ensayo,

exalta la calidad humana, el temple de su amigo, que califica como “Apóstol de la América”.

Su gran afán ha sido siempre el engrandecimiento y gloria de estas regiones, a las cuales ha procurado conservarles el puesto de honor en el estrado de la gran civilización; y en medio de su vida múltiple, ha hallado siempre tiempo, o para representarla como diplomático, o para defenderla como escritor, o para ser como particular apóstol de sus ideas, esperanzas y tendencias.¹

En 1989, a propósito del centenario del fallecimiento de Torres Caicedo, el colombiano Antonio José Rivadeneira realizó un trabajo intitulado *El bogotano José María Torres Caicedo (1830-1889). La multipatria latinoamericana*. En él, su autor brinda detalles sobre la vida de Torres Caicedo y su formación ideológica, aunque en este último aspecto carece de una valoración general de su ideario político. Rivadeneira sólo traza unas pautas sobre su quehacer conservador en Colombia, dejando de lado su ulterior tránsito al liberalismo.

De igual manera, evidencia cómo Torres Caicedo debe ser considerado el precursor, de lo que él denomina la “Multipatria Latinoamericana”.

El propósito inequívoco de Torres Caicedo consiste en retomar el pensamiento de unión y confederación, concebido por Bolívar para la América antes española y proyectarlo con una perspectiva mayor en ese ámbito geográfico y espiritual que gracias a él se denomina AMÉRICA LATINA, en la exacta dimensión y con todos los atributos de una Patria múltiple.²

Por otro lado, el uruguayo Arturo Ardao en el texto *América Latina y la latinidad*, que recoge sus trabajos comprendidos entre 1980 y 1992, despliega una exhaustiva investigación con el ánimo de explicar la génesis del nombre de América Latina. Parte de la idea de la latinidad de los pueblos de la América del Sur, expuesta por primera vez por el francés Michel Chevalier. Subraya, Ardao, que la construcción del concepto de la latinidad

¹ Cecilio Acosta. “José María Torres Caicedo”. En: *Obras Completas*. Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1982, t. 2, p. 99.

² Antonio José Rivadeneira. *El bogotano José María Torres Caicedo (1830-1889). La multipatria latinoamericana*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1989, pp. 112-113.

cobró sentido en el debate sobre las razas, sostenido por el historicismo decimonónico, para cohesionar la identidad de nuestros pueblos y oponerla a la raza sajona. Torres Caicedo se convierte entonces, en eje central de su análisis, al ser el creador del término América Latina. Sin embargo, Ardao no profundiza en la evolución de sus posturas políticas y la importancia que ello tuvo para la forja de un ideario puramente unionista.

No podríamos llevar adelante nuestra investigación, sin la consulta de algunas obras ilustrativas de la época en que vivió Torres Caicedo. En este sentido, la obra de Eric Hobsbawm sobre el siglo XIX, en tres tomos, se torna una pieza esencial. En el primero, *La era de la revolución (1789-1848)*, analiza las transformaciones medulares que tuvieron lugar en el período de la doble revolución: industrial (británica) y política (francesa). Éstas iniciarían la consolidación del orden liberal y el ascenso de la burguesía al poder. En *La era del capital (1848-1875)*, muestra el apogeo del desarrollo tecnológico y del mercado, con la consecuente división de los países, en productores de materias primas y consumidores. *La era del imperio (1875-1914)*, por su parte, evidencia la crisis de la sociedad burguesa y de los fundamentos morales que la sustentaban, preludio de la primera Guerra Mundial.

En torno al liberalismo, ideología fundamental para el análisis de los procesos objetos de este estudio, destaca el clásico de Harold Laski *El Liberalismo Europeo*. El liberalismo, destaca Laski, puede considerarse la doctrina por excelencia de la civilización occidental y el producto ideológico de la burguesía como clase social. Para que el lector comprenda, cómo llegó a constituirse el liberalismo en la ideología predominante del siglo XIX, describe minuciosamente los cambios radicales que se iniciaron con la Reforma y cristalizaron con la Revolución francesa, y que transformaron la vida económica, jurídica y religiosa de la sociedad medieval.

Por su parte, Jorge Luis Acanda en su libro *Sociedad civil y Hegemonía* califica al liberalismo como la primera ideología revolucionaria de la modernidad, al ser capaz de concebir y proyectar una imagen del mundo, alejada de cualquier fundamento trascendental y basada en la razón. Acanda confirma la complejidad que reviste elaborar un concepto de liberalismo, cuando resulta más preciso hablar de liberalismos, dado que esta ideología ha tenido la particularidad de amoldarse a situaciones históricas y políticas concretas. Asimismo, señala Joaquín Santana en sus *Notas sobre el liberalismo decimonónico mexicano*, el liberalismo posee una contextura heterogénea y elástica, al oscilar desde

posturas cercanas al conservadurismo hasta posiciones radicales que frisan con el socialismo. Pese a las observaciones anteriores, John Gray advierte que el liberalismo, puede definirse a partir de cuatro rasgos, comunes a todas sus variantes. Ellos son: su carácter universalista, individualista, igualitarista y meliorista.³

Robert Nisbet, mientras, desbroza con maestría cada uno de los dogmas del *Conservadurismo*.⁴ Desarrollados en su texto como binomios inseparables, demuestra cómo: Historia y Tradición; Prejuicio y Razón; Autoridad y Poder; Libertad e Igualdad; Propiedad y Vida; Religión y Moralidad, constituyen los puntales que transforman al conservadurismo en una de las tres ideologías políticas más importantes de los dos últimos siglos en Occidente.

Para la investigación, resultan fundamentales los trabajos referidos a la historia de América Latina. Entre ellos destacan los libros de los Doctores Sergio Guerra Vilaboy, *El dilema de la independencia* y Alberto Prieto Rozos, *Ideología, economía y política en América Latina siglos XIX y XX*.

El primero de ellos ofrece una minuciosa reconstrucción del ciclo revolucionario latinoamericano, que le permite valorar, desde una óptica social, la participación de los sectores populares en la gesta emancipadora. Guerra Vilaboy, realiza asimismo un importante aporte teórico a los debates historiográficos, sobre el carácter del movimiento de liberación nacional latinoamericano, bajo la inquietante interrogante: ¿puede calificarse la independencia latinoamericana como una revolución?

Por su parte, el texto del Profesor Prieto, ofrece un panorama de la manera en que los procesos económicos, políticos y sociales se han yuxtapuesto en el devenir histórico latinoamericano. Desde una óptica marxista, comprometida con la transformación social del hemisferio, analiza las distintas propuestas ideológicas que se han constituido en guías de las revoluciones.

A nivel continental, se nota una escasa producción en las investigaciones acerca de las ideologías, siendo más significativas aquellas circunscritas a los ámbitos nacionales, donde el liberalismo corre con la mejor partida. También están ausentes los estudios comparados

³ John Gray. *Liberalismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 10-11.

⁴ Robert Nisbet. *Conservadurismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1995.

de este tipo. No obstante, se cuentan con los aportes de José Luis Romero, quien para la década de los setenta realizó sendas compilaciones sobre los textos más importantes del pensamiento conservador y de la emancipación, publicados en la Biblioteca Ayacucho y luego reeditados, junto con otros trabajos suyos, en múltiples ediciones. Para esta investigación se consultó, *Situaciones e Ideologías en América Latina*, que argumenta la existencia de un amplio espectro ideológico que desdibuja las fronteras entre liberales y conservadores.

Yamandú Acosta, en su artículo *El liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores*, valora el papel que jugó el liberalismo en nuestros países durante el siglo XIX. El liberalismo, afirma Acosta, en un primer momento fue funcional a la ruptura del orden colonial, pero a fines de la centuria se convirtió en una ideología que sustentaba la dependencia económica y política.

Sobre la temática de la integración latinoamericana, abundan los trabajos de articulistas que toman como punto de partida el excelente estudio de Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*. En su ya clásica obra, Soler explica el concepto de nación que pretendían forjar las élites y los sectores populares, a partir del liberalismo o del conservadurismo. Su reflexión pretende demostrar cómo convergieron, en una primera etapa, liberales y conservadores, en la asunción del proyecto integracionista. Esa unidad de miras colapsaría, a raíz de las transformaciones de las estructuras coloniales que el liberalismo emprendió, y el repliegue del conservadurismo hacia posturas proclives al naciente imperialismo norteamericano.

La compilación de textos de Leopoldo Zea, bajo el ilustrativo nombre de *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*, recoge lo más significativo del pensamiento nuestro desde los movimientos de emancipación hasta los de liberación contemporáneo. Pero, llama la atención, la no inclusión en él de textos de José Cecilio del Valle y José María Torres Caicedo.

Sergio Guerra y Alejo Maldonado recorren los *Laberintos de la Integración Latinoamericana*, para revelar las múltiples aristas de un ideal medular de nuestra historia. Desde fines del siglo XVIII hasta los albores del XXI, los autores explican con amenidad y rigor, los diferentes proyectos políticos y económicos, concebidos en pos de la unión de los pueblos latinoamericanos.

Resulta curioso, por no decir paradójico, que el área del planeta donde más condiciones han existido históricamente para su integración, América Latina, dada su identidad de idioma, religión, idiosincrasia, cultura, historia y similares condiciones socioeconómicas, sea donde ésta no ha sido posible, convirtiéndose en una utopía que se ha transmitido de generación en generación.⁵

Un importante aporte para la comprensión de los factores que se oponen a la utopía integracionista, lo hace Joaquín Santana en su artículo *Utopía y realidad de la integración latinoamericana y caribeña en los inicios del siglo XXI*. Señala, entre ellos, la existencia de grupos sociales aliados y dependientes del capital extranjero, interesados en preservar su poder local; la estructura económica heredada de la colonia que no favoreció el establecimiento de vínculos comerciales entre los distintos territorios; así como la heterogénea composición de la población.

Para el análisis de los procesos de formación de los partidos políticos en la Nueva Granada durante el siglo XIX, se utilizaron varios ensayos compilados en tres tomos por Jaime Jaramillo Uribe, en la obra *Historia de Colombia*. De igual modo resultaron útiles, los trabajos que sobre las transformaciones políticas, económicas y religiosas y sociales que han estremecido al país durante toda su historia, aparecen en el libro *Colombia hoy* coordinado por Jorge Orlando Melo.

Los estudios históricos de los norteamericanos David Bushnell, *Colombia una nación a pesar de sí misma*; Frank Safford, *Aspectos del siglo XIX en Colombia* y Helen Delpar, *Rojos contra Azules*, se realizaron desde una óptica historiográfica, despojada de todo prejuicio partidista nacional.

Sin embargo, deben subrayarse varias cuestiones sobre estas obras. En general, el análisis de Bushnell sobre la historia colombiana, resalta por su matiz conservador. Su hilo conductor, son las complejidades de la construcción de la nación, y concuerda con Delpar en anotar, que tanto los partidos como la Iglesia fueron las únicas instituciones generadoras de unidad, aunque a la par, fueran las causantes de los mayores conflictos. Sin duda, el estudio de Delpar sobre el liberalismo colombiano, es el más completo que se ha podido

⁵ Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo. *Los Laberintos de la Integración Latinoamericana. Historia, mito y realidad de una utopía*. Caracas, Editorial Melvin, 2006, pp. 9-10.

realizar, por su exhaustiva consulta de fuentes primarias. Mientras, Safford describe la alineación partidista, desde nuevos ángulos que desmontan la tradicional división liberal-comerciante vs. conservador-terrateniente, al resaltar en ella la importancia del origen regional, los vínculos familiares y el prestigio social.

Las ideas liberales en Colombia de Gerardo Molina fue un estudio pionero sobre este tema. En sus tres tomos, Molina estructuró un análisis sistemático del liberalismo, recorriendo a través de sus personalidades los puntos esenciales de su ideario. Su análisis, para el lector contemporáneo, no resulta fresco por el empleo de un aparato referativo que abusa de las citas.

Por otro lado, Fernán González en su reciente estudio *Partidos, guerras e Iglesias en la construcción del Estado Nación en Colombia (1830-1900)*, relaciona de manera novedosa las guerras civiles con la construcción del Estado-nación y de los partidos tradicionales. Subraya, cómo los partidos se configurarían en dos comunidades contrapuestas pero complementarias, y el papel que le tocó jugar a la Iglesia católica en este proceso.

En este marco historiográfico, nuestro trabajo pretende ser un aporte a los estudios sobre el latinoamericanismo, tomando para ello la figura de José María Torres Caicedo. Con este fin, hemos consultado el conjunto de sus obras, entre las que se destacan: *Mis Ideas y mis Principios; Unión latinoamericana; Estudio sobre el gobierno inglés y la influencia anglosajona; Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos y Religión, Patria y Amor. Colección de Versos.*

De igual modo, resulta imprescindible esclarecer los conceptos esenciales para el desarrollo de esta investigación.

Hispanoamericanismo: Ideología dirigida a fomentar la unión de la América española en pos de la lucha anticolonial y de la consolidación de la independencia. Fundada en una historia, lengua, religión, idiosincrasia y costumbres comunes, halló en Simón Bolívar su más excelso gestor, al pretender formar una Liga Americana a partir de la reunión del Congreso de Panamá.

Latinoamericanismo: Ideología referida en esencia a impulsar los sueños y aspiraciones para alcanzar, la unidad de la América Latina en oposición al expansionismo norteamericano y europeo; así como a la gestación y construcción de una identidad cultural a nivel nacional y continental, que responda a la pregunta acerca de nuestro ser.

Panamericanismo: Política de dominación continental de los Estados Unidos que a partir de la década del ochenta del siglo XIX, con la emergencia del imperialismo, pretende a través de la implementación de distintos métodos consumir los postulados de la Doctrina Monroe. Con el fin de lograr la total subordinación económica y política de las naciones latinoamericanas, y de frenar la penetración inglesa, se realizaron desde 1889 sucesivas Conferencias Panamericanas.

Unionismo: Ideología y política dirigida a promover la formación de una Liga o Confederación de Repúblicas del subcontinente, con el propósito de promover los vínculos comerciales entre los Estados; adoptar un sistema judicial y educativo homogéneo; crear una Universidad Americana; solucionar por vías pacíficas los conflictos que se llegaran a presentar entre países hermanos; armar un contingente de tropas para la defensa común; reunir en una Asamblea anual a los representantes de los pueblos; garantizar iguales derechos a todos los ciudadanos de esta gran Patria común; animar una activa participación en el escenario internacional y rechazar enérgicamente la intervención de Estados Unidos y Europa en los asuntos nacionales.

Liberalismo: Ideología de la modernidad que expresó los intereses de la burguesía. Brindó una nueva forma de entender y proyectar la realidad, distante de cualquier principio de carácter trascendente. Se planteó la transformación de las estructuras feudales a partir de la razón y colocó al individuo en el centro mismo del nuevo orden social que preconizaba. A nivel económico, planteó la necesidad de unificar el mundo bajo las banderas del libre comercio, como medio para alcanzar el progreso. En América Latina, los grupos progresistas asumieron sus doctrinas como fundamento para la ruptura del orden colonial, la posterior construcción de los Estados-Nacionales y la inserción de éstos en el mercado mundial.

Conservadurismo: Ideología que surgió como contrapartida de los intereses transformadores de la burguesía, basada en las ideas de la restauración del Antiguo Régimen y la defensa de la tradición, las jerarquías sociales y la religión, pilares de la aristocracia. En América Latina, halló eco en los sectores partidarios de mantener las estructuras coloniales, sin la tutela de la metrópoli.

El trabajo se halla estructurado en tres capítulos con sus respectivos epígrafes. En el primero de ellos, se realiza una aproximación al concepto de Liberalismo, a sus elementos

constitutivos y al significado que tuvo para la transformación de la sociedad y el ascenso de la burguesía al poder. De igual modo, brindamos un panorama de las dos ideologías – liberalismo, conservadurismo- que enfrentadas o fusionadas modelarían la construcción de los estados nacionales, haciendo hincapié en sus núcleos centrales de identificación. Así, nos adentramos en uno de los problemas por excelencia del pensamiento latinoamericano: el de la integración.⁶ Y lo abordamos desde su concepción mirandina, pasando por la bolivariana, hasta llegar a la de José María Torres Caicedo.

El capítulo dos lo dedicamos a realizar una brevísima relación de los hechos políticos más relevantes del siglo XIX colombiano, teniendo en cuenta los papeles desempeñados por los partidos políticos y la Iglesia en la construcción de la nación. Asimismo, delineamos los elementos diferenciadores del modelo de sociedad que pensaban liberales y conservadores, para finalmente mostrar los dos proyectos unionistas más significativos en Colombia.

El capítulo tres se consagra a la figura de José María Torres Caicedo, ofreciendo detalles de su primera formación, profundamente católica y conservadora, y de su participación en la política colombiana. Hacemos una reseña de su actividad como diplomático y publicista, y nos detenemos en el análisis de las líneas fundamentales de su pensamiento, tanto en Colombia como en Francia. La valoración del ideario latinoamericanista y antinorteamericano de Torres Caicedo, así como su evolución hacia posturas liberales, centrará buena parte de nuestras reflexiones.

⁶ Interrelacionados entre sí, los otros grandes problemas que han preocupado la mente latinoamericana son: el de la utopía, el de la identidad y el conflicto civilización vs. barbarie.

Capítulo I

Ideas para configurar una Patria Grande

1.1 Primera ideología revolucionaria de la Modernidad

El liberalismo fue la primera ideología revolucionaria de la Modernidad,⁷ de hecho, todo el pensamiento filosófico y político de Occidente, que a partir del siglo XVII tuvo como eje reflexivo la Modernidad, quedó impregnado por el espíritu liberal.⁸

El siglo XIX constituiría la época del triunfo del liberalismo, al punto que el propio término fue utilizado por vez primera en España, alrededor de los debates suscitados en las Cortes de Cádiz en 1812. Luego se generalizó su uso, como otros, en la *era del capital*.

Como toda ideología, el liberalismo, presenta dificultades a la hora de su estudio. Una primera es su concepto mismo, debido a que resulta más preciso hablar de liberalismos que de liberalismo, pues éste se ha ido amoldando a cada coyuntura histórica y política

⁷ Sobre este tema se puede consultar el interesante capítulo “La dos caras del liberalismo” del libro de Jorge Luis Acanda *Sociedad civil y Hegemonía*. Ver: Jorge Luis Acanda. *Sociedad civil y Hegemonía*. La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2002, pp. 87-131.

⁸ Harold Laski. *El Liberalismo europeo*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 11-20.

concreta. Su definición se torna difícil, al no referirse a una sola práctica, determinada en tiempo y espacio.⁹

Un segundo aspecto, se refiere a su carácter heterogéneo y dicotómico, dado por la existencia de un liberalismo económico, basado en la idea del libre cambio, concebido por Adam Smith; y un liberalismo político que tiene como fundamento la idea del contrato social creado por Rousseau. Liberalismos no idénticos y no complementarios.

Un tercer y último aspecto se relaciona con la elasticidad o flexibilidad del liberalismo para moverse hacia posturas conservadoras, sin llegar a serlo, y hacia posturas socialistas sin estructurarse como tales, lo cual le signa un espíritu transaccional a la hora de relacionarse con ellos.¹⁰

A pesar del versátil talante que presenta el liberalismo, al no poderse identificar con posiciones políticas fijas y determinadas, carente de una esencia única y permanente, podemos distinguir varios rasgos propios de su historia y constitución. En medio, de su multiplicidad existe una unidad, que radica en una concepción definida del hombre y la sociedad, moderna en su carácter, que es común a todas las variantes de la tradición liberal. ¿Cuáles son las características constitutivas de esta concepción?

Es *individualista*, en tanto afirma la primacía moral del individuo frente a las exigencias de cualquier colectividad social. El liberalismo consagra así un proceso de desacralización de lo político, al subrayar la primacía de la individualidad, sobre todo tipo de autoridad y religión.

Es *igualitaria*, porque otorga a todos los individuos el mismo estatus moral, negando sus diferencias dentro de un orden político y legal. Sin embargo, este carácter igualitario queda inscrito en un ámbito abstracto, ya que ratifica la desigualdad en el plano económico, al definir como ciudadanos sólo a quienes poseen propiedades.

Es *universalista*, al afirmar la unidad de la especie humana y conceder una importancia secundaria a las asociaciones históricas específicas y a las formas culturales. Alimentado

⁹ Joaquín Santana Castillo. “El Liberalismo: notas sobre el liberalismo mexicano decimonónico”. En: Adalberto Santana y Sergio Guerra Vilaboy (Comps.). *Benito Juárez y Cuba*. México D. F., Porrúa, 2007, pp. 196-198.

¹⁰ *Ibidem*.

por un fundamento racional, pretende acercar a todas las sociedades al modelo cultural y social burgués europeo.

Es *meliorista*, por su creencia en la corregibilidad y las posibilidades de mejoramiento del hombre a través de cualquier institución social. Esto le imprime una percepción optimista del mundo, al encontrar en el progreso material, la posibilidad de perfectibilidad humana. Dicha idea, hace que el pensamiento de la burguesía, se proyecte como una infinita escalera ascendente en pos de la libertad plena.¹¹

Asimismo, uno de los grandes aportes del liberalismo, fue presentar al contractualismo como principio de legitimación de las relaciones políticas. Se esgrimía la idea de un Estado limitado, en su ejercicio de poder y en sus funciones, y de un gobierno representativo que asumiera la democracia en su sentido Moderno.

Esta nueva visión del universo, a través del prisma de la razón, convertía al liberalismo en una ideología verdaderamente revolucionaria, al concebirse despojada de todo basamento trascendental, alejada de la religión y la tradición. Es la primera interpretación y proyección del mundo de manera racional. Ahora, el hombre ya no construía su destino, signado por Dios. Ahora, él era el centro y punto de partida del universo, realizando así una completa desteologización de lo político, desacralizando la vida cotidiana, en una palabra secularizándolo todo.

El espíritu del liberalismo impregnaba la Europa decimonónica y la burguesía hacía gala de él. Después de 1848, el tema más importante fue el triunfo del capitalismo de la mano de su impetuosa ideología, que hasta aquí se había comportado de modo radical, innovadora y revolucionaria. El liberalismo, una vez alcanzado su triunfo político, con la llegada al poder de la burguesía, detuvo la revolución social, centrando su atención en la conservación de sus logros y propiciando el avance impetuoso de la revolución industrial. La burguesía revolucionaria se había convertido en conservadora, ante la amenaza de las revoluciones del 48, que afianzaban las pretensiones sociales de las masas.

La sociedad que proyectó la burguesía, era una sociedad que creía que el desarrollo económico radicaba en la empresa privada competitiva, y en el éxito de comprar mercancías en el mercado más barato para venderlas luego en el más caro. Una sociedad

¹¹ John Gray. *Ob. cit.*, pp. 9-12.

impulsada por la energía, el mérito y la inteligencia; guiada por los principios de la Ilustración y el razonamiento que llevarían a un creciente progreso; una sociedad en continuo y acelerado avance material y moral.

Los pocos obstáculos que permanecieran en el camino del claro desarrollo de la empresa privada serían barridos. Las instituciones del mundo, o más bien de aquellas partes del mundo no entorpecidas aún por la tiranía de la tradición y la superstición o por la desgracia de no tener la piel blanca (es decir, las regiones ubicadas preferentemente en la Europa central y noroccidental), se aproximarían de manera gradual al modelo internacional de un “estado nación” territorialmente definido, con una constitución garantizadora de la propiedad y los derechos civiles, asambleas de representantes elegidos y gobiernos responsables ante ellas, y, donde conviniera, participación del pueblo común en la política dentro de límites tales como la garantía del orden social burgués y la evitación del riesgo de su derrocamiento.¹²

La búsqueda incesante de riqueza, objeto principal de la acción burguesa, estaba entonces llamada a unificar el globo terráqueo. Quien vivía en un puerto estaba cerca de la civilización y la geografía interior era comunicada por caminos de hierro. Allí estaba desplegado el espíritu universalista del liberalismo, que con su prédica en aras de la construcción de un mercado mundial, iba dibujando los espacios en blanco de los mapas.

Lo que hizo posible el despegue del liberalismo fue la doble revolución: la revolución industrial y la revolución francesa. La revolución francesa propició la expansión de la revolución industrial. Ambas transformaciones implicaron el triunfo de una nueva sociedad. Las gentes que hacían parte de esta burguesía liberal, en sentido ideológico, en palabras de Eric Hobsbawm:

Creían en el progreso, en un cierto grado de gobierno representativo, de derechos civiles y de libertades, siempre que fuesen compatibles, con el imperio de la ley y con un tipo de orden que mantuviese a los pobres en su sitio. Creían más en la cultura que en la religión, en casos extremos

¹² Eric Hobsbawm. *La Era del Capital (1848-1875)*. Buenos Aires, Editorial Crítica, 1998, p. 13.

sustituían la asistencia a la iglesia por la asistencia ceremonial a la ópera, al teatro o al concierto. Creían en las profesiones abiertas a los emprendedores y al talento y que sus propias vidas acreditaban sus méritos. El darwinismo, social o no, no era simplemente una ciencia, sino una ideología, incluso antes de que fuese formulada como tal. Ser burgués no solo era ser superior sino también demostrar cualidades morales equivalentes a las viejas cualidades puritanas.¹³

La única organización que en este período se comprometió francamente con el Viejo Régimen, la Iglesia católica, quedó aislada sin más. El *Syllabus* de 1864 y el Concilio Vaticano demostraron, por su extremismo, que se encontraba completamente a la defensiva.

Culturalmente, el estilo de vida burgués prevaleció sobre el aristocrático, aunque solo fuese debido a una retirada más bien general, por parte de la vieja aristocracia, del mundo de la cultura (tal como entonces se entendía el término).

El interés económico era una fuerza elemental. Pero en este período ¿qué representaba esta fuerza elemental, sino el capitalismo y el mundo hecho por y para la burguesía?

La oleada revolucionaria desplegó por todo el mundo su aliento de inconformidad. Al vuelo de las ideas y las bayonetas, los hombres más inquietos serían cautivados para iniciar en Nuestra América, el despliegue que preñaría las almas de independencia.

1.2 Liberalismo vs. Conservadurismo en América Latina

La Ilustración constituyó una corriente burguesa del pensamiento filosófico, científico, político y literario europeo de corte liberal. En América Latina tuvo un impacto importante tanto en la formación de la ideología y las acciones que condujeron a la independencia, como en el desarrollo posterior de la sociedad, en el proceso de reafirmación cultural de las nuevas repúblicas y en sus esfuerzos de incorporación a la modernidad.

En Hispanoamérica las ideas de la Ilustración irrumpieron vigorosamente tratando de abrirse paso y de establecerse frente al pensamiento dominante: la Escolástica. Las ideas

¹³ *Ibidem*, p. 254.

liberales españolas, de la Ilustración francesa y del liberalismo inglés, serían la base teórica e ideológica para la independencia.¹⁴

Los precursores y próceres de ésta se formaron en las ideas de la Ilustración o se adscribieron a ellas bajo las banderas del movimiento independentista: Miranda, Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, Hidalgo, Morelos, José Cecilio del Valle, con distintos grados de identificación y aún de compromiso y participación tuvieron en la Ilustración su común denominador.

La identificación de los líderes de la Independencia con la Ilustración se vio correspondida por la apreciación que sobre Hispanoamérica tuvo una parte del pensamiento ilustrado europeo, que lejos de ver en ella pueblos incapaces de cualquier realización importante, valoraron su condición de pueblo joven y vigoroso llamado a grandes realizaciones en la historia.¹⁵

En contraposición a las ideas del liberalismo llegaron a “Nuestra América” los preceptos del conservatismo. Debe tenerse en cuenta que ambas ideologías tuvieron predominio, en el siglo XIX, en el diseño de los Estados Nacionales. El conservadurismo europeo, nutrido de las ansias restauradoras de la aristocracia, encontró puntos de contacto en el Nuevo Mundo, con aquellos sectores apegados a la tradición. Sin embargo, salvo los elementos integristas, los grupos conservadores de América Latina se diferenciaron de sus pares europeos por no desear la restauración del pasado, dado que eso significaba el retorno al estatus colonial. Además, una buena parte de ellos, se vieron influidos por algunas de las ideas del liberalismo burgués, presentes en la Ilustración.

El liberalismo, con su elasticidad característica, tomó como guía de su práctica política los modelos norteamericano, inglés y francés, junto a sus más brillantes pensadores, para tejer las más diversas utopías regionales y continentales en aras de llevar nuestras sociedades al anhelado progreso material. La preponderancia de uno u otro modelo en la mentalidad latinoamericana, dependía tanto de las diferencias de gustos, como de las necesidades a superar en un contexto determinado, o de los intereses de los distintos grupos sociales.

¹⁴ Alejandro Serrano. “Las últimas etapas de la Ilustración y el despertar y desarrollo del Romanticismo.” En: Arturo Andrés Roig. (Comp.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Madrid, Editorial Trotta, 2000, p. 239.

¹⁵ *Ibidem*, p. 242.

De Locke hay que considerar fundamentalmente la inseparabilidad entre libertad y propiedad privada como expresión de los derechos naturales y el consentimiento individual, periódico y condicional (...) como fuente de legitimidad. De Paine el énfasis en la soberanía popular y el antiabsolutismo (...). De Rousseau, el democratismo y republicanism con su visión positiva de la libertad que parece realizarse a través del Estado (...). De Montesquieu la división de poderes, de Voltaire su registro del meliorismo que fundamenta el sentido de los procedimientos de reforma por el horizonte de perfectibilidad y progreso. Finalmente, del modelo del pensamiento constitucionalista norteamericano que cuajó en las instituciones de los Estados Unidos, influyen centralmente dos principios que no se habían presentado conjuntamente ni en forma apropiada en los otros modelos, el principio republicano y el principio federal.¹⁶

Debe tenerse en cuenta, al estudiarse el liberalismo, el papel distinto que éste jugó en el proceso independentista latinoamericano, del que desempeñó en la conformación de los nuevos Estados Nacionales. En el primero de ellos, el estandarte enarbolado fue la libertad como fundamento de la ruptura de los lazos coloniales. En interlocución con la Ilustración y el Romanticismo, forjó un liberalismo de tipo libertario, exhibiendo una inicial unidad en la lucha contra los privilegios de tipo feudal que le proporcionó cierto perfil radical. En el segundo caso, el liberalismo moldeó ideológicamente el desarrollo del capitalismo dependiente. Bajo las tesis librecambistas dictadas por Inglaterra, que buscaban transformar a las economías hispanoamericanas en complemento de la suya propia, el liberalismo hizo énfasis en el orden como presupuesto para alcanzar el progreso. Así se transitó a un liberalismo, calificado por el filósofo uruguayo Yamandú Acosta, como un liberalismo del orden en el que el espiritualismo racionalista y el positivismo fueron sus nuevos interlocutores.¹⁷

¹⁶ Yamandú Acosta. "El Liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores." En: Arturo Andrés Roig. (Comp.). *El pensamiento social y político iberoamericano...ob.cit.*, p. 345.

¹⁷ *Ibidem.*

También resulta importante subrayar que en Hispanoamérica, luego de la independencia, frente al proyecto modernizante liberal se erigió como su contrapartida el del conservadurismo que aspiraba al mantenimiento de un orden semejante al colonial, aunque sin España.¹⁸

Liquidar la herencia colonial era, pues, una tarea compleja, imperativa y contradictoria. Imperativa en la medida en que sólo podía afirmarse la independencia política promoviendo el crecimiento económico. Contradictoria en la medida en que ese crecimiento implicaba abolir las relaciones de producción existente. Y, a corto plazo, el andamiaje del estado colonial. Pero esto último, en lo inmediato, no significaba otra cosa que renunciar a existir. Como es sabido, la posición conservadora frente a esas condiciones fue la de mantener el *statu quo*. El liberalismo significó un empeño dirigido a liquidar las relaciones precapitalistas de producción y el aparato del estado colonial. Esto lo logró, precariamente, a través de la existencia en la dependencia.¹⁹

Se trata de que las dos ideologías esenciales en América Latina casi siempre se desarrollaron enfrentándose u ocasionalmente fusionándose. En este último caso los sectores moderados eran los polos de atracción para la generación de los momentos de transacción. Fue así como el liberalismo moderado y el conservadurismo moderado desdibujaron las fronteras ideológicas entre liberales y conservadores, por lo que la línea divisoria entre ellos pasaba más bien por sus actitudes pragmáticas, en relación con una tendencia general que apuntaba a la apertura hacia la modernidad y el progreso o a la conservación de tradiciones y situaciones procedentes del mundo colonial.²⁰

Sin embargo, se pueden esbozar algunas notas que ilustren los núcleos principales del ideario liberal. El liberalismo en América Latina se constituyó en un sistema de ideales que configuró la imagen que cada país pretendía de sí mismo. En general, se manifestó en la

¹⁸ Leopoldo Zea. "Las ideas en Iberoamérica en el siglo XIX." En: *Filosofía y Cultura latinoamericanas*. Caracas, CELARG, p. 188.

¹⁹ Ricaurte Soler. *Idea y cuestión nacional latinoamericana. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México, Siglo XXI Editores, 1980, p.125.

²⁰ José Luis Romero. *Situaciones e Ideología en Latinoamérica*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001, pp. 165-166.

lucha por la orientación, que habrían de tener las constituciones con las que cada Estado tenía que formalizar su existencia jurídica. Problemas económicos y sociales, como los de los monopolios o el del mayorazgo, como el de los impuestos o el de la política con respecto a las clases trabajadoras de origen indio y negro, polarizaban drásticamente las opiniones. Problemas políticos como el del federalismo, por oposición al centralismo, o problemas que abarcaban un vasto espectro de preocupaciones, como el papel de la Iglesia o el control de la educación pública dividían a los dos bandos –conservadores y liberales– en el momento de discutir las instituciones que cada república se daría. Mientras, los conservadores se inclinaban por la conservación de las tradiciones, las costumbres y las concepciones de raíz colonial, los liberales eran proclives a la apertura del horizonte intelectual para dar libre paso a las nuevas ideas relacionadas con la sociedad, la política y, sobre todo, con el progreso.

Las luchas políticas se asentaban en el conflicto “civilización contra barbarie”, pero se inscribían fundamentalmente, en la cruzada contra el autoritarismo, la ignorancia y el dogmatismo. La implementación del imperio de la ley era una batalla por la libertad, en un ámbito social en el que el autoritarismo colonial había sido heredado por los caudillos y dictadores, surgidos de las guerras civiles que siguieron en casi todos los países a la independencia. Por eso, el concepto básico de la historiografía liberal fue la “nación” con claras connotaciones románticas.²¹

En sentido general, los liberales cuestionaban la injerencia de la Iglesia en la vida civil y especialmente en la educación. Pero de esos temas se desprendía uno capital: la condición de las etnias sometidas y, por derivación, el tema siempre candente de si los principios liberales de libertad e igualdad debían aplicárseles, aún a riesgo de conmover los fundamentos económicos y sociales del orden vigente. Sólo los liberales radicalizados mantuvieron en este aspecto una posición revolucionaria, en las tres o cuatro décadas que siguieron a la Emancipación. Los liberales moderados, mientras, se aproximaron en sus visiones a los conservadores, a pesar que continuasen reivindicando el valor de la cultura, combatiendo la injerencia eclesiástica en la vida civil y en la educación y criticando la obra de las metrópolis coloniales.

²¹ *Ibidem*, pp. 168-169.

El progreso, concebido como inseparable de una concepción liberal de la vida, fue la bandera de la época, en la que, por lo demás, parecían incuestionables los principios del liberalismo económico. Los adalides de esas actitudes fueron las emergentes burguesías que se constituyeron por entonces en cada uno de los países, al calor de la riqueza que trajo a Latinoamérica su inclusión en la periferia de los países industrializados.

Fueron muy pocos los estadistas, políticos y pensadores que se declararon conservadores, por lo menos con relación al número de los que, por otras razones, podían ser considerados como tales. Lo cierto es que el pensamiento conservador suele aparecérselo al observador como oculto o desvanecido tras la acción inequívocamente tradicional de ciertos grupos, quizás porque su comportamiento político se caracterizó por el *pragmatismo*.²²

De hecho, había muy buenas razones para que el pensamiento político conservador se revelara como *elástico*. A diferencia del pensamiento liberal, quienes lo sostenían parecían seguros de que expresaba el orden natural de las cosas, de que todos los cambios eran desviaciones ilegítimas. Fue inevitable pues, que en cada caso, el conservatismo adoptara las formas adecuadas al tipo de desafío que el adversario le oponía. De este modo, el pensamiento conservador se constituía en respuesta al estímulo que lo desencadenaba.

Asimismo como corriente de pensamiento resultó contradictoria dado que no era homogénea. Se podía ser conservador de varias maneras, según el estrato social del cual se provenía o al cual se había prestado adhesión, pero sobre todo según el adversario y el tipo de agresión recibida.

El conservatismo, consideraba que la realidad -en todos sus aspectos: socioeconómico, político, ideológico, religioso-, era algo dado y constituido en un pasado remoto, por obra divina o, acaso, por un pacto social, que debía mantenerse inmutable o con el menor cambio posible.²³

En las entrañas del pensamiento conservador se distinguían dos líneas: una moderada y, en consecuencia, polémica e inclinada a deslizarse hacia la argumentación y otra ultramontana. Especialmente, a partir del momento en que la Iglesia decidió dar la batalla

²² *Ibidem*, p. 130.

²³ Robert Nisbet. *Ob. cit.*, pp. 42-43.

frontal contra el liberalismo, iniciada en 1864 con la proclamación por Papa Pío IX de la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus*, el conservadurismo ultramontano salió a la palestra.

Sus defensores proponían un sistema político y social, que si bien es cierto pretendía robustecer de manera férrea la estructura tradicional, parecía ignorar las modificaciones irreversibles que ese sistema había sufrido ya desde la época de la independencia, en la que había circulado libremente y cuajado en actos e instituciones las ideas del liberalismo. Su esencia fue, en consecuencia, no sólo polémica sino utópica, puesto que pretendía conservar las estructuras coloniales, pero ahora sin la metrópoli, además de restaurar las ya modificadas y que gozaban de un amplio consenso. Pero hubo en el otro extremo de la gama, una línea de conservadurismo, caracterizada por la aceptación de ciertos principios del liberalismo, condicionada por una tendencia a moderar lo que consideraba sus excesos y, sobre todo, por la convicción de que sólo podían ser traducidos en hechos políticos o institucionales de una manera lenta y progresiva. De esta manera la línea que podría llamarse del conservadurismo moderado entró en colisión con el pensamiento conservador ultramontano, y también con el liberal, lo cual obligó a defender sus posiciones en varios frentes.²⁴

En ambos casos el pensamiento conservador se mostró contradictorio. En el primero porque pretendía ser restaurador y no defensor de la situación real en que se hallaba la sociedad, y en el segundo porque admitió el principio de cambio; y esta vez se aproximó al ala conservadora del liberalismo, que realizó un proceso inverso. Este segundo caso pudo observarse nítidamente en Latinoamérica, y se manifestó a través de una marcada ambigüedad de opiniones. El conservadurismo moderado fue definitivamente tradicional frente a ciertas cuestiones, especialmente relacionados con los fundamentos del sistema social y político, pero aceptó algunas propuestas del liberalismo referidas especialmente al plano económico, sin duda porque descubría que no afectaban al sistema. Y era explicable, ya que conservadores y liberales solían coincidir en la defensa de los fundamentos económicos del sistema, con la excepción de los grupos radicalizados.²⁵ Con los liberales moderados, podían los conservadores también moderados encontrar puntos de coincidencia que revelaban que unos y otros eran, en el fondo, nada más que grupos políticos que

²⁴ *Ibidem*, pp. 133-135.

²⁵ Ricaurte Soler. *Ob. cit.*, pp. 120-139.

buscaban el poder. Entonces no fue extraño ver conversiones políticas, manifestadas más en la adopción de rótulos que en un cambio de ideas, tan sorprendentes a primera vista como la de Tomas Cipriano Mosquera en Colombia.

Pero más allá de toda transacción, el pensamiento conservador mantuvo su núcleo original y sus proposiciones básicas, al exponer la posición de los grupos más comprometidos con la organización originaria de sociedad. En el fondo, perpetuaba una concepción señorial de la vida colonial, inseparable de la posesión de la tierra.

El conservadurismo abrigaría también dentro de sus filas a sectores, que como resultado de las actividades mercantiles, amasaron una sólida fortuna. Al fusionarse con los conservadores, éstos asumirían el mismo aire señorial, y con él la creciente certidumbre de que a todos por igual le correspondían los viejos privilegios.

Del núcleo original conservador, hacía parte una concepción autoritaria de la vida social y política, heredada de la estructura virreinal y sostenida por el pensamiento político de la monarquía española y de la Iglesia Católica. La república convirtió a los antiguos poseedores de tierras y minas, acostumbrados al ejercicio ilimitado de su autoridad social, en una oligarquía política cuyas tendencias autoritarias se manifestaron en el apoyo de un poder fuerte, aunque fuera centralizado y unipersonal, con la condición de que representara una garantía del orden socioeconómico tradicional.²⁶

Las olas del progreso, impulsadas desde los grandes centros económicos mundiales, unieron a liberales moderados y a muchos conservadores puros. Al compás de las transformaciones de la infraestructura, pudieron unirse aquellas dos corrientes en el afán por desarrollar la educación pública y técnica.

Las diferencias, sin embargo, se hicieron más profundas cuando se les plantearon problemas ideológicos. En ese campo difícilmente coincidían conservadores puros y liberales moderados, pues los primeros se resistían a todo proceso de secularización y a toda intensificación del proceso democrático. Frente a los conservadores ultramontanos, aparecerían los conservadores moderados, cuyas opiniones se parecían mucho a las de los liberales moderados. Las polarizaciones de los extremos, dejaban en el medio, una ancha banda de coincidencias oscilantes y de oposiciones pactables. De hecho, nada parece más

²⁶ Javier Ocampo López. *Qué es el Conservatismo Colombiano*. Bogotá, Plaza y Janes Editores, 1990, pp. 13-15.

difícil, cuando se analiza el pensamiento político latinoamericano del siglo XIX que distinguir un conservador moderado de un liberal moderado.

El tema del orden frente a la anarquía fue el más importante de los desarrollados por el pensamiento político conservador durante las tres o cuatro décadas que siguieron a los movimientos emancipadores y revolucionarios de 1810. Su punto central giró en torno a los límites del cambio, que algunos veían simplemente como una transferencia del poder a manos criollas, y otros como una profunda transformación social igualitaria. Además existieron disidencias entre los propios partidarios de un cambio profundo en cuanto a la aceleración del mismo.²⁷

La influencia de la revoluciones liberales de 1848 encontró respuesta en los grupos conservadores que pasaron de la preocupación al temor. Ellos consideraban que sólo un régimen militar podía restaurar el orden, una palabra que se transformó en sacrosanta. Al orden se oponía la licencia, el libertinaje, o dicho de otro modo, el libre juego del proceso de cambio que había inaugurado la revolución emancipadora. Como en Europa, cerrarían filas contra el peligro cierto que se cernía sobre la concepción de la sociedad y la política, y lograrían con eso aglutinar a su alrededor a los sectores moderados del liberalismo, angustiados también por la radicalización que observaban en algunos de sus antiguos seguidores.²⁸

El pensamiento liberal triunfaría después de promediar el siglo, pero a costa de transigir con el pensamiento conservador y de admitir los límites que éste le imponía. Del seno liberal emergieron justamente, las más bellas utopías de unidad continental, en un principio elaboradas en torno a la defensa de la independencia frente a la Corona, y luego proyectadas con vistas a conquistar el desarrollo material e intelectual de nuestra América, como antídoto a la expansión de la raza sajona.

1.3 Luces y sombras del sueño unionista

²⁷ *Ibidem*, pp. 29-32.

²⁸ Fernán González. *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado Nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín, La Carreta Editores, 2006, pp. 57-63.

En su génesis, el latinoamericanismo fue concebido como la unión necesaria de la América española en la lucha por su emancipación del colonialismo. Este proceso estuvo vinculado a la compleja formación del Estado-Nación²⁹ y de una identidad cultural a nivel nacional y subcontinental, nutrida por la preocupación acerca del *ser* americano.

Fueron los criollos, quienes pese a su amplio espectro social y político, albergaron la construcción de un espíritu americano de alcance hemisférico, que requirió una amplia y comprometida elaboración conceptual.

Una de las primeras manifestaciones de la formación de una conciencia criolla la constituyó la reivindicación de la naturaleza americana en toda su especificidad. Ante las tesis, que sostenían la inferioridad de estas tierras con relación a Europa, se sucedieron las defensas de los *criollos americanos* y principalmente de los naturalistas, a través de los estudios de la geografía, el medio ambiente, la naturaleza y el hombre americano. Era indispensable demostrar a los europeos la originalidad, fortaleza y supremacía de América mostrando la grandeza de los climas, recursos naturales, flora, fauna, minerales y en general el medio natural americano.³⁰

Los jesuitas criollos fueron los primeros en impugnar a los calumniadores de América: el padre Francisco Javier Clavijero con su obra *Historia Antigua de México*; el Padre Juan

²⁹ Existe una extensa bibliografía acerca de la formación del Estado Nacional moderno y la complejidad de los procesos que le acompañaron, fundamentalmente dedicada al mundo europeo. Entre ellos destacan los libros de Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780: programa, mito, realidad*, y de Benedict Anderson *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Para América Latina, no obstante, existen múltiples trabajos de significativa importancia realizados por autores del continente. De este conjunto, sobresalen el ya clásico texto *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo* del panameño Ricaurte Soler y *Nacionalismo e historiografía en América Latina* de Carlos Rama. Asimismo, pueden encontrarse interesantes reflexiones al respecto, en la tesis doctoral de Rafael Cuevas Molina *El Nacionalismo Latinoamericanista Antiimperialista de Augusto César Sandino y la nueva intelectualidad costarricense (1927-1934)*.

Ver: Eric Hobsbawm. *Naciones y nacionalismo desde 1780: programa, mito, realidad*. Barcelona, Grijalbo, 1995; Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993; Carlos Rama. *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid, Tecnos, 1981 y Rafael Cuevas Molina. *El Nacionalismo Latinoamericanista Antiimperialista de Augusto César Sandino y la nueva intelectualidad costarricense (1927-1934)*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Históricas, Biblioteca de la Facultad de Filosofía e Historia, 2005.

³⁰ Para los científicos del Viejo continente, la reflexión racionalista les llevó a comparar la naturaleza y el hombre europeo, con el paisaje natural y humano americano, llegando a la conclusión de “la inferioridad de América”, de su medio, clima, vegetación y elemento humano. América era inferior en todos los aspectos; todo en ella era raquítrico y deprimente y por ende, inferior a Europa. Entre estos científicos, se hallaban el abate Corneille de Paw, el naturalista Georges Buffon, los filósofos Hume, Voltaire, y el escritor Raynal.

de Velasco con su *Historia del Reino de Quito* y el Padre Juan Ignacio Molina con la *Historia natural y civil de Chile*.

En igual sentido, se encuentran los escritos del mexicano fray Servando Teresa de Mier; del argentino Mariano Moreno; del hondureño José Cecilio del Valle y del ilustre médico de Lima, Don Hipólito de Unánue, autor de las conocidas *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre*.

En Colombia, se destacaron los criollos naturalistas Francisco José de Caldas y José María Salazar. Caldas publicó en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, un artículo que tituló “Del influjo del clima en los seres organizados”, en el que enfrentó los postulados racistas del Abate de Paw a quien llamó “obstinado enemigo de cuanto bueno tiene la América”.³¹

Estas ideas profundizaron el ambiente de inconformidad existente, y viabilizaron la proliferación de los reclamos realizados por los criollos, tradicionalmente discriminados por la administración colonial. Así, hacia fines del siglo XVIII, como manifestación del creciente ambiente ilustrado, aparecieron los primeros periódicos, portadores de nuevas ideas y convicciones americanistas, y las Sociedades Económicas de Amigos del País. Asimismo de manera paralela, cobraba fuerza la búsqueda de las raíces autóctonas, mediante la indagación de las características de las culturas precolombinas.

La gestación de un proyecto político de emancipación continental lo encontramos por primera vez en Francisco de Miranda,³² quien inspirado por las ideas y el espíritu de la Ilustración, tuvo conocimiento de la disputa entre los naturalistas franceses y los jesuitas en torno a la condición del continente y el ser americano. En este contexto, Miranda hace utilización de la *Carta a los Españoles Americanos*, de Juan Pablo Viscardo, y trueca su nombre por el de *Americanos españoles*, para transformarla en un documento de agitación política para la causa independentista. Dicha *Carta* contiene los primeros gérmenes de ruptura con la metrópoli.

³¹ Antonello Gerbi. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica (1750-1900)*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 162.

³² Una fundamentada investigación sobre Miranda y su labor fue realizada por la filósofa e historiadora venezolana Carmen Bohórquez en su libro *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de América Latina*. Ver: Carmen Bohórquez Morán. *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de América Latina*. La Habana, Fondo Cultural del ALBA, 2006.

Consintamos, por nuestra parte, ser un pueblo diferente; renunciemos al ridículo sistema de unión con nuestros amos y tiranos (...). De esta manera la América reunirá las extremidades de la tierra, y sus habitantes serán atados por el interés común de una sola *grande familia de hermanos*.³³

En Miranda están presentes los dos proyectos utópicos más constantes en la mente Hispanoamericana: la idea de unidad y la búsqueda de nuestro ser como americanos. Miranda, concebía la unidad para la totalidad de los territorios bajo dominio español, a través de una sola república continental, o una pluralidad de repúblicas vinculadas por medio de una liga o confederación.³⁴ La búsqueda de nuestro ser como americanos, implicaba la creación de un nombre para los territorios hispanoamericanos. Colombia, sería la denominación adoptada, en honor al insigne genovés. En este sentido, la *Proclamación a los pueblos del continente colombiano* va a constituirse en el fundamento y la legitimación de la emancipación.

En ella, incitaba a los habitantes de “Colombia, Alias Hispanoamérica” a levantarse en armas, pues:

Ha llegado ya el momento de vuestra emancipación y libertad.

La corona de España (...), no le queda otro remedio (...), sino la evacuación inmediata por sus tropas del continente americano, y el reconocimiento de la independencia de los pueblos que hasta hoy componen las colonias llamadas hispanoamericanas.³⁵

A la luz del “Derecho de Gentes” realizó un análisis en virtud del cual dinamitaba las bases jurídicas de la presencia y permanencia de los españoles en estas tierras. En ausencia de los presupuestos para ejercer el derecho de conquista, calificó de ridículo el único título que podían esgrimir los conquistadores: la Bula emitida por el papa Alejandro VI. Por estas razones conminaba al derrocamiento de la tiranía:

³³ Juan Pablo Viscardo. “Carta a los Españoles Americanos”. En: José Luis Romero. (Comp.). *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, t. 1, pp. 57-58.

³⁴ Arturo Ardao. “La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos”. En: Leopoldo Zea (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 1, p. 35.

³⁵ Francisco de Miranda. “Proclamación a los pueblos del continente colombiano”. En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 1, pp. 357-359.

Ciudadanos, es preciso derribar esta monstruosa tiranía (...): es preciso que las riendas de la autoridad pública vuelvan a las manos de los habitantes y nativos del país, a quienes una fuerza extranjera se las ha arrebatado. Pues es manifiesto (dice Locke) que el gobierno de un semejante conquistador, es cuanto hay de mas ilegítimo, de mas contrario a las leyes, y que debe inmediatamente derivarse.

En fin, juntaos todos bajo los estandartes de la libertad.³⁶

Miranda, como la mayoría de los ilustrados, aun los más radicales, no se apartaría de modo tajante de la religión católica. En su opinión esta debería permanecer de manera imperturbable como la religión nacional, aunque la tolerancia se extendería sobre todos los cultos.

Una de las utopías unionistas más elaboradas, hacia fines de la gesta emancipadora, fue concebida por el hondureño José Cecilio del Valle en su ya célebre escrito *Soñaba el Abad San Pedro y yo también sé soñar* de 1822 en donde expone su ideario americanista, democrático y liberal. En este ensayo, denunciaba la ayuda prestada por Norteamérica a España, para impedir la independencia de las colonias.

La América estaba dividida en dos zonas contrarias entre sí, oscura la una como la esclavitud, luminosa la otra como la libertad.

El sur se cubría de sangre para defender sus derechos; y el norte mandaba millones al gobierno que intentaba sofocar aquellos derechos.³⁷

Su idea integracionista se centraba en la reunión de un Congreso en Costa Rica, con la finalidad de crear una federación continental que posibilitara el enriquecimiento de todas las provincias de la América española, a través de la firma de un tratado comercial. De igual modo, meditaba acerca de la importancia que tendría para la paz y estabilidad de la región, la concertación de un pacto para evitar y dirimir los conflictos internos, así como los ataques e invasiones de potencias extranjeras.

Yo quisiera:

1. Que en la provincia de Costa Rica (...) se formase un congreso general.

³⁶ *Ibidem*, p. 363.

³⁷ José Cecilio del Valle. "Soñaba el Abad San Pedro y yo también sé soñar". En: José Luis Romero. (Comp.). *Pensamiento político de la emancipación...ob. cit.*, t. 2, p. 253.

2. Que cada provincia de una y de otra América mandase para formarlos sus diputados o representantes.
3. Que unidos los diputados (...) se ocupasen en la resolución de este problema: trazar el plan más útil para que ninguna provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas.
4. Que (...) formasen: primero la federación grande que debe unir a todos los estados de América; segundo el plan económico que debe enriquecerlos.
5. Que (...) se celebre el pacto solemne de socorrerse unos a otros los estados en las invasiones exteriores y divisiones intestinas.
6. Que (...) se tomasen las medidas, y se formase el tratado general de comercio en todos los estados de América.³⁸

A lo largo de su vida, Del Valle evoluciona desde las posturas típicas de un naturalista ilustrado, hasta consagrarse en el ámbito político como el precursor de la independencia centroamericana.

Cuando no era libre, mi alma, nacida para serlo, buscaba ciencias que la distrajesen, lecturas que la alegrasen. Vagaba por las plantas; estudiaba esqueletos; medía triángulos o se entretenía en fósiles.³⁹

José Cecilio del Valle nos legaría a través de su cuidada prosa una de las sentencias más sugerentes para cualquier americanista, por su patriotismo continental y militante:

La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día, cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América.⁴⁰

Parte de los escritos de José Cecilio del Valle fueron conocidos por Bolívar, quien vio en este ilustre y sabio centroamericano, uno de los defensores más destacados del Nuevo Mundo. El pensamiento bolivariano se nutrió, desde el inicio mismo de la gesta emancipadora, del ideal unionista de Miranda.⁴¹

³⁸ *Ibidem*, p. 255.

³⁹ *Ibidem*, p. 256.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ Arturo Ardao. "La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos". En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 1, pp. 35-49.

Bolívar también priorizó la reflexión sobre dos tópicos esenciales para la mentalidad independentista: la identidad y la unidad. De la primera diría:

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, (...) que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles.⁴²

La prédica del Libertador significaría un paso sustancial en la elaboración de un pensamiento capaz de explicar la esencia del ser americano, como ente diferente a lo europeo y a lo indígena. Bolívar sentenciaría “para nosotros la patria es América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña la independencia y la libertad.”⁴³ En ese mismo contexto, alertó sobre el carácter insaciable y voraz del genio anglosajón, que a la altura de la tercera década del siglo XIX, y aun sin convertirse los Estados Unidos en una potencia industrial y naval, ya representaba un peligro para el futuro de la América meridional.

Fue su accionar el que cristalizó, de manera consistente, el ideal Hispanoamericano y el espíritu Antinorteamericano, ambos precursores del Latinoamericanismo y el Antimperialismo, que marcaran en adelante un sello original al pensamiento y accionar político de *Nuestra América*.

El sueño de unidad continental, moldeado por una confederación con epicentro en Panamá, con una forma de gobierno republicana, fue motivo impulsor de la gesta bolivariana. De ahí, la idea de un Congreso General, en donde se fijaran los derroteros de la integración Hispanoamericana.

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a

⁴² Simón Bolívar. “Carta de Jamaica.” En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 1, p. 22.

⁴³ Simón Bolívar. “Para Nosotros la Patria es América.” En: *Simón Bolívar. Documentos*. La Habana, Casa de Las Américas, 2006, p. 45.

la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo.⁴⁴

Bolívar invitó a todas las naciones de la América Meridional para reunirse en el Congreso Anfictiónico a realizarse en Panamá entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826. Dicha convocatoria no surtió el efecto esperado, dado por la ausencia de muchos miembros de los diferentes países, y las presiones norteamericanas a los delegados. Al comprobar que en tales circunstancias su sueño continental era inviable, Bolívar pretendió llevarlo a cabo circunscribiéndose únicamente a los territorios de la Nueva Granada, Venezuela y Quito. Sin embargo, las intrigas y discrepancias regionales y locales socavaron los pilares de la unidad.

Después del fracaso bolivariano de la Gran Colombia, el ideario político latinoamericano se concentró primordialmente en la formación y consolidación de los Estados Nacionales. Aunque había consenso en torno a la forma republicana de gobierno, que adoptarían los países emergentes, las diferencias en torno al modelo administrativo a seguir sumieron a liberales y conservadores en las más cruentas guerras civiles.

Ello no significó la desaparición de la idea de la unidad latinoamericana. Ante el avance del expansionismo norteamericano manifiesto, entre otras acciones, con las incursiones mercenarias de William Walker en Centroamérica, los políticos de ambas tendencias continuaron aunándose bajo la bandera de la preservación de la independencia. Hasta ese momento tomaron parte en todos los esfuerzos integracionistas, incluido el Congreso de 1857, tanto representantes de las corrientes liberales como conservadoras.⁴⁵

Paralelamente, a partir de ese mismo momento, cobraban fuerza las reformas liberales, movidas por el afán de desmontar la estructura colonial e introducir a nuestros países en la vertiginosa locomotora del mercado mundial. El conservadurismo, por su parte, atado a formas de producción serviles, reafirmará su poder dentro de cada nación en zonas

⁴⁴ Simón Bolívar. “Carta de Jamaica.” En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 1, p. 30.

⁴⁵ Ricaurte Soler. *Ob. cit.*, p. 158.

totalmente compartimentadas. Dicho proyecto, mostrando su carácter antinacional, dejaba atrás las formulaciones hispanoamericanistas y se tornaba proclive al anexionismo.

Esas posturas se evidencian, por ejemplo, en Antonio José de Irisarri, prócer de la independencia chilena y figura de amplia proyección continental. Irisarri, quien en la primera etapa de su vida política, tendría expresiones como: “tantos pueblos, aunque a primera vista parecen diferentes, no son sino partes de un mismo pueblo, separados por distancias más o menos grandes”,⁴⁶ luego declinaría en sus aspiraciones hispanoamericanistas, al no hallarse estas en concordancia con los intereses que enarbolaba. Justamente, representado al gobierno de Rafael Carrera, se opondría en 1849 a un nuevo intento de unión centroamericana, por medio de la transferencia de Belice a Inglaterra.

En definitiva, el motivo fundamental que alinearía las posturas liberales y conservadoras, en torno al Hispanoamericanismo, lo constituyó la intervención francesa en México.⁴⁷ Los primeros, la rechazaron unánimemente desde diversas partes del continente y los segundos, la apoyaron, defendiendo al Imperio de Maximiliano I y satanizando la personalidad de Benito Juárez, convertido en un Anticristo.

Fue de las canteras del liberalismo de donde surgirían ahora los nuevos programas de unidad. Inspirados en la idea de la latinidad de la América, al sur del río Bravo, subrayaban su originalidad y grandeza frente al espíritu Sajón, que ya dejaba marcas en nuestras tierras. En tal sentido, la generación posterior a los próceres, conocida como de la “emancipación mental”, se destacó por poner énfasis no sólo en la unión de tipo defensivo, propia de la etapa de consolidación de la independencia, sino además en la unidad con miras al desarrollo espiritual y material de nuestros pueblos.

Francisco Bilbao y José María Torres Caicedo, se convertirían en los primeros en referirse a nuestro continente, con el nombre de *América Latina*. Inmersos en el debate acerca de las razas, propio del historicismo romántico, vieron en el elemento Latino la herramienta para exaltar nuestra grandeza, historia y tradición, en contraposición al espíritu individualista y expansionista de los Estados Unidos.

El inminente peligro yanqui, alertaría sobre la urgente necesidad de una alianza, defensiva, comercial, legislativa, ciudadana. En palabras de Bilbao, había que “unificar el

⁴⁶ Antonio José de Irisarri. *Escritos polémicos*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1934, p. 3.

⁴⁷ Ricaurte Soler. *Ob. cit.*, p. 177.

alma de la América”. Ahora, la preocupación se centraba en una posible invasión de los Estados Unidos, y en el temor, nunca extinto, de la reconquista europea.

Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Texas, después el norte de México y el Pacífico saludan a un nuevo amo (...). Walker es la invasión, Walker es la conquista, Walker son los Estados Unidos (...). Los Estados Des-Unidos de la América del Sur empiezan a divisar el humo del campamento de los Estados Unidos. Se precipitan sobre el sur, y esa nación que debía haber sido nuestra estrella, nuestro modelo, nuestra fuerza, se convierte cada día en una amenaza de la autonomía de la América del Sur (...). El norte sajón condensa sus esfuerzos, unifica sus tentativas, armoniza los elementos heterogéneos de su nacionalidad para alcanzar la posesión de su Olimpo, que es el dominio absoluto de la América.⁴⁸

Según él, había llegado el momento histórico de la unidad de la América del Sur. Su consecución, inauguraba la segunda independencia, imprescindible para consumar la tarea de las armas. Para Bilbao, como para los hombres de su generación, la separación de España implicaba también la ruptura con la mentalidad y costumbres de la vida colonial. Únicamente a través del desarrollo de un pensamiento propio, a la altura de nuestra auténtica realidad, podía alcanzarse el anhelado objetivo del progreso.

La unión es deber, la unidad de miras es prosperidad moral y material, la asociación es una necesidad, aún más diría, nuestra unión, nuestra asociación debe ser hoy el verdadero patriotismo de los americanos del sur (...). Uno es nuestro origen y vivimos separados. Uno mismo nuestro bello idioma y no nos hablamos. Tenemos un mismo principio y buscamos aislados el mismo fin. Para perfeccionarnos, la asociación es necesaria. Aislarse es disminuirse. Crecer es asociarse (...). La América pide la autoridad moral que la unifique.⁴⁹

⁴⁸ Francisco Bilbao. “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas.” En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 1, pp. 56-61.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 63.

En igual sentido, el joven Alberdi, al dar la independencia territorial como un hecho, centrará su atención en la urgencia de la unidad para lograr la prosperidad comercial y material de las tierras americanas, única vía para acceder a la modernización. Europa, desde su punto de vista, ya había trocado su proyecto de conquista territorial por la mercantil. Por ello, realiza un llamado a “aliar las tarifas, aliar las aduanas, he aquí el gran medio de resistencia americana.”⁵⁰

Para Alberdi, en el nuevo contexto de la política internacional, la defensa de los intereses americanos debía mover a sus pueblos a reunirse en un Congreso, cuyo fin esencial no fuese la forja de una alianza militar, tal y como se había concebido el Congreso de Panamá, sino la alianza comercial y marítima. Ello no quería decir, que este no albergara un carácter político y defensivo, ante los nuevos peligros que sobre la América se cernían.

Los actuales enemigos de la América están abrigados dentro de ella misma; son sus desiertos sin rutas, sus ríos esclavizados y no explorados; sus costas despobladas por el veneno de las restricciones mezquinas, la anarquía de sus aduanas y tarifas; la ausencia del crédito, es decir, de la riqueza artificial y especulativa, como medio de producir la riqueza positiva real. He aquí los grandes enemigos de la América, contra los que el nuevo Congreso tiene que concertar medidas de combate y persecución a muerte.⁵¹

Alberdi proponía la pronta elaboración de un derecho comercial de alcance continental, así como de un papel moneda americano. La unidad monetaria, afirmaba, se garantizaría por medio de la creación de un Banco, generador de créditos para el impulso comercial.⁵²

Por su parte, el panameño Justo Arosemena, quien también utilizará el nombre de Colombia en sentido mirandino, abogó por “crear y consolidar nuestra nacionalidad en el sentido político”.⁵³ La identidad de este continente, señalaba, sólo podía construirse a través

⁵⁰ Juan Bautista Alberdi. “Memoria sobre la conveniencia de un Congreso General Americano.” En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 2, p. 154.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 153-154.

⁵² *Ibidem*, pp. 154-155.

⁵³ Justo Arosemena. “Discurso pronunciado por el Doctor Justo Arosemena, en julio de 1856, contra la expansión colonialista de los Estados Unidos.” En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 2, pp. 349-350.

de un gobierno común, pues a sus pueblos los “ligan lazos morales de religión, idioma, hábitos, vicios y virtudes”.⁵⁴ Arosemena reiterará la importancia medular del legado unitario, de estirpe bolivariana, para el despertar de Colombia y para la salvación de nuestra nacionalidad.

El liberalismo, fuente ideológica principal del latinoamericanismo, como apuntamos anteriormente, se caracterizó por ser una corriente heterogénea y elástica. En las décadas finales del siglo XIX, luego de ser funcional a la ruptura con el orden colonial y de generar las reformas para introducir nuestras economías en el mercado mundial, el liberalismo atravesó por un proceso de conservadurización. Consumado este hecho, a partir de la alianza de los sectores moderados de ambas tendencias (grupos terratenientes, mineros, exportadores), se advertiría un viraje en las posturas políticas con relación a los Estados Unidos. Las naciones latinoamericanas más dependientes ahora de la economía yanqui, dejarían a un lado la formación de estructuras económicas y políticas capaces de establecer intercambios de todo tipo a nivel del subcontinente, para adherirse a los dictados de unidad elaborados desde Washington.

El pensamiento unionista de inspiración demoliberal, mostraría signos inequívocos de decadencia, con el triunfo del Panamericanismo para los años ochenta. Sólo un ejemplo, ya desde el Cuarto Congreso Hispanoamericano, celebrado en Lima en 1864, la posición pronorteamericana de la Cancillería argentina quedaba fijada en los siguientes términos: “buscar la armonía con los Estados Unidos, lejos de excluirlos y ponerse en disidencia con ellos.”⁵⁵

Resulta esencial detenernos a reflexionar acerca de qué factores impidieron la consecución del sueño unionista latinoamericano. Muchos se pudieran mencionar, entre ellos: la existencia de grupos sociales aliados y dependientes al capital extranjero, interesados en preservar su poder local; la estructura económica heredada de la colonia que no favoreció el establecimiento de vínculos comerciales entre los distintos territorios; y el fracaso de las reformas liberales, en su intento por vertebrar una nueva sociedad a partir de

⁵⁴ *Ibidem*, p. 350.

⁵⁵ José María Torres Caicedo. *Unión Latino-Americana. Pensamiento de Bolívar para formar una Liga Americana; su origen y sus desarrollos*. París, Librería de Rosa y Bouret, 1865, p. 62.

la independencia, dada la actitud conservadora de las élites que dirigieron los proyectos de construcción nacional.

Sumado a esas razones, debe valorarse otra circunstancia igualmente básica. Aunque históricamente se ha hecho énfasis en el carácter homogéneo de la América Latina, debido a su identidad lingüística, religiosa y de costumbres, no puede ignorarse su gran diversidad. Diversidad patente en sus orígenes: en la disímil procedencia de los conquistadores ibéricos y de las etnias indígenas que poblaban el continente americano a la hora de su llegada.

Sin embargo, a pesar del declive del liberalismo y del ideal unitario latinoamericano, del Caribe hispano surgirían a fines de la centuria decimonónica nuevas utopías integracionistas. Las más elaboradas fueron expresadas por Eugenio María Hostos y José Martí.⁵⁶ Este último desarrolló un ideario humanista, de profundo contenido social con tres aristas fundamentales: Independentismo, Latinoamericanismo y Antimperialismo.

⁵⁶ Ricaurte Soler, *Ob. cit.*, pp. 217-232.

Capítulo II

La Nación en su encrucijada

2.1 La utopía de la Gran Colombia

Hacia fines del siglo XVIII, la inmensa mayoría de los criollos nacidos en América, en realidad, se sentían poco identificados con la tierra de sus antepasados. Percibían que la suya era una identidad diferente. Ese sentimiento también resultaba palpable en lo que hoy día se denomina Colombia, que difería de España en su conformación social, cultural y económica. El sentido de identidad local fortalecía la conciencia de los neogranadinos de que sus intereses distaban de los de la monarquía peninsular.

Este antagonismo se hacía patente en las protestas contra las restricciones comerciales impuestas por la metrópoli, con la prohibición de cualquier negociación directa con puertos fuera del imperio y contra la política discriminatoria que vedaba a los criollos acceder a altos puestos administrativos. El cuestionamiento a la monarquía absoluta, que impedía cualquier tipo de representación, exceptuando los cabildos, fue acentuándose bajo el influjo de los principios de la revolución francesa y norteamericana. En un inicio, aunque sólo una minoría aspiraba a la independencia real, otros pretendían, al menos, una mayor autonomía.

Uno de los primeros gérmenes de rebelión lo constituyó el movimiento de los Comuneros.⁵⁷ Este se inició como una protesta contra los decretos que ordenaban el alza de los impuestos, al tabaco y el aguardiente. A comienzos de 1781, con su entrada en vigor, se inició la sublevación en la ciudad del Socorro. Sus habitantes se organizaron en una asamblea popular, formaron una fuerza armada y depusieron a los funcionarios públicos.

A ellos se sumarían, miles de comuneros de provincias vecinas, para marchar hacia Bogotá, movidos por la consigna de “¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!”. El 7 de junio 1781, en Zipaquirá, la dirección del movimiento entabló negociaciones con el Arzobispo Antonio Caballero y Góngora, lográndose la derogación de todos los impuestos.

Luego, la dirigencia del levantamiento se debilitaría, por temor a las represalias y debido a la ausencia de un enérgico liderazgo. Sólo un grupo encabezado por José Antonio Galán continuó la lucha pero resultaría derrotado por el ejército realista. Finalmente, los insultantes impuestos fueron reestablecidos y el arzobispo Caballero y Góngora designado nuevo Virrey.⁵⁸

El espíritu de inconformidad continuó latente y se manifestó de diversas maneras. Antonio Nariño, precursor de la independencia colombiana, marcaría un hito con la traducción y publicación en 1793 de la *Declaración de los Derechos del Hombre*. Por ese motivo a Nariño se le aplicó una condena que contemplaba, diez años de prisión en un puesto militar del norte de África, el exilio perpetuo de América y la confiscación de sus propiedades.

Nariño escapó en 1796 y se dirigió a Inglaterra y Francia, donde solicitó apoyo para la causa de la independencia americana. Al año siguiente regresó a Nueva Granada, fue apresado nuevamente y enviado a Cartagena.⁵⁹

Los propios sucesos ocurridos en España, a raíz de la invasión napoleónica en 1808, catalizarían las ansias de los criollos por acceder al gobierno, que consideraban tenían tantos derecho como los peninsulares a formar juntas y a gobernar provisionalmente en nombre del Rey sus respectivos territorios.

⁵⁷ Sergio Guerra Vilaboy. *Historia mínima de América*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2004, p. 86.

⁵⁸ David Bushnell. *Colombia. Una Nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá, Planeta Colombiana, 1996, pp. 54-58.

⁵⁹ Javier Ocampo López. *Qué es el Conservatismo...ob. cit.*, pp. 53-57.

El 20 de julio de 1810 Bogotá estableció su junta, la cual juró fidelidad a Fernando VII, aún cuando reclamase para sí la autoridad para gobernar en su nombre. Este fue el inicio del proceso que condujo a la Nueva Granada a declarar, de manera gradual, su independencia. La provincia de Cartagena fue la primera en romper sus lazos con España en noviembre de 1811. Cundinamarca hizo lo mismo urgida por Nariño en 1813.

El proceso de independencia nacional resultó abruptamente interrumpido por la reconquista española entre 1815 y 1816. Posteriormente, a todo ese período que transcurrió desde 1810 hasta la reconquista se denominó por los historiadores como Patria Boba.

Ahora bien, cuando analizamos las medidas reformistas de la Patria Boba, notamos que éstas no representaron una transformación real de la estructura social y política.⁶⁰ Las divergencias entre las facciones centralistas (Bogotá) y federalistas (Provincias Unidas o resto del país) redujeron claramente sus posibilidades de supervivencia.⁶¹

La emancipación efectiva de la Nueva Granada, se alcanzaría a través de la espada de Simón Bolívar, quien a mediados de 1819 marcharía rumbo al oeste en dirección al corazón de los Andes. Bolívar seleccionó a la Nueva Granada como primer escenario bélico debido a varias razones: la presencia de fuerzas enemigas era más débil aquí que en Venezuela; el descontento con el dominio español crecía y El Libertador podía contar con el apoyo de pequeños bandos de hombres que se habían establecido en los Llanos a propósito del fracaso de la Patria Boba. Francisco de Paula Santander era la figura más relevante de estos grupos.

El 7 de agosto de 1819, Bolívar obtuvo en Boyacá una victoria fundamental. En dicha batalla destruyó el principal contingente español del interior de la Nueva Granada, abriéndole el camino hacia Bogotá. Tres días después entraría en la Capital y prácticamente el resto del territorio neogranadino fue tomado también por las columnas patriotas.

⁶⁰ No debe perderse de vista, el doble carácter que tuvo la gesta emancipadora. Por un lado independentista, al proponerse romper el dominio de las metrópolis y por otro revolucionario, al pretender la transformación de las estructuras coloniales. Este hecho demuestra, cómo las fuerzas independentistas se debatieron entre una revolución social o un simple cambio político. Como se sabe, el primer aspecto fue alcanzado, pero el segundo con frecuencia no se logró. Ver: Sergio Guerra Vilaboy. *El dilema de la independencia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007 y Alberto Prieto Rozos. *Ideología, Economía y Política en América Latina (Siglos XIX y XX)*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005, pp. 9-10.

⁶¹ Sergio Guerra Vilaboy. *El dilema de la independencia...ob. cit.*, pp. 62-68.

Unos meses más tarde, el Congreso de Angostura (hoy ciudad Bolívar), proclamó la unión de todo el territorio, que antes conformaba el virreinato de la Nueva Granada, como una nación con el nombre de Colombia. La fundación de la República de Colombia significó la primera realización práctica de las ideas confederativas de Bolívar, dado que unió a las antiguas colonias españolas de Venezuela y Nueva Granada, piedra angular de sus aspiraciones de integración hispanoamericana.⁶²

La proclamación del Congreso de Angostura marcó el establecimiento formal de lo que se conoce en los manuales de historia como la Gran Colombia. Bajo el mando de Bolívar, la nueva nación aniquiló a las fuerzas enemigas que todavía operaban en su territorio y jugó un papel básico en la liberación del Perú y Bolivia.⁶³

En 1821, en el Congreso de Cúcuta, los constituyentes se plantearían una serie de interrogantes sobre el futuro de la nueva nación: ¿se debían instalar gobiernos unitarios en cada una de las tres grandes regiones, es decir, Nueva Granada, Ecuador y Venezuela, para luego integrarlas en una unión federal? O más bien, ¿debería cada provincia subalterna convertirse en un estado federal? Finalmente, ¿se debía rechazar cualquier concesión a las demandas del federalismo?

Los representantes venezolanos apoyaron en términos generales la tercera alternativa, considerada por Bolívar como la más conveniente, dado que pensaban que el revés de anteriores experiencias federales bastaba para prevenir un resurgimiento de las mismas. En el otro extremo, los jóvenes liberales neogranadinos, que ya se alineaban con Santander, en aquel momento Vicepresidente de la Nueva Granada, eran en su mayoría centralistas. Por último, el Congreso en pleno consideró la importancia de un gobierno unificado para culminar la lucha contra España.

Debido a todas las razones señaladas el Congreso adoptó una constitución rígidamente centralista. No obstante, la Carta Magna contenía una cláusula, en virtud de la cual, la realización de una nueva convención podría reconsiderar el asunto después de transcurridos diez años. La Constitución establecía asimismo un gobierno de tipo republicano, con separación de poderes y garantías individuales para los ciudadanos.

⁶² Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo. *Ob. cit.*, p. 40.

⁶³ Jaime Jaramillo Uribe. "Etapas y sentido de la Historia de Colombia." En: *Colombia Hoy*. Bogotá, Siglo Veintiuno Editores, 1990, p. 24.

El Congreso de Cúcuta estuvo imbuido de un espíritu liberal, a tono con el de la mayoría de sus diputados, que pretendían ampliar la esfera de la libertad individual en los asuntos políticos, económicos y religiosos, así como limitar el poder de la Iglesia y del Estado, en ciertos aspectos.⁶⁴

La opinión pública en los primeros años de la Gran Colombia fue esencialmente liberal. Santander se hallaba comprometido con la renovación de las estructuras legales e institucionales. Durante su gobierno se decretaron distintas medidas, entre ellas, las reformas fiscales y la eliminación de los mayorazgos en 1824. Igualmente en ese año se ratificó el derecho del patronato, o sea, el control que debía ejercer el Estado sobre la Iglesia y se incluyó en los programas educativos, las lecturas de autores como el utilitarista Jeremy Bentham, con el objetivo de transformar los viejos cánones coloniales.⁶⁵

En el concierto continental, la preeminencia de la Gran Colombia se vio fortalecida, por su patrocinio del Congreso Anfictiónico realizado en Panamá. Además, durante un corto período, Colombia consideró la posibilidad de trabajar junto a México, en pos de la liberación de Cuba. Sin embargo, el plan fue pronto descartado, entre otros factores, a causa de la desaprobación yanqui y británica.

Meses después, de la confirmación de la reelección de Bolívar y Santander, en 1826, se inició una revuelta en Venezuela que marcaría la disolución de la Gran Colombia. El detonante para tal enfrentamiento, fue el intento del Congreso de enjuiciar al general José Antonio Páez, quien como comandante de la región central de Venezuela, constituía una poderosa figura. Al levantamiento de Páez le sucedería el de Ecuador. La adopción del federalismo, se erigió en la reforma más vehementemente exigida a Bogotá.⁶⁶

Bolívar arribaría a Bogotá, a mediados de noviembre, para asumir formalmente la presidencia durante el tiempo necesario para expedir decretos de emergencia. Sin dilación, delegaría el poder en Santander, para trasladarse a Venezuela y poner fin a la rebelión de Páez, mediante el otorgamiento del indulto a los rebeldes.

Para esa época, las discrepancias entre Bolívar y Santander, habían alcanzado su máxima expresión. Los colaboradores de Santander concibieron una recia campaña de

⁶⁴ *Ibidem*, p. 25.

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 26-27.

⁶⁶ David Bushnell. *Ob. cit.*, p. 97.

difamación, tanto en el Congreso como en la prensa, alegando que Bolívar trataba de subvertir las instituciones de la nación. Las críticas ofendieron profundamente a éste, quien las achacaba a “la pérfida ingratitud de Santander.” En tales circunstancias, Bolívar rompió toda correspondencia con Santander y decidió regresar a Bogotá, a mediados de 1827. Su intención era asumir una vez más el gobierno central y poner fin a las actividades subversivas del grupo santanderista.

Tras el fracaso de la Convención de Ocaña, reunida el 9 de abril de 1828, los coroneles liberales José Hilario López y José María Obando, se levantarían en armas contra el gobierno autoritario implantado por Bolívar. La sublevación resultó sofocada por el mismo Libertador y el general José María Córdova, quienes se comprometieron al restablecimiento de las libertades civiles.

Bolívar renunciaría ante el último Congreso de la Gran Colombia, dado su expreso deseo de evitar el desmembramiento de la República, el 27 de abril de 1830. La Asamblea concluiría con la adopción de una nueva Carta Magna, en la que se plasmaban muchos de los reclamos del grupo santanderista, y la designación de los neogranadinos Joaquín Mosquera como Presidente y del general Domingo Caicedo como Vicepresidente.⁶⁷

Los acontecimientos posteriores signados por el asesinato en Berruecos de Sucre el 4 de junio de 1830; la decisión del Libertador de apartarse definitivamente de las funciones de gobierno y el creciente poder santanderista; llevarían a los integrantes del batallón Callao a la insurrección. El 5 de septiembre de 1830, el general Rafael Urdaneta, se colocó al frente del Ejecutivo en Bogotá con el propósito de ofrecérselo de vuelta a Bolívar. Tales planes restauradores quedarían hechos añicos ante el tenaz rechazo bolivariano y la resistencia federalista.

Con la muerte del Libertador, el 17 de diciembre de 1830, y la victoria del ejército de Obando y López sobre Urdaneta en la batalla de Palmira, quedaría sellada la suerte de los bolivarianos. A partir de la reunión de ambos bandos en Apulo, el 28 de abril de 1831, se consumaría la expulsión de éstos a Venezuela, desde donde intentarían infructuosamente continuar su lucha. De este modo, el 15 de mayo de 1831 entraban en Bogotá las tropas santanderistas.⁶⁸

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 109-110.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 110.

2.2 Rojos y Azules en la construcción de la nación colombiana

En nuestra literatura, como en la tradición oral, se guardan las más disímiles apreciaciones acerca de los partidos políticos, sus orígenes y contenidos. Por citar un ejemplo, Gabriel García Márquez en su obra cumbre *Cien años de Soledad*, inscribe un diálogo entre Aureliano Buendía y Don Apolinar Moscote, donde este último ante la inminencia de las elecciones explica a su yerno las diferencias entre liberales y conservadores:

Los liberales, le decía, eran masones; gente de mala índole, partidaria de ahorcar a los curas, de implantar el matrimonio civil y el divorcio, de reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos, y de despedazar el país en un sistema federal que despojara de poderes a la autoridad suprema. Los conservadores, en cambio, que habían recibido el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden público y la moral familiar; eran los defensores de la fe de Cristo, del principio de autoridad, y no estaban dispuestos a permitir que el país fuera descuartizado en entidades autónomas.⁶⁹

En ese mismo sentido, las versiones populares han alimentado el mito en torno al cual, los conservadores descienden ideológicamente de Bolívar y los liberales de Santander. Ahora bien, si por algo se preocuparon los nacientes partidos colombianos en la década de los cuarenta del siglo XIX, fue justamente por deslindar su accionar de cualquier pasado reciente, vinculado a las personalidades de Bolívar o Santander. Sin embargo, las diferencias surgidas entre las dos figuras, no han dejado de tomarse como punto de referencia para el análisis del surgimiento de los partidos políticos.

De hecho, las diferencias entre los dos grupos no resultaron nunca claras, ni siquiera en lo relativo a la extracción económica de sus miembros, aún cuando se haya insistido en relacionar a los liberales con los sectores del comercio y a los conservadores con los terratenientes. Frank Safford, señala en su libro *Aspectos del siglo XIX en Colombia*, que la

⁶⁹ Gabriel García Márquez. *Cien Años de Soledad*. (Edición Conmemorativa). Bogotá, Alfaguara, 2007, pp. 116-117.

distinción entre liberales y conservadores radicó esencialmente en cuestiones de prestigio social, tradiciones familiares y procedencia regional.⁷⁰

Con la excepción de algunas apostasías individuales, las familias colombianas han retenido identificaciones partidarias más o menos fijas. Desde los años 1840, ser liberal o conservador en la mayoría de los casos fue cuestión de herencia. Las familias criaron a sus hijos con una identidad partidaria. Con las tradiciones familiares como determinante esencial de afiliación, la vinculación al partido tuvo poco que ver con la ocupación o clase económica. A medida que las personas y las familias alteraban su posición de clase sin variar su identificación partidista, los partidos tradicionales llegaron a ser cada vez más semejantes al menos desde el punto de vista de las categorías sociológicas generales.⁷¹

Así, los conservadores tuvieron más influencia en las zonas que, a fines de la era colonial y comienzos de la republicana, fueron las más importantes en los órdenes político y económico: Bogotá, Popayán y Cartagena. Mientras, los liberales dominaron en las áreas periféricas, como las provincias orientales, que luego se convertirían en los departamentos de Santander y Norte de Santander.

Por ello, la historiadora norteamericana Helen Delpar,⁷² ha señalado que los partidos eran multclasistas y a la vez generadores de la unidad de la nación, fragmentada geográfica y culturalmente. Los partidos, al igual que la Iglesia constituían las únicas instituciones de alcance nacional, capaces de traspasar los límites clasistas y regionales.

Los partidos tenían seguidores en todas las capas de la población, que se afiliaban a sus banderas y las defendían con fidelidad, convirtiéndose en fuerzas motrices de la integración de la nación. Del mismo modo, tanto en el campo como en la ciudad, los sacerdotes actuaban como activistas políticos. En particular, los conservadores veían en la religión Católica el agente cardinal para el mantenimiento del orden ciudadano. La Iglesia,

⁷⁰ Frank Safford. *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1977, pp. 153-159.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 158-159.

⁷² Helen Delpar. *Rojos contra Azules. El partido liberal en la política colombiana 1863-1899*. Bogotá, Editorial Procultura, 1994, pp. 35-36.

al tener presencia nacional como se anotó adelante, podía generar la unidad necesaria entre los miembros de la comunidad.

El suceso que esbozó definitivamente la formación de los partidos, fue el triunfo del liberal José Hilario López, en las elecciones del 7 de marzo de 1849. En su discurso del 1º de abril, López daría lectura a un programa redactado por Ezequiel Rojas Ramírez,⁷³ en donde se sentaban las bases de lo que debía ser y hacer un gobierno liberal. Este documento se consideró, desde entonces, como el primer programa del partido liberal, en el que quedaban contenidos los lineamientos de sus dos ideólogos, Ezequiel Rojas y Vicente Azuero, quien había fallecido en 1844.

¿Qué es lo que quiere el partido liberal?

República quiere el partido liberal: quiere sistema representativo real y verdadero.

Quiere que las libertades públicas y los atributos de la soberanía nacional se garanticen.

Quiere que los derechos individuales sean realidades.

Quiere que sólo la voluntad de la ley sea la que disponga de la libertad de los hombres.

Quiere que la ley sea la voluntad del legislador.

Quiere el partido liberal que no se adopte la religión como medio para gobernar: las dos potencias deben girar independientemente, cada una dentro de su órbita, puesto que cada una tiene su objeto y fin distinto.

Quiere que se destine una parte considerable de las rentas públicas a facilitar las vías de comunicación por tierra y por agua.

En resumen, quiere el partido liberal que se organice un gobierno en beneficio de los gobernados; quiere un sistema verdaderamente representativo; un Congreso independiente, un Poder Ejecutivo que no pueda hacer sino lo que la ley le permite, una política en el Poder Ejecutivo,

⁷³ Ezequiel Rojas fue uno de los maestros del benthamismo político o utilitarismo inglés en la Nueva Granada. Enseñó estas doctrinas en el Colegio de San Bartolomé a varias generaciones durante treinta años. Asimismo, redactó una nota pública que tituló “Razón de mi voto”, la cual apareció en el periódico *El Aviso*, el 16 de julio de 1848, en la que explicaba la razón por la cual el país debía votar por el general José Hilario López para la presidencia de la República.

eminentemente nacional y americana, y quiere todo esto para los que obedecen no sean esclavos de los que gobiernen: para que haya verdadera libertad; para podernos librar del gobierno teocrático; para que los granadinos tengan aseguradas sus personas y sus propiedades.⁷⁴

A raíz del pronunciamiento liberal del gobierno de José Hilario López, vio la luz el 4 de octubre de 1849 en el periódico *La Civilización*, la “Declaratoria Política del Partido Conservador”, concebido por Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro.

El primer programa conservador, subrayaba que se constituía como un partido nuevo, deslindado del accionar de los grupos políticos de las primeras décadas de la república. En sus planteamientos ideológicos, se encontraban los fundamentos político-jurídicos de su proyecto de sociedad.

EL ORDEN constitucional contra la dictadura.

LA LEGALIDAD contra las vías de hecho.

LA MORAL DEL CRISTIANISMO (...) contra la inmoralidad.

LA LIBERTAD RACIONAL (...) contra la opresión.

LA IGUALDAD LEGAL contra el privilegio aristocrático.

LA TOLERANCIA REAL Y EFECTIVA contra el exclusivismo y la persecución.

LA PROPIEDAD contra el robo y la usurpación ejercida por los comunistas los socialistas (...) o cualesquiera otros.

LA SEGURIDAD contra la arbitrariedad.

LA CIVILIZACIÓN, en fin, contra la barbarie.

En consecuencia, el que no acepta algo de estos artículos no es conservador.

El conservador condena todo acto contra el orden constitucional, contra la legalidad, contra la moral, contra la libertad, contra la igualdad, contra la tolerancia, contra la propiedad, contra la seguridad y contra la civilización, sea quien fuere el que lo haya cometido.

Ser o haber sido enemigo de Santander, de Azuero o de López, no es ser conservador; porque Santander, Azuero y López defendieron también en diferentes épocas, principios conservadores.

⁷⁴ Ezequiel Rojas. “Razón de mi voto”. En: *El Aviso*, Bogotá, no. 26, 16 de julio de 1848.

El conservador no tiene por guía a ningún hombre; eso es esencial en su programa.⁷⁵

Los escritos de los liberales y conservadores colombianos del siglo XIX consistieron, en su mayoría, en informes oficiales y artículos de periódicos, que sólo en algunas oportunidades fueron recogidos en forma de libro. Esta situación se debió a dos factores fundamentales: en primer lugar, se trataba de un país con un pequeño número de lectores y segundo, los individuos, de quienes se hubiera podido esperar la concepción de obras más abarcadoras, eran políticos que carecían de tiempo para semejantes empresas.

En el transcurso de la centuria, el panorama intelectual del liberalismo, recibió el influjo de múltiples filósofos y economistas, ingleses y franceses. Hacia fines de la década de 1840, en especial los jóvenes, se sintieron atraídos por los postulados de Frederic Bastiat; las teorías sociales de Saint Simon; el socialismo anarquista de Proudhon y los trabajos de Herbert Spencer sobre el proceso de industrialización.⁷⁶

Los liberales, en términos generales, veían el proceso político en el mundo como una lucha entre dos sistemas de ideas en competencia: las suyas y la de los conservadores. Por tanto, se consideraban parte de un partido internacional consagrado a la defensa de los mismos principios, que ellos aplicaban al calor de la experiencia colombiana.

Se puede afirmar que la *Era del Capital (1848-1875)*, utilizando la definición y periodicidad de Eric Hobsbawm, fue la del triunfo del Liberalismo en Europa occidental, con la consolidación del orden capitalista y el ascenso de la burguesía. Ello impregnaba de optimismo a la sociedad, al pensar que se construía un mundo, en constante avance material y moral. A América Latina, también llegarían los vientos de crecimiento social, para dar inicio a una etapa de reformas liberales. En Colombia, existía una atmósfera favorable a la recepción de estas ideas, situación compartida con otros países, como México y Argentina.

La generación liberal de los años cincuenta, exigía una mayor participación en el diseño de la nación. Su interés radicaba en imponer un proyecto de sociedad, abierto a la explicación racional del universo; a la construcción de un gobierno representativo, que tuviera como imperio la ley; a la promoción de la industria y del comercio a escala mundial.

⁷⁵ Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro. "Declaratoria Política del Partido Conservador". En: *La Civilización*, Bogotá, 4 de octubre de 1849.

⁷⁶ Helen Delpar. *Ob. cit.*, p. 132.

Era el primer grupo de jóvenes, educados en escuelas republicanas, que se habían formado bajo la guía de las nuevas ideas. Muchos de ellos, regresaban al país, luego de años de estudio en Europa y los Estados Unidos. Allí, habían tenido la oportunidad de conocer los cambios que movían al mundo, así como a los pensadores que los impulsaban. Ya en suelo patrio, se dedicarían a la traducción de las obras de sus maestros y a poner en práctica sus enseñanzas.⁷⁷

El gobierno de José Hilario López, iniciaría el primer ciclo del reformismo liberal, con una serie de medidas tendentes a la abolición del monopolio estatal del tabaco, la liquidación de los resguardos indígenas y la redención de las hipotecas eclesiásticas. La Constitución de 1853, decretaría también, la libertad de cultos, la separación de la Iglesia y el Estado y la expulsión de los jesuitas.⁷⁸

Colombia, en esta década, figuró a nivel hemisférico como un importante exportador de tabaco. La aromática hoja se convirtió en el primer producto exportable del país, del cual provenía más de un tercio, del total de las ganancias del comercio. Así, por primera vez, un producto agrícola rivalizaba con los metales preciosos.

En este contexto, José María Obando resultaría electo a la presidencia, en 1853, con una evidente mayoría de votos a su favor. Sin embargo, el triunfo de Obando ocasionó divisiones en las filas liberales, las que en última instancia resultarían mucho más perjudiciales, que la misma oposición del conservatismo.⁷⁹

Dicha fractura se hizo evidente con la conformación, en el seno del partido, de tres facciones fundamentales. Una, estaba compuesta por los reformadores radicales, ansiosos de eliminar por completo las restricciones de tipo gubernamental y corporativo, que limitaban la libertad individual. Los denominados gólgotas, eran civiles de una refinada educación y un estatus social más elevado, que la mayoría de sus opositores. El segundo grupo de activistas liberales, se hallaba formado por artesanos organizados, cuyo interés primordial, era la creación de un sistema arancelario que permitiese el desarrollo de sus productos. La última facción, denominada los “draconianos”, enarbolaba el estandarte de la

⁷⁷ Frank Safford. *Ob. cit.*, pp. 138-152.

⁷⁸ Jaime Jaramillo Uribe. *Ob. cit.*, pp. 32-34.

⁷⁹ Sergio Guerra Vilaboy. *Los artesanos en la revolución latinoamericana. Colombia 1849-1854*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1990, pp. 79-80.

moderación con relación a los cambios de orden social. Según ellos, los gólgotas, con su accionar, no hacían otra cosa que colocar en la cuerda floja la estabilidad de la nación.⁸⁰

Se puede afirmar que los “draconianos”, eran los que más seguidores tenían, sin lugar a dudas porque su figura más relevante, José María Obando, gozaba de una amplia popularidad. Su ascenso a la presidencia, desencadenó una fuerte oposición de los gólgotas en el Congreso, que erosionó las relaciones con el Ejecutivo. Los parlamentarios insistían en la reducción del estamento militar, y en especial, de la Guardia Nacional, donde los artesanos habían llegado a ocupar puestos importantes. La tensa situación política, desembocó en el golpe del general José María Melo, el 17 de abril de 1854.⁸¹

En realidad, el golpe militar, poseyó un trasfondo mucho más complejo que el que ha insistido en presentar la historiografía colombiana a través del tiempo. No se trataba únicamente de un enfrentamiento entre gólgotas y draconianos, sino de un conflicto en torno a la inserción de los sectores subalternos en la vida política de la nación. Gólgotas y conservadores pactarían una alianza, con el propósito de eliminar de la escena política al artesano, que se había organizado en Sociedades Democráticas, y que esgrimía un programa de tendencias socialistas a la voz de “Pan, trabajo o muerte”.⁸²

El régimen establecido por Melo no se mantendría largo tiempo. La mayoría de los funcionarios militares y civiles lo rechazó y reconoció al gobierno constitucionalista encabezado por gólgotas y conservadores. Al unísono, el general se rindió y fue obligado a salir hacia el exilio en México. De igual modo, entre trescientos y cuatrocientos artesanos, fueron puestos presos en la cárcel de Chagre en Panamá.

Obando no retornó a la presidencia, pues se le acusó en unos casos, de complicidad con los melistas y en otros, de negligencia, al ser incapaz de evitar el golpe. Su Vicepresidente, José de Obaldía, lideraría un gobierno constitucionalista hasta comienzos de 1855. En las elecciones, que designarían a su sucesor, triunfó el conservador Manuel María Mallarino, quien mantendría un gabinete de coalición.⁸³

⁸⁰ David Bushnell. *Ob. cit.*, p. 163.

⁸¹ Sergio Guerra Vilaboy. *Los artesanos en la revolución latinoamericana...ob. cit.*, pp. 87- 91.

⁸² *Ibidem*, p. 88.

⁸³ David Bushnell. *Ob. cit.*, pp. 165-172.

En abril de 1857, llegaba a la presidencia Mariano Ospina Rodríguez, para organizar una administración totalmente conservadora. Sus primeras medidas consistieron en traer de vuelta a los jesuitas y auspiciar la redacción de una nueva Carta Magna. Así, en 1858, se proclamó la primera Constitución netamente federalista de la nación, que ahora se denominaría Confederación Granadina.

La adopción del federalismo en esos momentos, por parte de los conservadores, se explica en la conjunción de diversos factores. El federalismo, como organización política, había demostrado su validez en los Estados Unidos. Tal estructura podía asegurar a los cabecillas del Partido, el control de las regiones donde eran fuertes políticamente, siempre que los liberales estuvieran en el poder.⁸⁴

Además, debe tenerse en cuenta, cómo la existencia del federalismo atestiguaba la fragilidad perenne de los lazos que mantenían unida a la Nueva Granada. La Iglesia, agente unificador importante, se hallaba menguada luego de las reformas del gobierno de José Hilario López. Reformas, vale aclarar, que en lo tocante a su capacidad económica, no pudieron ser revertidas por Ospina Rodríguez. Por otra parte, el crecimiento del país se había acelerado, pero el comercio entre las regiones era ahora -en términos relativos- más débil que nunca, pues los productos iban dirigidos a los mercados internacionales.

De tal manera, el mayor impulso a la unidad nacional, provenía del desarrollo del sistema de partidos, aunque fuesen los causantes de múltiples conflictos. El decenio de 1850 constituyó un período crucial para la consolidación de los partidos colombianos, gracias a la expansión de la participación política ciudadana, con la introducción del sufragio universal masculino.⁸⁵

A pesar de la división entre gólgotas y draconianos, el sistema de partidos, continuó siendo bipolar: Conservadores vs. Liberales. El fortalecimiento de un sistema bipartidista en Colombia no fue, desde luego, exclusivo en el contexto de la América Latina decimonónica. El mismo modelo apareció en México, América Central, Ecuador y otros países.⁸⁶

⁸⁴ Fernán González. *Ob. cit.*, pp. 73-74.

⁸⁵ Helen Delpar. *Ob. cit.*, pp. 35-36.

⁸⁶ Héctor Pérez Brignoli. *Breve historia de Centroamérica*. México D.F., Alianza Editorial Mexicana, 1989.

De hecho, la creación de un gobierno unipartidista por Mariano Ospina,⁸⁷ desencadenaría violentas fricciones con los liberales. En 1859, en varios Estados se sucedieron una serie de levantamientos contra los gobiernos locales, que anticiparon la próxima guerra civil que asolaría al país. La administración Ospina declaró, a fines de ese año, el estado de emergencia, para restablecer el orden público.

Para mayo de 1860, la guerra abarcaba todos los territorios, y Tomás Cipriano de Mosquera se sublevaba para asumir la conducción de las fuerzas liberales, con vistas a derrocar a Ospina. Mosquera y Ospina eran viejos enemigos, tanto por motivos personales como políticos. Ya en 1859, Mosquera en su calidad de gobernador del Cauca, se había opuesto a las medidas aprobadas por el Congreso que brindaban un papel clave al Presidente, en la supervisión de las elecciones generales. En julio de 1861, Mosquera tomaba la ciudad de Bogotá.

La victoria liberal en la guerra civil abrió un período de activo reformismo, más radical aún que el de los años 1849-1853. La Iglesia se erigió como el primer objetivo de las reformas. Así, poco después de la ocupación de Bogotá, Mosquera expidió una serie de decretos que asignaban al gobierno el derecho de “tutelaje” sobre la Iglesia; expulsó nuevamente a la Compañía de Jesús y expropió la mayoría de los bienes eclesiásticos.

Estas reformas permitían poner en circulación los bienes de la Iglesia, lo cual significaba un estímulo notable para la economía, y además, eran una manera de encontrar recursos para pagar las deudas, a corto plazo, del gobierno e incluso de paliar el costo de la reciente conflagración.⁸⁸

En 1863, se reunió en Rionegro (Antioquia) una Convención Constituyente. La nueva Carta Magna, de inspiración hondamente federalista, bautizó al país con el nombre de Estados Unidos de Colombia. Entre sus artículos más importantes se encontraban aquellos que disponían la autoridad de los nueve estados para establecer los requisitos de votación, tanto para los procesos electivos nacionales como locales; la reducción del período

⁸⁷ Por cierto, resulta poco conocida la solicitud hecha por Ospina Rodríguez, a su ministro en Washington, para que explorara las posibilidades de anexar la Nueva Granada a los Estados Unidos. Ver: David Bushnell. *Ob. cit.*, p. 171.

⁸⁸ Helen Delpar. *Ob. cit.*, pp. 3-4.

presidencial a dos años, sin posibilidad de reelección inmediata; la libertad de palabra y la abolición de la pena de muerte.

A partir de aquí, los estados federales en realidad disfrutaron de autonomía. Algunos de ellos, pudieron ocuparse de ciertos asuntos, obviados por las autoridades de Bogotá. La mayoría, no obstante, careció de los recursos necesarios para hacerlo, ya que el gobierno nacional controlaba las aduanas, una de las principales fuentes de ingresos. Este fenómeno, vendría a confirmar el desigual desarrollo existente entre las diferentes regiones del país.⁸⁹

En 1866, Tomás Cipriano de Mosquera, fue elegido una vez más a la presidencia. Un grupo de militares constitucionalistas, le derrocarían al año siguiente, al pretender éste asumir poderes dictatoriales.

Los líderes radicales, que le sucedieron en el poder, fomentaron el crecimiento económico hacia el exterior y el desarrollo de la enseñanza pública. Uno de los principales logros en esta materia, fue la fundación en 1867 de la Universidad Nacional. La Universidad contaba con las disciplinas tradicionales -Derecho, Medicina y Filosofía-, y hacía hincapié además en los estudios técnicos. Eso reflejaba el genuino deseo de los liberales, de poner a tono al país, con los avances tecnológicos que se venían operando en Europa y los Estados Unidos, en especial, en los ferrocarriles y la mecanización en general.

El régimen liberal hizo un esfuerzo notable por revitalizar la educación primaria. En 1870, el gobierno de Eustorgio Salgar, expidió un decreto donde se establecía la gratuidad y obligatoriedad de la instrucción primaria en todo el territorio nacional. Igualmente, dotó a estos estudios de un carácter de neutralidad religiosa, y como en Argentina, fundó múltiples Escuelas Normales para la formación de maestros. Con la finalidad de elevar la calidad de la enseñanza, invitó a varios expertos alemanes, para que mostraran los últimos progresos de la teoría y la práctica pedagógicas.⁹⁰

En vista de tales medidas, tanto la Iglesia como el Partido Conservador, se manifestarían hostiles a Salgar. Aunque el decreto de 1870 no excluía la religión de las escuelas públicas, al afirmar que la educación religiosa debía ser impartida, en horas específicas, para aquellos alumnos cuyos padres así lo solicitaran, los activistas católicos y

⁸⁹ Álvaro Tirado Mejía. “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”. En: *Colombia Hoy*. Bogotá, Siglo XX Editores, 1985, p. 107.

⁹⁰ Gerardo Molina. *Las Ideas Liberales en Colombia (1849-1914)*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1975, pp. 107-113.

conservadores adujeron que la medida era el primer paso hacia un sistema escolar totalmente alejado de Dios. De hecho, comenzaron a presionar a las familias, las autoridades locales, y a cualquiera que los escuchara, para que se alejaran de las escuelas públicas. Algunos estados, incluso, llegaron a declarar la obligatoriedad de la educación religiosa, contradiciendo los términos del decreto.

La creciente agitación desencadenada por este asunto, movilizó a clérigos y conservadores, a levantarse en armas en 1876. A lo anterior, se sumaba la profunda frustración de los jefes del partido por su exclusión del poder en los Estados, exceptuando a Antioquia y Tolima, y la elección ese mismo año del liberal radical Aquileo Parra. La lucha fue destructiva, en términos de vida y recursos, pero el gobierno consiguió dominar la situación. No obstante, mientras los liberales combatían a los conservadores, y mantenían disputas intestinas, el ciclo de expansión de las exportaciones se acercaba a su fin.⁹¹

En este plano, los renglones fundamentales del comercio exterior, continuaron siendo los productos agrícolas y los metales preciosos. La estrategia de crecimiento del país, en realidad, resultó frágil pues la economía dependía del ciclo importador de las potencias europeas y norteamericana.

El éxito que en su momento alcanzaron las exportaciones fueron las impulsoras de una serie de mejoras en la infraestructura del país. En lo concerniente a las vías férreas, la mayoría de las que se construyeron se concibieron como auxiliares del transporte por el río Magdalena. En gran medida, todos los ferrocarriles fueron diseñados para facilitar la expansión del comercio. Pero, si se llegase a comparar la red ferroviaria colombiana con las que en otros países, como México y Argentina, se ejecutaban en la misma época, resultaba casi insignificante. Ello se debía, a que el volumen de carga transportada, no paliaba el costo total de las líneas.

A lo anterior, habría que añadir, que hasta mediados del siglo XIX, la nación careció de un sistema bancario formal. Aún cuando, algunas instituciones religiosas y numerosos comerciantes especuladores, realizaran préstamos de dinero, los bancos, tal como se conocían en economías más desarrolladas, simplemente no existían. Pueden mencionarse

⁹¹ Fernán González. *Ob. cit.*, pp. 86-96.

tres factores fundamentales que conspiraban contra el establecimiento de instituciones bancarias: la escasez de capital líquido; el bajo volumen de transacciones y la incertidumbre política. Únicamente, hasta 1870, se inauguró la primera entidad bancaria permanente del país: el Banco de Bogotá.⁹²

La producción para el consumo interno, contrario a lo que podría pensarse, siguió siendo mucho mayor que la destinada al exterior. De cualquier manera, esto estuvo muy lejos de convertirse en un motor de cambio de la economía.

Con una población, esencialmente rural y no urbana, el cultivo del tabaco había abierto el camino hacia el aumento de las exportaciones. Sin embargo, su presencia en el mercado externo, se derrumbó para comienzos del decenio de 1880. El producto rival del tabaco, la quina,⁹³ se convirtió por poco tiempo en el más importante renglón. La quina representaba el 31% del valor total del comercio, pero luego decayó estrepitosamente, al término de la misma década. La economía de exportación, que había dado sus primeras señales de debilidad, a mediados de la década del setenta (con la guerra civil de 1876 como factor agravante), sufriría una severa depresión para 1883.⁹⁴

La crisis económica precipitaría el fin del período de dominio liberal en Colombia. Los liberales, habían sido los principales impulsores de la integración de la economía a los mercados internacionales, como elemento clave para el desarrollo. Partían del presupuesto de que la empresa privada produciría espontáneamente su propio crecimiento, si se liberaba a los individuos de todo tipo de restricciones arbitrarias. Mientras la economía marchó bien, el sistema parecía estar justificado. Pero, al disminuir la demanda de productos colombianos en el exterior, el resultado fue la pérdida de confianza entre los propios sectores liberales y la acérrima crítica de sus detractores conservadores.

La reacción les imputaba, asimismo, la comisión de excesos contra la Iglesia y el desmoronamiento del orden público, a causa del fortalecimiento del federalismo. Ahora, algo era cierto, durante este largo período liberal radical (1863-1885), se avanzó poco en la creación de una nación verdaderamente unificada. El país continuaba marcado por enormes diferencias sociales y regionales.

⁹² David Bushnell. *Ob. cit.*, pp. 189-190.

⁹³ La quina se usaba ampliamente en la medicina, en particular, para el tratamiento de la malaria.

⁹⁴ David Bushnell. *Ob. cit.*, pp. 87-88.

El hombre que encabezaría una coalición capaz de derrotar a los liberales radicales sería Rafael Núñez. Núñez, primero liberal, había evolucionado hasta el punto de representar la tendencia colombiana de la escuela de pensamiento positivista. Su ideario se centraba en la construcción de una sociedad de Orden y Progreso, rechazando los postulados de las ideologías liberales y conservadoras.

Su lema: ¡“Regeneración o Catástrofe!, llamaba a la realización de una reforma de la Constitución, que permitiera introducir los cambios que urgían a la nación. El temor a su accionar político, que le condujo hasta la presidencia en 1884,⁹⁵ fue el móvil para la revuelta radical del año siguiente. Erradicada rápidamente por Núñez, con el apoyo de los conservadores, la sublevación le brindó la coyuntura idónea para anunciar: “¡La Constitución de 1863 ha dejado de existir!”⁹⁶

La visión nuñista quedaría contenida en la Constitución de 1886, que se mantuvo con numerosas reformas hasta 1991. El autor principal de la Carta fue Miguel Antonio Caro, defensor inflexible de los valores católicos y ferviente admirador de la herencia colonial española. En la nueva Constitución se adoptó un régimen centralista; se amplió el poder de la presidencia, al extenderse el período de gobierno a seis años y autorizarse la reelección inmediata y se limitó el sufragio universal masculino, por medio de la imposición del requisito de alfabetización para las elecciones nacionales, no así para las locales.

En el aspecto religioso, Núñez consideró esencial negociar un arreglo entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia, para él, formaba parte integral del organismo social colombiano y debía ser usada de manera inteligente, para promover la moralidad y la disciplina social. La Constitución de 1886 refrendó a la religión católica como la de la nación. Por lo cual, los poderes públicos se veían obligados a protegerla y hacerla respetar. Finalmente se reconocía la necesidad de que el gobierno celebrarse una serie de convenios con la Santa Sede para definir las relaciones entre ambas potestades. Estas reformas, pondría fin a los enfrentamientos Iglesia-Estado que habían caracterizado todo el siglo XIX.

⁹⁵ Ya en el período de 1880 a 1882, Núñez había accedido la presidencia con el voto combinado de los conservadores y de algunos liberales moderados, para quienes era una alternativa ante la amenaza radical. Como presidente, logró ampliar la autoridad del ejecutivo nacional y subir los aranceles, para satisfacción de los artesanos de ambos partidos que le ofrecieron su apoyo.

⁹⁶ Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. *Historia de Colombia*. Bogotá, 1967, p. 781.

En correspondencia con tales disposiciones, se firmó un Concordato entre el Vaticano y el gobierno colombiano, en 1887. El Concordato le otorgaba a la Iglesia el monopolio del aparato educativo y el control de la institución familiar. La educación pública debía organizarse, a partir de entonces, de acuerdo con los dogmas y la moral de la Iglesia católica, cuyos obispos tendrían el derecho de inspeccionar los textos de religión y moral. Con respecto, al resto de las asignaturas, el gobierno se comprometió a impedir que se propagaran en ellas, ideas contrarias al dogma. Se declaró, también, que el único matrimonio válido para los católicos era el realizado según el Concilio de Trento.⁹⁷

A esta altura del siglo XIX, Colombia carecía de un símbolo musical, representativo de los sentimientos de sus habitantes. Por ello, Núñez se encargaría de escribir la letra del Himno Nacional. Además, insistió en la necesidad de mantener, un “fuerte ejército” de carácter nacional para aclimatar la paz y emprender distintas obras que facilitasen las comunicaciones, en especial, entre la Costa y el interior.

Desde el punto de vista económico, su administración se consagró a promover la industria nacional, a través del proteccionismo. Su separación del estricto credo del *laissez faire* económico era una indicación más de su pragmatismo.

Núñez concibió, asimismo, la creación de un tercer partido, al que llamó Nacional, para reunir las facciones que le habían apoyado. Después de su muerte, en 1894, el Partido Nacional se convertiría, en poco más, que en un grupo del Partido Conservador.⁹⁸

No puede soslayarse el hecho de que durante estos años, la represión contra los liberales se tornó encarnizada, al extremo de negárseles totalmente la posibilidad de ocupar cargos de cualquier nivel. Sin embargo, los liberales no fueron los únicos blancos de la represión oficial. Entre otras víctimas, se encontrarían los artesanos de Bogotá, que aunque en su momento se habían beneficiado con el aumento de los aranceles, se verían muy afectados por la continua alza de los precios. En enero de 1893, los artesanos se lanzaron a la calle en señal de protesta contra un periódico oficialista que ponía en duda su conducta moral, y entre cuarenta y cuarenta y cinco personas, murieron en esta manifestación.⁹⁹

⁹⁷ Fernán González. *Ob. cit.*, pp. 134-142.

⁹⁸ Álvaro Tirado Mejía. *Ob.cit.*, p. 115.

⁹⁹ David Bushnell. *Ob. cit.*, pp. 206-207.

2.3 Ideas Unionistas en Colombia

Una vez fallida la magna idea de la Gran Colombia, sería Tomas Cipriano de Mosquera, fervoroso admirador del Libertador, quien desde la presidencia del país emprendería una serie de iniciativas en aras de la unidad latinoamericana. Tras su triunfo en la guerra civil, Mosquera declaró el día 20 de abril de 1861 que la redención de *Colombia* (es decir, no sólo de la Nueva Granada) era el objeto de sus esfuerzos. De este modo, el 9 de diciembre de ese mismo año (aniversario de Ayacucho) proclamaría 3 decretos, en virtud de los cuales, se concedían los derechos de ciudadanía a venezolanos y ecuatorianos que se encontraban en territorio nacional. También, gracias a su empeño, se realizaría el Congreso Hispanoamericano de Lima en 1864.¹⁰⁰

En esa misma tónica, José María Samper uno de los intelectuales más relevantes de su época, utilizó siempre el nombre de Colombia para referirse a las tierras de la América española, como tributo al legado mirandino. Samper elaboraría un proyecto de unidad, con un espíritu marcadamente antinorteamericano. En sus obras, no soslayó nunca la denuncia del espíritu invasor de la raza sajona.¹⁰¹

Samper, conoció de cerca a José María Torres Caicedo, con quien entablaría una entrañable amistad. Las posturas políticas iniciales de ambos, liberal y conservadora respectivamente, se aproximarían con el decursar del tiempo, en sus puntos más moderados. Esta amistad surgió a raíz del primer viaje de Samper a París y su visita a Torres Caicedo. Las ideas de Caicedo dejarían una huella indeleble en su accionar posterior, centrado en la preocupación y defensa de los intereses americanos.

¿Cuál es la política internacional que les conviene a las repúblicas Hispano-Colombianas? (...) La de la libertad, (...) la justicia; evitando la guerra a todo trance, buscando *la unión* en la fuerza y el progreso, estrechando los

¹⁰⁰ Ricaurte Soler. *Ob. cit.*, p. 180.

¹⁰¹ José María Samper. "Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas." En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 3, p. 18.

vínculos no sólo de la gran familia española, mucho más considerable aún y destinada a pesar fuertemente en la balanza del mundo.¹⁰²

El proyecto de unidad que elaboró José María Samper, descansaba en la fundación de una Confederación de todos los pueblos de la América, con un sistema de gobierno republicano. En ella no incluía a Brasil, por ser una monarquía, y a los Estados Unidos, por su espíritu invasor.

Es claro que su fuerza no podrá venir sino de su unión, (...), y estando habituada cada una de las quince repúblicas que componen a Hispano-Colombia a la autonomía superior de la nacionalidad, sólo un sistema de confederaciones voluntarias, pacífica y lealmente elaborado, podrá satisfacer las legítimas exigencias de cada estado y establecer el equilibrio entre todos. En presencia de la preponderancia del Brasil en Sur Colombia, temible por diversos motivos, y del espíritu invasor de la familia anglosajona en el norte y el centro las repúblicas españolas necesitan hacerse fuertes refundiéndose en grupos respetables y homogéneos.¹⁰³

Para lograr la organización eficaz de Hispano-Colombia, Samper ideó una serie de pequeñas confederaciones, en las que se integrarían los países, de acuerdo con los elementos que los hacían más afines:

Y bien, ¿Qué es lo que indican la geografía, la historia y la etnología de Hispano-Colombia? Indican la natural composición de cinco hermosas confederaciones, (...); tales deben ser: la Confederación Mexicana, la de las cinco repúblicas de “Centroamérica”, la de Colombia, con sus antiguos elementos; la del Pacífico, compuesta del Perú, Bolivia y Chile; y la del Plata que reúna en un cuerpo a la Confederación Argentina, el Paraguay y el Uruguay.¹⁰⁴

Las Antillas, en opinión de Samper, igualmente deberían entrar a formar parte de la Confederación, una vez alcanzada su independencia.

¹⁰² *Ibidem*, p. 21.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ *Ibidem*, pp. 21-22.

Sin pretender pasar por profetas (...) en nuestro concepto, el porvenir hará surgir más tarde o más temprano una confederación de todas las antillas el día que esos países adquirieran la independencia a que los conduce la fuerza natural de las cosas.¹⁰⁵

Para el éxito de la Confederación, Samper concebía esenciales, la convergencia de sus miembros en una serie de puntos:

1. Prohibir formalmente la guerra entre todos los Estados contratantes.
2. Proscribir para siempre el corso, (...) y reconocer que en caso de guerra marítima la propiedad privada será siempre inocente y libre (...); y en caso de guerra terrestre ninguna localidad que no sea exclusivamente plaza fuerte podrá ser atacada y ocupada sin previa intimación a los habitantes.
3. Alianza perpetua de toda la Colombia española contra invasiones de filibusteros.
4. Compromiso formal de no ceder o enajenar jamás ninguna porción de territorio a potencias monárquicas.
5. Estipular principios generales que aseguren entre los Estados colombianos la libertad comercial.
6. Acordar la aptitud a los ciudadanos de cada Estado colombiano para ejercer la ciudadanía en cualquiera de los demás.
7. Estipular solemnemente la libertad religiosa.¹⁰⁶

La unidad, en su opinión, constituía la única garantía para que nuestros países fuesen escuchados en Europa y gozaran del respeto que merecían. La Confederación brindaría a las distintas representaciones diplomáticas, incluso, los recursos económicos necesarios para hacer más digna sus labores.

La civilización ganaría mucho con ese noble pacto colombiano, y las repúblicas que lo firmasen verían en breve sólidamente establecida su reputación en Europa.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 22.

¹⁰⁶ *Ibidem*, pp. 22-23.

En realidad los pueblos de Hispano-Colombia son tan homogéneos que forman un solo pueblo político, ocupando todo un continente. Lo que allí puede haber, y conviene que haya, es un conjunto de confederaciones análogas, es decir, todas democráticas, libres y hospitalarias (...); es necesario preparar esa gran evolución por medio de un sistema de asociaciones amigables, de *Zollvereins* colombianos, que regularicen los esfuerzos relativos a las relaciones exteriores.

La representación diplomática de Hispano-Colombia realizan papel tristísimo, ya porque representan a Estados moralmente microscópicos, ya porque no cuentan con los medios necesarios para adquirir influencias y respetabilidad, hacerse oír y servir con eficacia a sus compatriotas.¹⁰⁷

Por último, Samper realizaba un serio llamado para que los embajadores, de Europa y Estados Unidos en Hispano-Colombia, se comportaran de modo honorable. Su proclama incitaba a “Unir la inteligencia con la habilidad; hacer respetar nuestros progresos, nuestra dignidad y nuestro liberalismo”.¹⁰⁸

¹⁰⁷ *Ibidem*, pp. 23-24.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 26.

Capítulo III

José María Torres Caicedo y su Idea de América Latina

3.1 Las raíces de un hombre

La Bogotá de principios del siglo XIX, que vio nacer a José María Torres Caicedo, poseía una serie de circunstancias y particularidades que son necesarias mencionar. La fría capital andina tenía una población en los años, de 1830 a 1850, de 20.000 a 30.000 habitantes.¹⁰⁹

Para entonces, el sistema de recolección de aguas de la ciudad se reducía a unas cunetas hechas por el centro de las vías, que recogían los desechos pestilentes que salían de las casas y recorrían toda la urbe hasta llegar al río más cercano. A toda esta putrefacción material se le sumaba la podredumbre moral.

La forma de vestir de los criollos era una fiel copia de la moda europea, situación ésta que se va a acentuar, a partir de la segunda mitad de la centuria. Los referentes fundamentales provenían de Francia e Inglaterra. Así, abundaban en nuestros salones y paseos los hombres enfundados en elegantes levitas, con gabardinas, bufandas, sombreros de copa y el infaltable paraguas para protegerse de la diaria y persistente llovizna andina. En contraposición, una inmensa masa campesina, compuesta por mestizos e indígenas, lejos

¹⁰⁹ Jaime Jaramillo Uribe. *Ob.cit.*, p. 34.

estaban de poder usar zapatos de cuero y suela y su indumentaria se reducía a unas rústicas alpargatas, que complementaban a base de ruanas¹¹⁰ y sombreros de paja.

No se debe perder de vista, el hecho de que Santafé de Bogotá fue la capital del Virreinato de Nueva Granada, y que España al proclamarse como abanderada en la cruzada por la defensa de la cristiandad, le suministró a la misma un carácter monacal. Por tal motivo, no ha de extrañar la inmensa cantidad de conventos e iglesias que fueron erigidos, llegando hasta el punto, en que por cada cuadra había una iglesia y por cada manzana se hallaba un convento.

Las ideas religiosas de aquellos tiempos, secundadas por el estado no muy tranquilo de las conciencias de las gentes que vivían del despojo y la opresión del indígena y del negro, dieron nacimiento a infinidad de fundaciones para ganar el cielo, que vinculaban la propiedad raíz y contribuían a paralizar el desarrollo de la industria. A este estado de cosas se sumaba el fenómeno de la mendicidad. Los conventos se convirtieron en inagotables fuentes de subsistencia para muchos pobres, los que en algunas ocasiones, preferían vivir de las limosnas que de su trabajo.

Ahora bien, este carácter eminentemente monacal de Bogotá, se veía roto por el bullicio de los días de mercado. En particular, los sábados, cuando “los mendigos llenaban calles y plazas, exhibiendo no tan solo su desamparo, sino su insolencia que debe dar mucho en qué pensar, pues la limosna se exige y, quien rehúse, queda expuesto a insultos que nadie piensa en refrenar”.¹¹¹

Las noches poseían su encanto y también sus riesgos para los habitantes de la ciudad, pues las callejuelas estaban “infestadas por rateros, ebrios, lazarinos, holgazanes y aún locos.”¹¹² Como es fácil de imaginar, los asaltos y agresiones se tornaban comunes para aquellos transeúntes que gustaban de vagar a horas poco recomendables.

Un cuadro preciso de la Colombia virreinal nos lo brinda Miguel Samper y aunque con la independencia hayan cambiado quienes detentaban el poder político, este ambiente

¹¹⁰ Las ruanas son una especie de capotes de monte hechas de lana.

¹¹¹ Miguel Samper. *La Miseria en Bogotá y otros Escritos*. Bogotá, Biblioteca Universitaria de Cultura Colombiana, 1969, p. 8.

¹¹² *Ibidem*, p. 10.

marcó la vida republicana de una manera tal, que hasta el siglo XX se viven las consecuencias de tal construcción política.

Así, los principios en que se apoyó la colonización en lo que hoy es Colombia, establecían: en industria y comercio, el monopolio, en provecho exclusivo de la madre patria; en política, la centralización absoluta y el predominio de la raza conquistadora; en ciencias y artes, la ignorancia; en filosofía, la abyección del espíritu, y en religión, la intolerancia y el fanatismo.¹¹³

Decir la historia política de Colombia en el siglo XIX, es referirse a la historia de Bogotá, dada la concentración de poder y dinero que en ella se daba, por su condición de capital. Colombia era Bogotá y en ella se reflejaba toda la política del Estado. En estas condiciones, Bogotá vino a ser la receptora de todo el que quería acceder al poder central o al manejo del comercio. Miremos lo que al respecto nos dice Samper:

Con tales ingredientes para la crianza, Bogotá, vino a ser una ciudad esencialmente parásita desde su origen, por ser el asiento de clases dominadoras, explotadoras o improductivamente consumidoras. La acción política del Virrey, de la Audiencia y de todo el tren gubernativo de una basta colonia, se extendía a todo su territorio, abarcaba todos los intereses y todas las relaciones, haciendo de la capital un centro de poder y residencia de un numeroso tren de empleados civiles y militares, de aspirantes, de cesantes, de pensionados, de abogados, de clientes y aventureros de toda especie.¹¹⁴

Después de la independencia, la estructura seguiría siendo la misma, hecho que vino a corroborar que la miseria de Bogotá se fundaba en su condición de ciudad parásita. Sobre el carácter absorbente de la centralización bogotana advierte también Samper: “Si la centralización política fue por si sola un centro de atracción, la comercial, que le era la consiguiente en nada podía ceder a aquella. Como centro de consumos y con el carácter absorbente del régimen, Bogotá tenía que atraer y monopolizar el comercio.”¹¹⁵

¹¹³ *Ibidem*, p. 19.

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 20.

¹¹⁵ *Ibidem*.

La Bogotá del siglo XIX, y en especial la del segundo cuarto en adelante, se caracterizó por su acentuada vida clerical, la concentración del poder político y comercial y porque en ella se expresaba no solo su miseria sino la de toda Colombia.

3.2 Escritor y Diplomático de “Nuestra América”

José María Torres Caicedo fue un hombre fruto de sus esfuerzos. La mayor parte de su vida política y diplomática la ejerció en Europa, abriéndose camino en un mundo que le era ajeno, pero que lo acogió para siempre. Desde aquí, lucharía de manera incansable por su Patria Grande, América Latina.

Nació en Bogotá el 30 de marzo de 1830 y fue el menor de los hijos, en el hogar formado por el notable educador y matemático, Don Julián Torres y Peña y Doña Tadea Caicedo Villegas. Su padre murió en Bogotá el 29 de mayo de 1832, a los sesenta años de edad, sin dejar bienes materiales. Por ello, la familia pasó por un período de estrechez económica. Su madre Doña Tadea y las hijas Dolores, Isabel y Francisca se esmeraron en cuidar a Juan de Dios (Juanito) y al pequeño José María, este último debió educarse bajo la protección del Arzobispo Manuel José Mosquera, motivo por el cual le endilgarían el apodo de “Monigote”. La influencia de Monseñor sería determinante para el resto de su vida, en la forja de un pensamiento clerical y conservador. A través del tiempo sus posiciones políticas serán sustentadas en el ideario cristiano.¹¹⁶

En realidad, son muy pocas las fuentes existentes que permitan reconstruir la infancia y adolescencia de Torres Caicedo, llamado también “Torrecitos” por su baja estatura. Lo que se conserva son los testimonios de los diarios de quienes le conocieron y escribieron acerca de su ejercicio como monaguillo y de su pobreza, razón por la que hacia 1848, tuvo que vivir en casa de los padres de Francisco de Paula Borda, donde fue considerado como otro hijo.¹¹⁷

¹¹⁶ Antonio José Rivadeneira. *Ob.cit.*, pp. 1-2.

¹¹⁷ *Ibidem*, pp. 3-5.

Torres Caicedo, cursó estudios primarios en la escuela del pensador conservador José Manuel Groot,¹¹⁸ cuyo lema en el escudo rezaba: “Religión, Patria, Libertad y Unión”. Éste ejerció gran influencia en la generación posterior a la independencia y su escuela se caracterizó por una fuerte disciplina y rigurosidad en las enseñanzas religiosas.

A los trece años de edad ingresó en el Colegio San Bartolomé, en donde se graduaría de abogado en la Facultad de Jurisprudencia. Allí inició su temprana vocación periodística en el diario manuscrito *El Eco de la Universidad*, que continuaría en 1847 como redactor del periódico *El Progreso*. En el *Neogranadino*, fundado por Manuel Ancízar, vieron la luz en 1848, algunas de sus poesías y artículos de costumbres. Colaboró también en la *Sociedad Popular*; en *La Civilización*, junto con el poeta José Eusebio Caro y sobre todo en *El Día*, periódico de oposición conservadora en el que llegó a ser redactor principal, de mediados de 1849 a fines de 1850. Justamente en las columnas de este diario publicó, el 10 de agosto de 1850, un extenso y fundado escrito titulado “Venta del istmo de Panamá”, en el cual hacía gala de su pensamiento bolivariano. A este trabajo se sumarían otros muchos, hasta la aparición del editorial “Despedida”, el 29 de octubre.

Resulta esencial resaltar que el periódico *El Día* era redactado, según se decía, bajo la inspiración del célebre y respetable Arzobispo de Bogotá, Manuel José Mosquera y del Maestro Antonio Gómez Restrepo.¹¹⁹ A causa de eso, no resulta aventurado deducir que el Prelado pudo incluso haber llegado a influir, a través de su protegido Torres Caicedo, en la concepción y redacción de los estatutos del Partido Conservador que, en 1849, José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez publicaron en *La Civilización*.

Fue recio detractor de la administración del General José Hilario López que en 1849 iniciaría el primer ciclo de las reformas liberales tendientes a desmontar la estructura colonial de la nación para lograr la inserción en el mercado mundial.

En enero de 1850, sostuvo un duelo con el periodista Germán Gutiérrez de Piñeres con resultados desastrosos para él, herido en el omóplato derecho. El origen del duelo estuvo en

¹¹⁸ José Manuel Groot es uno de los más grandes representantes del pensamiento tradicionalista. Historiador, educador y político, fue autor de la conocida *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, en donde realizó una defensa de la tradición española y de la obra grandiosa de la Iglesia.

Ver: José Manuel Groot. *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*. Bogotá, [s.e.], 1889-1893, 5t.

¹¹⁹ Gómez Restrepo, por cierto, llegó incluso a publicar en *La Civilización* “artículos de ardiente política.” Ver: Antonio José Rivadeneira. *Ob. cit.*, p. 14.

la publicación que hiciera Torres Caicedo en el rotativo *El Día*, que insinuaba la posible implicación de Gutiérrez de Piñeres, en el hurto de mercancías que se había realizado en la tienda de Vicente Azuero. Ante tal hecho, Gutiérrez de Piñeres exigió una reparación, a lo que Torres Caicedo se negó. Por tal motivo, éste en complicidad con Joaquín Pablo Posada ideó un artificio para lograr la concertación del lance.

Los médicos de Bogotá no pudieron extirparle la bala, lo que lo obligó a viajar a Europa en busca de mejores cirujanos. De este modo, a fines de 1850, Torres Caicedo abandonó el país, dirigiéndose primero a los Estados Unidos y luego a Europa. Allí se radicó en París, donde fue operado con éxito por el padre de la cirugía francesa Dujardin.

Si a causa de un duelo, no se hubiera visto obligado a salir del país, es posible que por su intolerancia hubiera padecido el destierro, al igual que su amigo José Eusebio Caro y su protector el Arzobispo Mosquera, pues ya había adquirido fama de insidioso periodista.

Restablecida su salud, comenzó a trabajar como cajista en el periódico *Correo de Ultramar*¹²⁰, en el que por su laboriosidad y talento, fue ascendido primero a corrector y luego a redactor de aquella importante publicación que se editaba en español y se difundía en Europa y en toda América. Torres Caicedo no abandonó nunca su actividad periodística y la cultivó intensamente durante su estancia en la capital francesa (1850-1889), desde la cual, sería asiduo colaborador de los periódicos colombianos *El Porvenir* y *El Tradicionista*. Pero Torres Caicedo, no sólo se dedicó a escribir intensamente, sino también a cultivar amistades y a ganar influencias en el seno de la sociedad parisiense de la época.

Su viaje a Francia tuvo, no sólo para él, sino para América Latina también una gran trascendencia, por la labor que realizaría en pos de su integración. José María Samper valoró en su justa dimensión el significado de su decisión.

Gran fortuna fue para Colombia y para Torres Caicedo que éste no hubiera podido sanar en Bogotá la herida, ni viese en 1850 prospecto de poder vivir en Bogotá con la seguridad y ventajas apetecidas; pues súbitamente toma la resolución de irse para Nueva York y este momento fue el principio de su feliz y brillantísima carrera, gloria de nuestra patria. Si se hubiera quedado

¹²⁰ El periódico *Correo de Ultramar* se fundó en París en 1842. En sus páginas, de las que José María Torres Caicedo fue redactor principal a partir de 1860, vieron la luz múltiples artículos de los más destacados pensadores hispanoamericanos del siglo XIX. El *Correo de Ultramar* cesó de publicarse en 1886.

entre nosotros, en caso de recobrar toda su salud, habría vivido esta triste y agitada existencia de los hombres políticos y servidores de las letras en Colombia: luchando con mil dificultades, desafiando peligros, objeto de la implacable envidia de muchos, perseguido por la intolerancia y el odio de sus adversarios, cuando no contrariado por las rivalidades y flaquezas de sus copartidarios y sin teatro donde desplegar su actividad y lucir sus talentos; y después de todo habría sido representante, diputado, secretario de Estado o cualquiera de esas cosas envilecidas ya entre nosotros, o le habrían muerto en un duelo o en menguados combates civiles, cuando no miserablemente asesinado por cualquier motivo.¹²¹

Torres Caicedo a partir de su viaje a Francia, comienza a alternar su labor periodística con la diplomática. Así, en 1853, publica en Nueva York su primer libro titulado *los Ayes del Corazón* que contiene una colección de poesías. En 1856, enjuició desde París las aventuras piráticas del norteamericano William Walker en Nicaragua. El 26 de septiembre, de ese mismo año, fecha en Venecia el poema *Las Dos Américas*, en cuyo canto IX empleó por primera vez el vocablo **América Latina**. En 1862, vio la luz su colección de versos *Religión, Patria y Amor* y en 1863 publicó los dos primeros tomos de los *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos*. En 1865 editó *Unión Latinoamericana* donde despliega toda su raigambre bolivariana de unidad.

Una pequeña reseña nos puede ser útil para dimensionar su intensa vida diplomática e inmenso trabajo por dar a conocer Nuestra América en Europa desde los espacios académicos y políticos.

Su activa vida intelectual y social, le hizo alcanzar tal prestigio e influencia, que varias Repúblicas de nuestro continente le confiaron su representación, compartiendo exclusivos salones con los personajes más influyentes de las letras y la política de entonces.

En efecto, entre 1857 y 1864, se desempeñó sucesivamente como Secretario de la Legación de Colombia en París y Londres y como encargado de Negocios de Venezuela en Francia y los Países Bajos. Representó también a la República de El Salvador ante los gobiernos de Francia e Inglaterra.

¹²¹ José María Samper. *Historia de un Alma*. Medellín, Editorial Bedout, 1971, p. 447.

Durante 1868 desempeñó la Legación de Colombia en España, por designación del Presidente Santos Gutiérrez. Es en ese momento, cuando se recibe como miembro de la Real Academia Española.

Al finalizar 1868, retornó a París, donde dio a conocer los *Estudios sobre el Gobierno Inglés y sobre la Influencia Anglosajona* y el tercer y último volumen de los *Ensayos biográficos y de crítica literaria*.

En 1872 Torres Caicedo se incorporaría con todos los honores a la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

En julio de 1875, viajaría a Bruselas, volviendo a París el 7 del mismo mes. Luego se trasladó a Nancy con el objeto de participar en el Primer Congreso Internacional de Americanistas, una de cuyas sesiones presidió por honrosa distinción.¹²² En este mismo año publicó la obra *Mis Ideas y mis Principios* en tres tomos.

Durante 1878 alternó su labor diplomática con la académica, de manera que participa en el Congreso Internacional Literario de París. Además es designado presidente de la Comisión organizadora de la Gran Exposición Universal que se efectuaría en 1879. Condecorado con las mayores Cruces de gran parte de los soberanos europeos, luciría igualmente el diploma de múltiples y renombradas Sociedades de Roma, Turín, Madrid y Brasil. Por tan monumental labor, tuvo el honor de ser aclamado, por los representantes de todas las naciones, Presidente en ejercicio del Congreso Internacional Literario reunido en París en el año 1879, junto con Víctor Hugo, con quien fue aclamado al mismo tiempo como Presidente honorario. De la misma manera, Torres Caicedo presidió el Congreso Internacional Literario celebrado en Viena en 1881.¹²³

¹²² En 1879, tomaría parte también en el Segundo Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Bruselas.

¹²³ José Martí, tuvo conocimiento del tributo que Torres Caicedo rindiera al difunto Presidente James Garfield, durante el Congreso Internacional Literario. En las páginas del periódico caraqueño, *La Opinión Nacional*, publicaría el 19 de octubre de 1881, las siguientes palabras:

Uno de los más elocuentes y sentidos tributos a Garfield, fue el vehemente y hermoso discurso con que Torres Caicedo, que preside el Congreso Internacional Literario en Viena, anunció la noticia dolorosa, y suspendió en honor del difunto los trabajos del Congreso. “No es nuestra obra política, dijo, pero la muerte de caballero orador, de apóstol, de soldado semejante, imponen a todo honrado corazón humano esta muestra de tierna simpatía.”

Ver: José Martí. “Carta de Nueva York”. En: *Obras Completas*. La Habana, Editorial Lex, 1953, t. 1, p. 1318.

A partir de 1879, se dedicará a institucionalizar ese empeño de unidad de nuestros pueblos que le sacudía espiritualmente desde 1861 y que expuso magistralmente en su ya citado ensayo *Unión Latinoamericana* de 1865. De manera que, el 29 de enero de 1879, fundaría la Sociedad de la Unión Latinoamericana en París, cuyos estatutos fueron aprobados el 6 de marzo. En la mesa directiva de esta Sociedad figuraron personalidades relevantes como el expresidente dominicano Gregorio Luperón y el patriota puertorriqueño Ramón Emeterio Betances.¹²⁴

Torres Caicedo, fue el diplomático latinoamericano por excelencia, dio a conocer a Nuestra América en Europa; exaltó la labor y calidad de sus pensadores; defendió la soberanía de nuestras naciones oponiéndose a cualquier tipo de ingerencia o invasiones; difundió el nombre de América Latina fruto de su creación como expresión de una nacionalidad; expuso su doctrina de unidad como la vía para alcanzar el progreso de nuestros pueblos y divulgó por toda Europa la grandeza de nuestra Patria Grande.

Con estas palabras lo definiría Cecilio Acosta:

No hay ninguna manifestación solemne del espíritu, del arte o de la industria, que no sea para el señor Torres Caicedo un motivo para proclamar las glorias, riquezas naturales y productos de la América Latina, y para promover la unión de todos sus Estados y con ella su mayor desarrollo y civilización, no porque él quiera que haya dos civilizaciones contrapuestas, sino porque las desea iguales para el respeto mutuo y la cooperación, ya sin celos en la obra del progreso común. El ha marcado una época en la historia de nuestra raza, no solo engrandeciéndola, sino acercándola a Europa y contribuyendo a desarrugar el ceño de superioridad que ésta había tomado a causa de las tradiciones de conquista y de la ignorancia de nuestras cosas.¹²⁵

En Francia su casa fue la de todos los latinoamericanos. La influencia que ejerció sobre los diplomáticos de estas tierras en los sesenta y setenta fue amplia y reconocida, impregnándoles su espíritu latinoamericanista y antinorteamericano. Fue siempre el primero en enfilear la defensa de cualquiera de los países de nuestra América Latina.

¹²⁴ Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado. *Ob. cit.*, p. 40.

¹²⁵ Cecilio Acosta. "José María Torres Caicedo." En: *Ob.cit.*, t. 2, pp. 137-138.

La última etapa de su existencia fue muy dolorosa. Una terrible enfermedad de más de tres años aniquiló su vida, primero bajo los rigores de una anemia cerebral, luego con los arrebatos de una demencia irascible, y por último abrumado por una lastimosa parálisis que concluyó por hacer inactivos su cuerpo y su espíritu. Falleció en una casa de alienados cerca de París, el 27 de septiembre de 1889.¹²⁶ Sus exequias se celebraron en Anteuil. En ellas, el gobierno de la República francesa estuvo representado por el Ministro de Relaciones, y entre los concurrentes se veía a muchos miembros del cuerpo diplomático europeo y americano, del Instituto de Francia y de la Legión de Honor. Se le tributaron honores militares por un batallón de infantería, un escuadrón de dragones y una batería de artillería. Sus restos reposan en el cementerio del padre Lachaise, enteramente lejos de la patria, que nunca ha honrado su memoria.¹²⁷

3.3 Las claves del ideario político de Torres Caicedo

José María Torres Caicedo fue ante todo un publicista, su temprana vocación periodística y la influencia que ejerció en él la figura de Monseñor Manuel María Mosquera fueron determinantes en su primera formación y fijaron líneas que le marcaron derroteros de vida, que se mantuvieron aún cuando su concepción del mundo cambió en muchos aspectos.

La obra escrita de Torres Caicedo no es muy extensa y por su carácter periodístico en ocasiones carece de profundidad, pero tiene el gran valor de haber sido siempre pensada para la exaltación y defensa de los países latinoamericanos.

Su doctrina se halla centrada en una serie de ideas a las que se entregó con cuerpo y alma durante toda su vida. En Colombia, para 1850, comenzó a manifestar su espíritu latinoamericanista y antinorteamericano a través de sus poesías y escritos periodísticos.¹²⁸ En estos primeros trabajos se observa su impronta conservadora, que luego de su viaje a

¹²⁶ Paradójicamente, su muerte se produjo en vísperas de reunirse en Washington La Primera Conferencia Internacional Panamericana, de cuyo seno habría de nacer el sistema de dominación que implica la antítesis del pensamiento de unidad preconizado por Torres Caicedo.

¹²⁷ Antonio José Rivadeneira. *Ob. cit.*, p. 106.

¹²⁸ Arturo Ardao. *América Latina y la latinidad*. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 121.

Francia, transitaría hacia posturas liberales moderadas. Al llegar a Europa, sus preocupaciones y tareas no serían otras, que la de defender nuestra soberanía y la de dar a conocer lo más excelso del pensamiento latinoamericano.

En Colombia Torres Caicedo llegó a constituirse en un líder de la prensa conservadora. *El Día*, periódico del cual fue su redactor principal, era un órgano de los llamados conservadores retrógrados. Desde allí, enfiló sus baterías contra el gobierno de José Hilario López, que dio inicio a las reformas del medio siglo, y hacia Manuel Murillo Toro, quien luego sería presidente del denominado período del “olimpico radical.” Estos son justamente, los argumentos de los que se vale el historiador Javier Ocampo López, para calificar a Torres Caicedo como un ideólogo del conservatismo colombiano.¹²⁹

Sin embargo, con su estancia en París su conservadurismo realizó un giro hacia el liberalismo moderado, notablemente influenciado por las ideas liberales francesas y por su ejercicio periodístico en el *Correo de Ultramar*. De dicha evolución ideológica, nos dan fe tanto sus escritos, como los testimonios de sus amigos Cecilio Acosta y José María Samper. Cecilio Acosta, llegó a señalar cómo Torres Caicedo fue calificado por muchos de sus amigos conservadores latinoamericanos, que lo acusaban por el rumbo que habían tomado sus principios hacia el liberalismo, aún cuando éste siempre se negó a reconocer tal cambio.¹³⁰

Este hecho quedó corroborado de igual forma por Samper en su antes mencionada *Historia de un Alma*. Samper y Torres Caicedo, habían sido desde niños compañeros de estudios en el colegio de José Manuel Groot, pero la política los había distanciado cuando Torres era el redactor de *El Día* (un periódico conservador) y Samper de *El Sur-Americano* (un rotativo liberal). Sin embargo, a raíz del duelo que sufrió Torres Caicedo, el que conmovió profundamente a Samper, reanudaron su amistad. Ésta se haría más estrecha, cuando Samper también decidió viajar a la capital parisina y fue recibido en su casa por su antiguo colega.

Con mucha frecuencia me veía con Torres Caicedo y conversaba con él sobre política europea y americana, y cada vez que ponía fin a una de

¹²⁹ Javier Ocampo López. *Qué es el Conservatismo...ob. cit.*, p. 89.

¹³⁰ José María Torres Caicedo. *Estudio sobre el gobierno inglés y la influencia anglosajona*. París, Baundry, Librería Europea, 1868, t. 1, p. 250.

aquellas gratas conversaciones -muy instructivas para mí, porque Torres había adquirido, como publicista y hombre de extensas y muy excelentes relaciones, muchos conocimientos prácticos-, me iba pensando que los dos, marchando de buena fe en opuestas direcciones, nos íbamos acercando mucho en opiniones o ideas. En efecto, Torres se había liberalizado mucho, en el buen sentido de la palabra, con sus viajes, sus lecturas, sus trabajos mismos y su residencia en Europa, y yo, por mi parte, sentía que la exageración de mis ideas iba perdiendo terreno; que el radicalismo iba mermando (...) su prestigio; que cada día la política de partidos se me antojaba falsa y empírica, y que insensiblemente iba descubriendo lo bueno que había en el conservatismo. Ello era lo que Torres Caicedo me decía frecuentemente que “tarde o temprano estaríamos de acuerdo en todo” y que yo iba creyendo que sí podía haber un *liberalismo conservador* y un *conservatismo liberal* aceptable para todos los hombres patriotas, sinceros y desinteresados en su amor al bien.¹³¹

En una entrevista, hecha por quien escribe al Dr. Antonio José Rivadeneira, éste realizó un comentario acerca de la intención que había tenido Torres Caicedo de fundar un partido liberal conservador. Una opinión que comparte el también historiador Jaime Jaramillo Uribe. Aunque ello no haya podido ser corroborado hasta el momento, las propias palabras de Samper indican la posibilidad de que Torres Caicedo albergara tal idea.

Valdría la pena señalar, que José María Torres Caicedo también fue considerado como un liberal moderado y un hombre progresista de convicción, por distintos intelectuales europeos, contemporáneos suyos. Su personalidad y obra, fueron analizadas por reconocidos autores del momento, como Messieurs Clovois Lamarre y Carlos Wienier en su libro *La América central y meridional*.¹³²

Por otra parte, el *Correo de Ultramar* fue la tribuna desde donde Torres Caicedo desplegó, con coherencia y decisión, su magna tarea de divulgar la grandeza latinoamericana. En sus páginas, dio a conocer muchas de las obras de los más grandes

¹³¹ José María Samper. *Historia de un Alma...ob. cit.*, p. 450.

¹³² Cecilio Acosta. “José María Torres Caicedo.” En: *Ob. cit.*, t. 2, p. 129.

poetas y literatos de nuestra tierra. Textos, que luego compilaría, en dos tomos, con el nombre de *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos*. Esta obra tiene el gran mérito de ser el primer intento orgánico de abrazar en su unidad, la historia y la crítica de la literatura de “Nuestra América”.¹³³

Igualmente, se puede afirmar que Torres Caicedo fue el más aguerrido defensor de la soberanía de los países latinoamericanos. En múltiples ocasiones, denunció ante la opinión pública, la manera en que las potencias se valían de vanos pretextos, tales como las reclamaciones de ciudadanos, para declarar la guerra a nuestras repúblicas.¹³⁴

A estas líneas de pensamiento y acción, se suma su ideario unionista que conforma todo un cuerpo. La unión de nuestros pueblos, constituía para Torres Caicedo la posibilidad de progreso y engrandecimiento de estas tierras, que al provenir del tronco racial latino reunían las condiciones necesarias para lograr la integración desde el Río Bravo hasta la Patagonia.

En sus artículos de prensa se pueden hallar las distintas aristas que componían su proyecto político. La primera etapa de su ideario fue desarrollado en Colombia, bajo una impronta conservadora, a partir de cinco principios: Autoridad, Libertad, Orden, Igualdad y Fraternidad. Su proyecto de sociedad se erigía sobre los pilares de las ideas cristianas.

En un primer trabajo titulado “Autoridad y Libertad”, que apareció en Colombia en 1849, en *El Catolicismo*, Torres Caicedo expuso su intención de escribir una obra en dos volúmenes con este mismo título, que nunca llegó a ver la luz. Así decía al respecto:

Si la libertad es santa, la autoridad es sagrada; un ser pensante no puede alcanzar sus destinos inmortales mientras no imite las perfecciones del hacedor, mientras no haga uso de su inteligencia y arregle todo según ella. La inteligencia proclama necesaria la autoridad y el orden, y no puede haber orden sin autoridad, el orden es la felicidad del cielo, como es su ley, sin orden no hay libertad, no hay ventura.¹³⁵

¹³³ Arturo Ardao. *América Latina y la latinidad...ob. cit.*, p. 99.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 134.

¹³⁵ José María Torres Caicedo. “Autoridad y Libertad.” En: *Mis Ideas y mis Principios*. París, Imprenta Nueva, 1875, t. 1, p. 10.

Para Torres Caicedo la autoridad era la que hacía posible la existencia social y afianzaba la libertad. La una resultaba inconcebible sin la otra, pues eran las que generaban el orden, principio de toda virtud.

La libertad es la virtud que hace dueño al hombre de sus acciones (...) la libertad es el individuo sacrificando una parte de sus derechos a favor de la comunidad (...) y tiene su origen en el anhelo de felicidad y su límite en el perjuicio al prójimo. Es el bien de todos sin el mal del último miembro de la comunidad.¹³⁶

Las pasiones constituían, en opinión de Torres Caicedo, los verdaderos tiranos del hombre. Subrayaba que “cuando la inteligencia es subyugada por las pasiones entonces el individuo carece de libertad (...). La primera y más apetecible de las libertades es la que consigue el triunfo alcanzado por uno mismo, así como la más degradante de las esclavitudes es la que nos sujeta al despotismo de las pasiones.”¹³⁷ En su opinión, la libertad sólo era alcanzable si uno sabía sobreponerse a éstas, pues “la libertad pura eleva al hombre y lo asemeja al ángel, la tiranía política nace de la tiranía de las pasiones.”¹³⁸ Así el primer requisito para la existencia de una sociedad es que se den los medios para la restricción de las pasiones. Las inclinaciones de los hombres deben ser obstruidas frecuentemente y su voluntad controlada, a través de los muros de la autoridad representados en las tradiciones y los códigos sociales.

La libertad se disfruta en el seno de la sociedad y no puede haber sociedad sin autoridad, la libertad reina donde hay seguridad, propiedad y honor. Una sociedad sin autoridad no es posible.

De la libertad nace la autoridad, la libertad crea la autoridad para que esta la defienda y proteja su buen desarrollo, la autoridad y la libertad marchan unidas.

Nosotros queremos la libertad con ley por límite, con la justicia por regla, con el bien público como punto de partida y término del camino, con

¹³⁶ *Ibidem*, p. 11.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 13.

¹³⁸ *Ibidem*.

prescindencia de partidos mezquinos y de intereses personales, con miras altas y elevadas.

Muy lejos estamos de un gobierno que tienda al despotismo, pero muy lejos estamos también de renegar del principio de autoridad.¹³⁹

Para el conservadurismo la libertad nace del orden, en tanto que para el liberalismo el orden nace de la libertad. Libertad entendida como el dominio del hombre sobre las pasiones y también libertad como protección de la propiedad individual y familiar y en un sentido más amplio tanto lo material como inmaterial de la vida.

El único que valoró la obra de Torres Caicedo, en su justa dimensión política, fue su amigo y profundo conocedor, el venezolano Cecilio Acosta. Acosta, evidenció una gran claridad a la hora de estudiar los distintos temas tratados por Torres Caicedo. Respecto al tema que nos ocupa dijo:

El punto de autoridad y libertad lo trata el señor Torres Caicedo con verdadera maestría, de manera que ni la una aparece petrificante ni la otra disolvente; y aquí es donde se ve, más que en otro lugar, que él pertenece a la alta escuela filosófica-política de gobiernos respetuosos a la ley y de vida social sin convulsiones. Los pueblos nuevos, los vetustos mismos, movibles a todo viento de opinión o fanáticos de poder personal, son los que no comprenden otro estado que el despotismo o el desorden, y hasta han llegado a desnaturalizar aquellas palabras, dándoles la significación de prácticas viciosas en vez de la que deriva del derecho. La autoridad y la libertad no son dos vocablos contrapuestos, dos antagonismos constantes, dos fórmulas diversas para diversas soluciones, sino dos términos del binomio que da la ecuación de la vida social pacífica y del gobierno regular, dos ideas que se complementan mutuamente y que están en relación reflexiva y recíproca de causa y efecto.¹⁴⁰

La forma de gobierno que para Torres Caicedo debía implantarse en la América del Sur era la republicana, aún cuando reconocía que a raíz de su independencia, al verse liderada

¹³⁹ *Ibidem*, p. 15.

¹⁴⁰ Cecilio Acosta. "José María Torres Caicedo". En: *Ob. cit.*, t. 2, pp. 104-105.

por los caudillos militares, no había mostrado la capacidad necesaria para ponerla en práctica. Debe señalarse, que como ideólogo del conservatismo en Colombia, le temía a las consecuencias de la demagogia. En sus escritos, llamaba la atención sobre cómo los demagogos, a lo largo de la historia, se habían tornado en “los agitadores de la muerte, en los cortesanos de la multitud que han cavado en todas partes la tumba de las instituciones liberales.”¹⁴¹

En el lenguaje político, de mediados del siglo XIX, demagogos se les denominaba a los liberales por sus pretensiones igualitarias, que rechazaban con ahínco los conservadores. Según su criterio, el gobierno era el que debía velar por la igualdad de deberes y derechos de los ciudadanos, garantizar su completa seguridad y ofrecer garantías reales y campo de acción para la iniciativa individual.

Según Torres Caicedo, las jóvenes naciones de la América Latina luchaban por constituirse definitivamente, por hallar su centro de gravedad, por establecer de una manera sólida y permanente la armonía entre los derechos y los deberes, que hacían a las naciones libres y a los gobiernos justos. Para lograr este equilibrio era necesario que los hombres de estado conocieran que las nociones de Autoridad y Libertad no podían andar separadas. De esta manera se construía un camino capaz de combatir el absolutismo y la demagogia y evitar que los partidos triunfasen a través de las armas.

En algunas repúblicas se había abusado de la libertad, se había confundido la libertad de prensa con la posibilidad de difamar y calumniar; se había proclamado el sistema federal “como el sistema de desquicio por el cual se divide en vez de reunir”.¹⁴² Por tal razón, Torres Caicedo pensaba en la necesidad de la organización de una Liga o Confederación compuesta por todos los Estados latinoamericanos, que tuviese un gobierno republicano, con centralismo político y descentralización administrativa. Él rechazaba tanto el centralismo como el federalismo administrativo en su sentido estricto y se inclinaba por una línea intermedia, ya que concebía al federalismo nocivo para los fines de la unidad latinoamericana y al centralismo paralizador de los extremos de la nación.

El ideario cristiano de Torres Caicedo se encuentra presente en sus disertaciones acerca de la Fraternidad y la Igualdad. Él termina por otorgarles un carácter canónico a esos temas,

¹⁴¹ José María Torres Caicedo. “Autoridad y libertad.” En: *Mis Ideas y mis Principios...ob. cit.*, t. 1, p. 6.

¹⁴² José María Torres Caicedo. “La colonización de las dos Américas.” En: *Ibidem*, t. 3, pp. 301-318.

elevándolos por encima del mero rango político. Así, para Torres Caicedo la República poseía un rango divino, cuyos fundamentos se hallaban en el código de Jesús. Estas ideas, las va a plasmar con particular detenimiento en su trabajo “Fraternidad e Igualdad”, publicado en Bogotá en 1849 por el periódico *Sociedad Popular*.

La fraternidad es el resumen del código de Jesús. El hombre nace igual en cuanto está dotado de las mismas facultades.

Qué implica la igualdad: igualdad de derechos y deberes, igualdad de origen por ser hijos de Dios. Es preciso que exista desigualdad para que la igualdad se respete, la igualdad posible es la que existe ante la ley, la otra es la que abate, la que tiende a nivelar al elevado, esta es la tiranía de la igualdad. La igualdad es limitada, la fraternidad ilimitada. La fraternidad es el fundamento de la igualdad, de la libertad y la tolerancia. La fraternidad es la caridad cristiana.

Libertad e igualdad no pueden existir sin condiciones materiales. Producción material condición de progreso. Los hombres son iguales en derechos y deberes.¹⁴³

Para la filosofía conservadora, la libertad tenía como fundamento la protección de la propiedad individual y familiar. Por su parte, el objetivo de la igualdad radicaba en la redistribución de los valores materiales e inmateriales de la comunidad, que debía realizarse a través de la ley o del gobierno. Ello no implicaba lesionar las libertades de los individuos, que de modo innato, presentaban diferencias entre sí. Los conservadores, utilizaban desde la prensa los epítetos de demagogos y niveladores, para referirse a los liberales y así descalificar sus actuaciones políticas que censuraban como provocadoras de anarquía.

La fraternidad es la base de la república porque de ella nace la igualdad y es el principal elemento de la república porque ella es orden, es el sistema de equilibrios entre derechos y deberes. Igualdad no es nivelamiento, es libertad con licencia. Funda libertad que afianza los derechos y sirve de sostén a la igualdad. Libertad de un hombre civilizado que no dañe un tercero, igualdad

¹⁴³ José María Torres Caicedo. “Fraternidad e Igualdad”. En: *Ibidem*, t. 1, pp. 107-111.

ante la ley, los derechos y los deberes “a cada hombre según sus méritos, a cada capacidad según sus obras”.

La desigualdad proviene de las facultades y naturaleza de cada hombre en particular, es la desigualdad que regulariza la marcha de las sociedades, porque por ella el hombre superior en inteligencia, en riqueza o en fuerza, es capaz de ejecutar actos de virtud por la protección que dispense al idiota, al pobre o al imbecil.

La fraternidad es amar a todos los hombres y mostrarles la senda de la verdad y es el rasgo característico del ente pensador y sensible.

Fraternidad es paz, es la imitación de Cristo, nuestras armas son la razón y las asociaciones fraternales, en el evangelio están los verdaderos principios de la libertad.¹⁴⁴

Según Torres Caicedo la fraternidad era la que hacía posible la cohesión de la existencia social, porque de ella nacía la igualdad, sinónimo de orden. Estas dos ideas hacían parte de una concepción, que entendía a la sociedad, como un organismo que transitase por las sendas del progreso y no de las revoluciones. De la fraternidad y la igualdad dependía la vida en armonía de la sociedad. Estas cuatro ideas -igualdad, fraternidad, autoridad y libertad- no resultaban excluyentes, para él, sino complementarias. En ellas también se observa el ideario conservador de Torres Caicedo, permeado de un fuerte componente religioso. Estas ideas tenían, según él, un origen divino, eran santas y sagradas. Luego, en Francia, su ideario cristiano no desaparecería como fuente de inspiración, pero sí mermaría ese tufo clerical propio de sus escritos colombianos.

En este tema también, su primer biógrafo Cecilio Acosta, nos dio su apreciación sobre cómo Torres Caicedo abordó el tema:

Las ideas cristianas, la fraternidad y la igualdad, busca él unir las con la opinión y así tornarlas en el oráculo mejor de las ideas. Harto está en la verdad: así que se desbroce la historia y se quite la ceguedad a los sistemas y a la civilización lo que aún conserva de pagano, se verá el beneficio inmenso que ha hecho el cristianismo al mundo; en especial en la Edad Media él lo

¹⁴⁴ *Ibidem*, pp. 112-123.

salvó de la sangre de la barbarie, y la sabia con que hoy crece es suya. Las guerras que se economizan, el derecho que se difunde, las naciones que se abrazan en las fronteras para el cambio del comercio y de las luces, bastarían, como obra suya, para decir que al cristianismo todo se debe.¹⁴⁵

Justamente Torres Caicedo le concedía una gran importancia a la enseñanza de las ideas cristianas. En dicha labor, juzgaba que la familia, como base de la sociedad jugaba un rol fundamental. En su seno se formaban los nuevos ciudadanos, a los cuales había que inculcarles sus valores.

El cristianismo apareció como la religión de la paz, de la caridad, religión sublime que ha proclamado el principio de igualdad de los hombres ante Dios. La misión del cristianismo fue reorganizar la vida. El origen y fundamento de la libertad se hayan en el código por excelencia: el evangelio, que es donde están los verdaderos principios de la fraternidad.

La libertad no puede hallarse en oposición al orden y prudencia, y va unida con la seguridad, la igualdad y la propiedad. Orden, prudencia y razón: libertad.

Libertad y orden: que no es ni agitación, ni despotismo. Igualdad, propiedad y seguridad causas que conduzcan a la producción de la libertad. La fraternidad es el elemento clave y base principal de la igualdad, de la paz y la libertad, que la libertad verdadera nace del evangelio.

Moral e industria son los dos elementos sobre los cuales están fundadas la libertad y la democracia.¹⁴⁶

Los artículos subsiguientes fueron escritos estando radicado en Francia. En ellos, se hace evidente su evolución hacia un liberalismo moderado, distanciándose de esta manera de las posturas del conservadurismo colombiano y latinoamericano.

En su trabajo “Separación de la Iglesia y del Estado”, escrito en 1862, manifiesta un evidente avance hacia una visión secular de la política, al plantear la separación de estas dos instituciones. A lo largo de todas sus páginas, resalta la importancia que tiene para las sociedades modernas, el cultivo de la libertad de conciencias y la tolerancia universal.

¹⁴⁵ Cecilio Acosta. “José María Torres Caicedo.” En: *Ob. cit.*, t. 2, p. 109.

¹⁴⁶ José María Torres Caicedo. “Fraternidad e Igualdad.” En: *Mis Ideas y mis Principios...ob. cit.*, t. 1, p. 107.

Un principio grande que ha triunfado en las sociedades modernas es el de la libertad de conciencia y el de la libertad de culto (...) este principio solo tiene vida o aplicación práctica a condición de la separación de la Iglesia y el Estado.

No le corresponde al Estado mostrar al hombre la vía que conduce a las almas a la salud eterna, esta misión es reservada a la Iglesia, el Estado no debe tener religión.

El gobierno que profesa una religión está abiertamente contra el principio de tolerancia universal.

El Estado que admite la religión nacional, sobre todo la católica, tiene que vivir bajo el régimen del concordato que tiende a poner el Estado bajo la Iglesia o viceversa (...) los concordatos son una fuente eterna de conflicto entre el poder civil y el eclesiástico. Los dos poderes (...) el civil-político, y el eclesiástico, ambos deben tener una esfera natural de acción. El gran concordato entre la religión y la libertad consiste en la separación absoluta de los dos poderes.

La separación entre la Iglesia y el Estado acarreará benéficos resultados al orden político, social y económico y previene los conflictos religiosos, para evitar conflictos deslindar relaciones.¹⁴⁷

Esta álgida temática, sometida a debate por Torres Caicedo, evidencia el nivel de reflexión alcanzado por él, si tenemos en cuenta la formación que recibió en sus primeros años, así como el rol que defendió en Colombia. Debe resaltarse que esta posición la asumió cuando todo el conservadurismo colombiano apoyaba la fusión de las dos instituciones. Fueron entonces sus opiniones sobre dicho tema, las que más lo distanciarían de los conservadores de su Patria.

Uno de los tópicos más abordados por Torres Caicedo en sus trabajos fue el de las razas. A juicio nuestro, más por estar a tono con las discusiones que sobre esta cuestión se suscitaban entonces, que por una profunda convicción suya al respecto. No hay que olvidar, que en su concepción cristiana del mundo, todos los seres humanos éramos hermanos. Sin embargo, la utilización del discurso de las razas, le permitió a él construir el vocablo

¹⁴⁷ José María Torres Caicedo. “Separación de la Iglesia y del Estado”. En: *Ibidem*, t. 1, pp. 139-141.

América Latina y robustecer la doctrina de unidad al incluir a Brasil y Haití en el proyecto continental, por el solo hecho de utilizar la expresión latina. Además, dicho discurso le permitió darles una dimensión de fortaleza y reconocimiento a nuestros pueblos en Europa, mostrando sus logros e ideas.

En uno de sus artículos más significativos, “El carácter de las razas preponderantes, la raza latina”, nos muestra así sus apreciaciones:

Lo que da una cierta superioridad relativa a las razas son las condiciones exteriores: clima, alimentos y costumbres.

El desarrollo del mundo está preparando la fusión de las razas y la armonía de la humanidad, que no puede sustraerse a las leyes de la solidaridad y revisibilidad.

El mundo gravita hacia la unidad por medio del cristianismo. Es preciso que caigan las aristocracias de sangre y se reconozca la igualdad de todos los hombres, el equilibrio del mundo dependerá del imperio de la justicia, el que deje a cada nacionalidad su legítima autonomía.

Lo que forma ante todo las nacionalidades no es tanto el origen y la raza, cuanto la comunidad de intereses morales y materiales, la uniformidad de costumbres y la voluntad de vivir bajo el régimen de ciertas instituciones. Solo cuando hay opresión de una raza sobre otra se da la guerra, el problema interno de América es el establecimiento interno del equilibrio de la libertad, otro es la terrible lucha de la raza sajona del norte y la raza latina; la raza sajona tiende al aniquilamiento de su raza rival, para desarrollar sus intereses materiales.¹⁴⁸

Resulta innegable, que detrás de su discurso, no existía otro propósito que el de la defensa de nuestras tierras a partir de la unidad. Una unidad, posible, dada la identidad latina, y necesaria, ante el expansionismo norteamericano. Proceso este último que denunció desde muy temprano. Torres Caicedo, defendió la soberanía de nuestros pueblos como ningún otro, y el discurso de la raza latina fue sólo una instancia para la urgente unidad.

¹⁴⁸ José María Torres Caicedo. “El carácter preponderante de las razas.” En: *Ibidem*, t. 1, pp. 167-182.

Para sustentar la grandeza de la raza latina, Torres Caicedo, se valía del hecho de que ésta había predicado y propagado el cristianismo, “civilizando a los conquistadores bárbaros”. En su opinión, a la raza latina se debía asimismo, la difusión de las hermosas y justas teorías sobre los derechos del hombre.

La raza latina compone por sí sola la mayor parte de la historia de Europa y de la civilización. La raza latina tiene los caracteres de riqueza de imaginación y voluntad de hierro, de la fuerza, de la inteligencia, de la pasión, de los más bellos rasgos de la fisonomía humana. Es artista, el ingenio vivo y penetrante, la palabra ardiente, la oratoria la poesía, la invención. La raza latina es católica pertenece a la religión del pasado y del porvenir, a esa religión que es solo la verdadera y perfecta. Latinos no reneguemos de nuestra raza.¹⁴⁹

Por otra parte, Torres Caicedo realizó un análisis de las marcadas diferencias que se produjeron en los procesos de conquista y colonización de la América Anglosajona y Latina. Sin embargo, en su ensayo no profundizó en las consecuencias que de ambos se derivaron.

La América anglosajona es grande sin duda, de América Latina en el exterior sólo se sabe que es el continente del clima abrasador, de las serpientes y de las revoluciones.

América septentrional fue colonizada por puritanos y cuáqueros, compañías comerciales, perseguidas por motivos políticos y religiosos, estos eminentes hombres iban guiados por sentimientos de libertad y amor a Dios, llevaron la ciencia, la virtud y el capital.

De España heredamos el caudillismo, guerreros cruzados que venían de expulsar a los moros.

Aunque soy republicano y amo la república no soy apasionado defensor de ella, cada pueblo debe tener la forma de gobierno adaptada a su temperamento, a su índole, a su educación, a sus tradiciones.¹⁵⁰

¹⁴⁹ José María Torres Caicedo. “La raza latina.” En: *Ibidem*, t. 1, p. 192.

¹⁵⁰ José María Torres Caicedo. “La colonización de las dos Américas.” En: *Ibidem*, t. 3, pp. 301-318.

Es un análisis, que si bien da cuenta de los diferentes elementos humanos que realizaron la conquista tanto en el Norte como en el Sur, no ahonda en las repercusiones que tuvo el hecho de que la colonización inglesa fuese realizada determinadamente por la figura del *farmer*, mientras la colonización española fuera emprendida por el cruzado.¹⁵¹

Como hemos venido insistiendo, a lo largo de este trabajo, la unidad de nuestros pueblos fue la preocupación fundamental de Torres Caicedo. La noticia de una posible unión de las repúblicas centroamericanas despertó en él la más entusiasta alegría.

La unión es la necesidad de las nacionalidades hispanoamericanas, simboliza el venturoso porvenir, es el remedio a sus males. ¡Sí! La unión es la palabra de vida para la América española, así como ha sido para todos los pueblos. El espíritu moderno se resume en la palabra asociación. La sociabilidad, la unión, es el carácter de la civilización actual. Todo es posible a través de la asociación, la comunidad. El carácter de la civilización antigua es la desunión. El comercio llevará a cabo la fusión política. Que se echen abajo las barreras que separan a los pueblos. Los adelantos tecnológicos llaman a la unión no a la desunión secesión. Unidad universalidad fusión he ahí los caracteres del siglo actual. “La libertad es derecho divino porque es la legitimidad de todos”. “Todo en la naturaleza tiende a la unidad sin destruir la diversidad; todo tiende a fortificarse a engrandecerse”.¹⁵²

Por tal motivo, Torres Caicedo condenó enérgicamente todo lo que pudiese atentar contra ese magno objetivo. Desde las incursiones filibusteras en Centroamérica hasta la invasión de Francia a México.

La defensa que realizó Torres Caicedo, desde el *Correo de Ultramar*, de la soberanía de nuestros pueblos lo eleva a la más alta distinción como internacionalista del siglo XIX. No hay un caso en donde se cuestionara la soberanía o integridad de nuestros países, en el que no realizase una férrea defensa de la misma. Como profundo conocedor del Derecho Internacional, se destacó su extenso y meritorio estudio, sobre la injustificable intervención

¹⁵¹ Joaquín Santana Castillo. “Identidad cultural de un continente: Iberoamérica y la América sajona. Desde la doctrina Monroe hasta la Guerra de Cuba.” En: Arturo Andrés Roig. (Comp.). *El pensamiento social y político iberoamericano...ob.cit.*, pp. 20-21.

¹⁵² José María Torres Caicedo. “Unión de las repúblicas centroamericanas”. En: *Mis Ideas y mis Principios...ob. cit.*, t. 2, p. 112.

francesa en México. En éste, reconoció al gobierno de Benito Juárez como legítimo, y a partir de ahí desmontó todas las justificaciones que pudieran haberse fraguado para consumir tamaño atropello.

La guerra contra México ni es justa ni útil y será ruinoso bajo todos sus aspectos para Francia (...). La legitimidad está en la legalidad, y cualesquiera que sean los antecedentes históricos de un país, su soberano es el que lo gobierna de acuerdo con su Constitución. El presidente legítimo de México es Benito Juárez.¹⁵³

Lo más loable de su defensa es que la realizó desde un periódico que se publicaba en Francia, viviendo allí, y siendo un admirador de los logros de la sociedad francesa. Amén, de que ello evidencia su postura liberal, en unas circunstancias en las que el conservadurismo latinoamericano apoyó al Imperio de Maximiliano I.¹⁵⁴ Años después, en una semblanza de Torres Caicedo, realizada por el internacionalista Pradier Foder se exaltaba:

Es bueno, sin embargo, agregar aquí que el amor de Torres Caicedo por Francia no le ha impedido decir bien alto la verdad cuando ah sido necesario: es lo que hizo cuando la funesta expedición a México. Tengo bajo mis ojos un suplemento a *El Correo de Ultramar* del 30 de septiembre de 1862, en el que Torres Caicedo trata largamente la cuestión mexicana. La conclusión de la primera parte de este importante trabajo es que la guerra contra México no está suficientemente motivada, que es inicua, y que ciertamente será ruidosa y funesta para la Francia. La segunda parte del artículo es consagrada a combatir el establecimiento de una monarquía en México. Que se observe bien que eso fue publicado el 30 de septiembre de 1862. Insisto sobre la fecha, porque prueba que Torres Caicedo no expresaba

¹⁵³ José María Torres Caicedo. "Consideraciones sobre la injustificable intervención en Méjico." En: *Ibíd.*, t. 3, p. 458.

¹⁵⁴ Son significativos dos aspectos de la postura de Torres Caicedo: por una parte, destacar que ningún conservador latinoamericano defendió la soberanía mexicana y el gobierno legítimo de Benito Juárez. Por otra parte, resulta interesante comprobar cómo su análisis no dista del estudio contemporáneo hecho al respecto por el profesor Alberto Prieto en su texto *Ideología, Economía y Política en América Latina (Siglos XIX y XX)*.

Ver: Alberto Prieto Rozos. *Ob. cit.*, pp. 28-45.

su opinión después de los hechos, sino que ha sido del número de aquellos que predijeron las catástrofes y esforzaron en evitarlas advirtiéndolo al gobierno de Napoleón III.¹⁵⁵

Para Torres Caicedo “Nuestra América” necesitaba del progreso pero por las vías de la armonía y no de la anexión. Cada uno de estos sucesos fortalecía más sus concepciones unionistas y le alentaban en su empeño de ver a toda nuestra Patria Grande junta. “Estamos de acuerdo con el rompimiento de las barreras que se oponen al comercio interior, pero muy lejos estamos de desear que se realicen por medio de la anexión y de las conquistas, que obren sin obstáculos las leyes naturales frente a la armonía y la fusión.”¹⁵⁶

3.4 José María Torres Caicedo y la “Multipatria Latinoamericana”

El pensamiento integrador de José María Torres Caicedo, presenta en su evolución tres facetas que es necesario analizar por separado. A saber: la original creación del vocablo América Latina en 1856; la concepción de una doctrina de unidad en 1861 y que apareció publicada en 1865 en su obra *Unión Latino-Americana* y la fundación en París en 1879 de la Sociedad de la Unión Latinoamericana. Debe resaltarse que el ideario de Torres Caicedo se nutre del pensamiento de Bolívar -al cual corresponde el merecido calificativo de Padre del Hispanoamericanismo-, de forjar una Liga americana, pero a diferencia de éste fundamentaba su proyecto de Confederación con la participación de todos los pueblos descendientes del tronco común latino, incluyendo a la América portuguesa y francesa. José María Torres Caicedo debe considerarse como el Padre del Latinoamericanismo, pues fue quien por primera vez predicó la unidad en una dimensión que superaba los marcos de Hispanoamérica, al definir el *ser* latino de “Nuestra América.”

¹⁵⁵ Pradier Foder. *Portraits diplomatiques, Torres Caicedo*. Citado por Arturo Ardao. En: *América Latina y la latinidad...ob. cit.*, p. 68.

¹⁵⁶ José María Torres Caicedo. “Consideraciones sobre la injustificable intervención en Méjico.” En: *Mis Ideas y mis Principios...ob. cit.*, t. 3, pp. 321-471.

3.4.1 Un nombre para la América al sur del río Bravo

La reflexión americanista surge desde la invasión española, primero como una necesidad europea y luego como una necesidad de la propia conciencia americana. Este proceso reflexivo se realizó con la invención de América por parte de Europa, primero como una entidad geográfica- continente- a través de un complejo proceso ideológico y luego, como una entidad histórica –Nuevo Mundo-.¹⁵⁷

La invención de América quedó demostrado en la carta “Mundus Novus” de Américo Vesputio, donde refiriéndose a los territorios descubiertos, los califica como una nueva entidad geográfica, distinta de Asia. Y de este modo aparece la concepción gráfica del nuevo continente, en el folleto de 1507 *Cosmographiae Introductio*, donde se incluye la “Letrera” de Vesputio y el Mapamundi, de Martín Waldseemüller. Este nuevo continente, o cuarta parte del mundo, recibe, pues, el nombre de “América” que quiere decir “Tierra de Américo”, por ser el primero que tomó conciencia de la realidad de la misma. De ella dice Waldseemüller: “habiendo sido descubierta por Americus puede llamarse Amerige, tierra de América o América”.¹⁵⁸

Las consideraciones anteriores son las que llevan a Edmundo O’Gorman a hablar de la “invención” de América, a contrapelo del término “descubrimiento”. La palabra “invención” denota el modo de explicar el paulatino surgimiento de América en el ámbito de la historia occidental, a través de un largo y complejo proceso ideológico que implica su asunción como ente geográfico y ente histórico.

Al inventar a América y más concretamente, al concebir la existencia de una “cuarta parte” del mundo, fue como el hombre de la cultura de occidente desechó las cadenas milenarias que él mismo se había forjado. No por casualidad América surgió en el horizonte histórico como el país del porvenir y de la libertad.¹⁵⁹

¹⁵⁷ Edmundo O’Gorman. *La Invención de América*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

¹⁵⁸ José Luis Abellán. *La Idea de América. Origen y evolución*. Madrid, Ediciones Istmo, 1972, p. 35.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 144.

Como entidad histórica América asume un ser: el Nuevo Mundo, en contraposición o como dualidad al Viejo Mundo, lo cual implica ya una posición de inferioridad con respecto a Europa y de aceptación de los designios de ser inventada por la conciencia europea según su conveniencia y sus directrices.

Esta connotación de Nuevo Mundo dada por Europa a América se manifestó, como lo anotamos arriba, en situar a América en una condición de inferioridad. Inferioridad que en primer término, fue declarada en torno a nuestra geografía, denominando a estas tierras como un continente cenagoso y pestilente; y a continuación, otorgándoles el carácter de homúnculos a los habitantes originarios, poniendo en duda su condición humana.¹⁶⁰

Es así, cómo la preocupación por nuestro Ser, es una reflexión de la mente hispanoamericana, que sufrió los embates de la negación del carácter humano de los aborígenes, y cuyo proceso de mestizaje fue visto de manera degenerativa.

Este es el marco general en el cual va a desarrollarse el proceso de creación del vocablo América Latina. El mismo tuvo como verdaderos padres a José María Torres Caicedo y al chileno Francisco Bilbao. Bilbao, también residente en París, empleó el vocablo, por primera vez, en una conferencia el 22 de junio de 1856 con el título de “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas.” En ella exaltaba que “la América vive, la América latina”¹⁶¹. En este emotivo discurso también se preguntaba si “la raza Latinoamericana”¹⁶², debería esperar “a la voluntad ajena y a un genio diferente para que organice y disponga de nuestra suerte”¹⁶³, en clara alerta a las pretensiones expansionistas de los Estados Unidos.

A unos pocos meses el nombre de América Latina vuelve a aparecer en la estrofa IX de un poema titulado “Las Dos Américas”, fechado el 26 de septiembre de 1856 en Venecia, por el colombiano José María Torres Caicedo. Aquí la estrofa:

Más aislados se encuentran, desunidos,
Esos pueblos nacidos para aliarse:

¹⁶⁰ Antonello Gerbi. *Ob. cit.*, p. 170.

¹⁶¹ Francisco Bilbao. “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas.” En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 1, p. 56.

¹⁶² *Ibidem.*

¹⁶³ *Ibidem.*

La unión es su deber, su ley amarse:
Igual origen tienen y misión;-
La raza de la América Latina,
Al frente tiene la sajona raza,-
Enemiga mortal que ya amenaza
Su libertad destruir y su pendón.¹⁶⁴

El alumbramiento del Panlatinismo, se remonta a 1836 cuando en la “Introducción” a las *Cartas sobre la América del Norte*, Michel Chevalier hace una caracterización del Nuevo Mundo: “Las dos ramas, latina y germana, se han reproducido en el Nuevo Mundo. América del Sur es, como la Europa meridional, católica y latina. La América del Norte pertenece a una población protestante y anglosajona”.¹⁶⁵

En esta primera etapa de gestación del nombre de América Latina, sólo se hace mención a la idea de la latinidad de América, sin que en ningún momento se avance más allá de una mera adjetivación. La sustantivación correrá por parte de Torres Caicedo y Francisco Bilbao.

El pasaje de la idea de una América *latina* a la idea y el nombre de *América Latina*, no fue automático. (...). Aquel pasaje de la mera adjetivación a la sustantivación gentilicia, no lo conoció nunca la “Europa latina”, expresión surgida al mismo tiempo y siempre de uso corriente. Menos aún las relativas a los sectores latinos -por igualmente latinizados- de todos los demás continentes: Norteamérica latina, África latina, Asia latina, Oceanía latina. (...). Sólo en el caso de nuestra América la expresión fue asumida, desde sus orígenes, por la conciencia de una nacionalidad -o supranacionalidad- que desde tiempo atrás pugnaba confusamente por definirse para de ese modo identificarse.¹⁶⁶

El hecho que indudablemente afianzó el desarrollo de una conciencia continental fue la expansión alarmante de Estados Unidos en el primer tercio del siglo XIX, con la aventura

¹⁶⁴ José María Torres Caicedo. “Las Dos Américas.” En: *Religión, Patria y Amor. Colección de Versos*. París, T. H. Ducessois Impresor Editor, 1862, p. 459.

¹⁶⁵ Este trabajo de Michel Chevalier se encuentra citado por Arturo Ardao. Ver: Arturo Ardao. *América Latina y la latinidad...ob. cit.*, p. 47.

¹⁶⁶ *Ibidem*, pp. 53-54.

de Texas, y las expediciones filibusteras de Walker en Centroamérica. “Es entonces cuando aquella sacudida conceptual a la vez que emocional, tiene lugar, precipitando la dramática necesidad de levantar frente a la otra América, una imagen unificante, como incitante, de la América propia”.¹⁶⁷

Así nos deja ver en su poema Torres Caicedo las expediciones de Walker:

A su ancho pabellón estrellas faltan,
Requiere su comercio otras regiones;
Mas flotan en el Sur libres pendones-
¡Que caigan! dice la potente Unión.
La América Central es invadida,
El Istmo sin cesar amenazado,
Y Walker, el pirata, es apoyado
Por la del Norte, ¡pérfida nación!¹⁶⁸

El nombre de América Latina surge de la antítesis entre la América Sajona y la América Latina, en medio del debate étnico del historicismo romántico y la amenazante expansión de los Estados Unidos.

En torno al debate de las razas Torres Caicedo nos dice “empleamos la palabra (raza), aún cuando no es rigurosamente exacta, mas como hemos manifestado en el artículo anterior, para seguir el espíritu y el lenguaje de convención que hoy domina”.¹⁶⁹ Se sometía, pues, a lo que entendía ser, para su propia época un convencionalismo.

Es claro que Torres Caicedo asume este debate en tanto le permite la construcción de un nombre que le da fuerza a su idea, mas no porque el termino raza sea el adecuado para la designación. Sin embargo, es el que posibilita por la coyuntura histórica de la expansión norteamericana y la urgencia de rechazarla, aprovechar el término para a través de la dualidad fortalecer la identidad nuestra con un nombre que surge de una necesidad histórica.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 54.

¹⁶⁸ José María Torres Caicedo. “Las Dos Américas.” En: *Religión, Patria y Amor...ob. cit.*, p. 455.

¹⁶⁹ José María Torres Caicedo. “La raza latina”. En: *Mis Ideas y mis Principios...ob. cit.*, t. 1, p. 183.

3.4.2 Su pensamiento unionista

El pensamiento unionista de José María Torres Caicedo logra su máxima elaboración en la obra *Unión Latino-Americana. Pensamiento de Bolívar para formar una Liga Americana; su origen y sus desarrollos*, doctrina formulada por primera vez en 1861, publicada en París en 1865 y reeditada en la misma ciudad en 1872.

El antecedente ideológico de este estudio, se halla en la idea original del Libertador Simón Bolívar de integrar los pueblos hispanoamericanos a través de una Confederación de Repúblicas. Su aspiración era dotar a la América Hispana, de unidad, fortaleza y poder decisorio en el escenario internacional, en aras de garantizar el equilibrio del universo.

Dos aspectos deben señalarse sobre este particular. El primero, radica en que el pensamiento unionista de Torres Caicedo contiene un latinoamericanismo antinorteamericano y no como deja ver Javier Ocampo antimperialista. Al respecto Ocampo dice: “Torres Caicedo fue el primer escritor en América que publicó una obra con el título de “Unión Latinoamericana” contra el imperialismo norteamericano y con un estudio de la autenticidad a través del pensamiento de Simón Bolívar.”¹⁷⁰

Torres Caicedo no concibe su obra contra el imperialismo norteamericano, sino contra el expansionismo manifestado en las anexiones de Texas y en las aventuras filibusteras de Walker. Por otra parte, el imperialismo como fenómeno histórico se desarrolla fundamentalmente a partir del último tercio del siglo XIX cuando en Europa y Estados Unidos tiene lugar un proceso de formación y consolidación de monopolios en un número creciente de ramas de la producción, que conduce progresivamente a un auténtico dominio de la oligarquía financiera. Es así como los Estados burgueses devienen en Estados imperialistas, justamente, cuando son conquistados por estos grupos financieros. En ningún

¹⁷⁰ Javier Ocampo López. *Historia de las ideas de la integración de América Latina*. Tunja, Editorial Bolivariana Internacional, 1981, p. 60.

momento, Torres Caicedo cataloga a Estados Unidos como imperio, pero su profundo latinoamericanismo lo lleva a albergar un fuerte sentido antinorteamericano.¹⁷¹

Ricaurte Soler, en su obra *Idea y cuestión nacional Latinoamericana*, sostiene que las ideas integracionistas fundadas por el liberalismo, aunque no desaparecieron, sufrirían un declive a finales del siglo XIX. Las causas de tal decadencia, se debieron al repliegue del conservadurismo del proyecto unionista y a las limitaciones impuestas por éste al liberalismo. Es así como se produjo, en las entrañas liberales, una tendencia claramente pronorteamericana y proeuropea.

El análisis de Soler resulta acertado, en la medida en que describe las oscilaciones pendulares que ocurrieron dentro de la ideología liberal, pero hierra al señalar a Torres Caicedo como partícipe de este movimiento. Soler, sin realizar una valoración del conjunto de su obra, que le permita entender las razones por las cuales éste enjuicia el tratado realizado entre Chile, Perú y Ecuador en 1856, llega a calificarle de admirador de los Estados Unidos.

Es lo que observamos también en el colombiano José María Torres Caicedo. En 1861 publicó unas “Bases” para la unión, económica, política, de los estados latinoamericanos (utiliza este término y explícitamente incluye a Brasil). Este escrito, según propio testimonio, tuvo amplia difusión “en muchas hojas y revistas europeas y en casi todos los diarios de América Latina”. En esas bases no incluye, obviamente, a los Estados Unidos. Pero pocos años después al hacer un recuento retrospectivo de los esfuerzos integracionistas, critica el tratado de 1856 (llamado “continental” entre Chile, Perú y Ecuador) señalando que “tiene el defecto capital de mostrar un espíritu hostil contra los Estados Unidos (consecuencia de las expediciones de Walker). Es claro que Torres Caicedo ha puesto esperanzas en el norte antiesclavista.¹⁷²

Para Torres Caicedo la unidad latinoamericana no se fundaba en el odio visceral hacia una nación o raza, lo cual de ningún modo implica una actitud servil o concesión en sus

¹⁷¹ Vladimir Ilich Lenin. *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*. Moscú, Editorial Progreso, 1989, p. 20.

¹⁷² Ricaurte Soler. *Ob. cit.*, p. 182.

doctrinas hacia los Estados Unidos. Lo anterior se puede corroborar en su escrito de 1882 titulado *La América Anglosajona y la América Latina*, en donde denunció las pretensiones de “los Estados Unidos, desde ha varios años, vienen exhibiendo sus teorías de dominación universal sobre la América Latina”.¹⁷³ Su posición de rechazo a la intervención de potencias extranjeras en la política latinoamericana, la hizo extensiva a Europa al expresar: “La Europa no intervendrá en los negocios de la América Latina; pero la América Sajona tampoco intervendrá en ellos”.¹⁷⁴ En este mismo escrito, insistió en la realización de un Congreso para la Unión Latinoamericana en nuestro territorio, sin la presencia de los Estados Unidos, rechazando las teorías de dominación continental de la Doctrina Monroe.¹⁷⁵

La postulación de una nacionalidad que rebasara el estricto marco de la tradicional unidad de Hispanoamérica y que comprendiera a los países de Brasil y Haití expresaba el propósito de reformular el proyecto de integración, tal como había sido perfilado por los próceres independentistas y de redefinir la propia identidad en un sentido más amplio, frente a la América Sajona. Por tal razón afirmó Torres Caicedo: “Hay América anglosajona, dinamarquesa, holandesa, etc.; la hay española, francesa, portuguesa; y a este grupo, ¿qué denominación aplicarle sino el de latina?”¹⁷⁶

Creado el nombre de América Latina, en medio del ambiente señalado en la primera parte de esta sección, Torres Caicedo asumió en su doctrina unionista la dicotomía Sajón-Latino con el propósito de robustecer y engrandecer su doctrina de unidad. Es por ello que afirmamos que el debate de la razas es un pretexto, aprovechado por él, para elaborar tanto el nombre de América Latina, como su doctrina de unión, pues al tomar esta parte de América como Latina logra incluir dentro de su proyecto integrador formalmente a Brasil – que en estos momentos no hará parte real de sus pretensiones unionistas por ser un imperio, pero que queda incluido por ser del tronco Latino- y de esta manera amplía su proyección unionista, también incluyendo a todas las Antillas.

¹⁷³ José María Torres Caicedo. “La América Anglosajona y la América Latina.” En: *Ecos de la Unión Latino-Americana*. París, Imprenta Nueva, 1882, p. 110.

¹⁷⁴ *Ibidem*.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 119.

¹⁷⁶ José María Torres Caicedo. “La raza latina”. En: *Mis Ideas y mis Principios...ob. cit.*, t. 1, p. 175.

Las “Bases” para la unidad de América Latina propuestas por Torres Caicedo fueron expuestas en 1861 y nuevamente publicadas en su texto *Unión Latino- Americana*.

“- Reunión anual de una dieta latinoamericana

- Nacionalidad de los hijos de todos esos Estados, que deberían considerarse como ciudadanos de una patria común.

- Adopción de un principio fijo en materia de límites territoriales.

- Adopción de unos mismos códigos, pesos, pesas, medidas y monedas.

- Establecimiento de un tribunal supremo que decidiera amigablemente acerca de las cuestiones que se suscitaran entre dos o más repúblicas confederadas.

- Sistema liberal en materias comerciales, sin excluir el comercio de cabotaje.

- Sistema uniforme de enseñanza, declarando obligatoria y gratuita la instrucción primaria.

- Consagración del fecundo principio de libertad de conciencia y tolerancia de cultos.

- Consagración de los principios modernos de extradición de reos.

- Abolición de pasaportes

- Fijación de un contingente de tropas y recursos para la común defensa.

- Ningún Estado latinoamericano puede ceder parte alguna de su territorio, ni apelar al protectorado de ninguna Potencia.”¹⁷⁷

3.4.3 Difusión del nombre de América Latina y de su proyecto integrador

A pesar de su gran prestigio en Europa, Torres Caicedo careció del poder político necesario para convertir en un tratado multilateral el interesante proyecto de la confederación latinoamericana. Razón por la cual, decidió fundar la “Sociedad de la Unión Latinoamericana”, en 1879, encargada de difundir el ideal y de interesar a los pueblos y gobiernos en esta noble y formidable tarea unificadora.

Torres Caicedo fue un personaje de gran autoridad, entre los diplomáticos latinoamericanos, durante las décadas de los sesenta y setenta del siglo XIX. De hecho,

¹⁷⁷ José María Torres Caicedo. “Bases propuestas por el autor de este escrito para la formación de una Liga Americana” En: *Unión Latino- Americana...ob. cit.*, pp. 96-99.

poco antes de su muerte acaecida en 1889, fue nombrado Primer Presidente del Congreso Latinoamericano de Diplomáticos en Europa.

Y es que su consagración al engrandecimiento de “Nuestra América” y de sus hombres, su lucha por el respeto de nuestra soberanía, su divulgación de la unión de nuestros pueblos, fue su inquebrantable empeño. Estuvo donde tenía que estar para engrandecer nuestra identidad y la utopía integracionista. Inclusive donde no fuera invitado, se hacía invitar, y lograba a través de las más diversas peripecias hacer parte de los oradores en las diferentes reuniones a las que asistía.

La “Sociedad de la Unión Latinoamericana” es muestra de que Torres Caicedo fue un hombre de pensamiento y acción. Éste fue su medio para difundir la necesidad de la unidad de nuestras tierras, ahora robustecida por la inclusión de Brasil. La influencia ejercida por él, en los altos círculos políticos alimentaba este propósito, así como la recepción de todos los latinoamericanos que visitaban Francia. Su casa se convirtió en la de todos los latinoamericanos. Nos atrevemos a afirmar, sin temor a equivocarnos, que más que la creación del vocablo América Latina y su posterior doctrina de unidad, la tarea de difusión de estas ideas fue su verdadera obra magna. Todos los logros que obtuvo fueron frutos de su empeño y esfuerzo. Fue un hombre forjado en sus propias fuerzas: el se abrió caminos en Europa y desde allí no hizo otra cosa que defender su América Latina. Toda su vida la dedicó a ello, es más, la unidad de América Latina y su firmeza en la unidad fueron su vida.

Las palabras de Samper dibujan con precisión, la magna labor que desde París significaba dedicarse en la prensa a divulgar con certeza y buen tino la realidad latinoamericana, ora en la defensa de la soberanía o en la exaltación de pensadores de nuestra América.

La prensa europea desacredita y calumnia impunemente a los pueblos y gobiernos colombianos, sea por preocupación interesada, sea por ignorancia o mala inteligencia de los hechos. Y lo peor es (como lo hemos experimentado en París en diversas ocasiones, personalmente) que la voz del colombiano que quiere defender el honor de su patria, o explicar una noticia inexacta, o revelar hechos importantes, se siente ahogada por las influencias y prácticas de la prensa europea, puesto que los periódicos no son en general (como en Colombia) órganos verdaderos de *opiniones*, sino instrumentos de

pura especulación, más o menos sujetos a influencias oficiales, y que en Europa es imposible hacerse leer cuando no se tiene un nombre conocido y célebre. El hecho es que en Europa, donde todo gobierno tiene sus defensores asalariados, no hay prensa que haga oír la voz de Hispano-Colombia y defienda sus intereses; por la sencilla razón de que ningún colombiano (diplomático, cónsul o particular) tiene disponibles los medios necesarios para organizar un sistema de publicidad permanente y hábil.¹⁷⁸

Es necesario brindarle a este gran latinoamericano, el primero de los Latinoamericanos, el reconocimiento que merece, por la significación que tienen ahora sus creaciones e ideales.

¹⁷⁸ José María Samper. “Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas.” En: Leopoldo Zea. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana...ob. cit.*, t. 3, p. 24.

Consideraciones finales

El liberalismo, como primera ideología revolucionaria de la modernidad, forjó un mundo cuyo fundamento racional permitió la secularización de la vida en general. A la par, construyó los valores de una sociedad -moldeada por las revoluciones industrial y francesa- que aspiraba a la incesante búsqueda de riqueza y progreso.

Una vez la burguesía en el poder, replegaría su accionar revolucionario, tras el peligro que significó para el orden imperante, la incidencia de las masas en la política. Las revoluciones de 1848, marcaron el punto de inflexión hacia la conservadurización del proyecto de sociedad liberal.

El ímpetu alcanzado por la burguesía en el período de la doble revolución impregnó las mentes más preclaras de América Latina, que a la luz de las ideas liberales, lucharían en pos de la independencia. La futura configuración de los Estados-Nacionales, así como de los ciudadanos que los integrarían, serían en distintos momentos elaboradas a partir de las ideologías del liberalismo o del conservadurismo.

Es evidente que los conceptos de liberalismo y conservadurismo en América Latina, tomaron como referentes las doctrinas europeas, pero a diferencia de aquellas, éstas se caracterizaron por su elasticidad y heterogeneidad.

El liberalismo latinoamericano, concebía la necesidad de unificar el mundo a través del mercado mundial. En este sentido, la transformación de la estructura colonial heredada de la época virreinal era un imperativo, así como la configuración de los ciudadanos de las naciones por medio de una educación laica, que abarcara también a la población negra e indígena. El desmontaje de la vida colonial implicaba romper su férrea jerarquía a nivel administrativo, justificada en un poder central fuerte. La Iglesia fue uno de los objetivos fundamentales de los cambios liberales ya que ella representaba el pasado. El nivel de aceleración en los cambios dividiría a los liberales en moderados y radicales.

El conservadurismo, por su parte, no pretendía la restauración en estas tierras del orden político anterior, tal y como predicaba el europeo. Su objetivo esencial radicaba en el mantenimiento del status quo colonial, en lo concerniente, a las relaciones sociales y los poderes corporativos. Concebían una estructura social jerárquica y antes que ciudadanos, procuraban formar buenos cristianos. El pujante desarrollo industrial, provocaría la

formación de dos tendencias en el seno de estas ideologías: una moderada, que no percibiría en el progreso tecnológico un riesgo para la consecución de sus propósitos y otra ultramontana, radical en su concepción tradicional de la sociedad.

El amplio espectro que quedaba entre liberales radicales y conservadores ultramontanos era ocupado por los sectores moderados de ambas facciones que tejían las más diversas transacciones. Fue a partir de esos procesos pactables que la ideología liberal, revolucionaria por haber servido de fundamento a la ruptura del orden colonial, se conservaduriza a fines del siglo XIX, para ser funcional al orden neocolonial, bajo la égida del imperialismo inglés y del naciente imperialismo norteamericano.

El ideal integracionista hispanoamericano, logra su máxima expresión con el Libertador Simón Bolívar. Impregnado, como otros próceres de la gesta emancipadora, del espíritu de la Ilustración y del ideario mirandino, vio en la unidad de todos los territorios de la América antes española, la fortaleza imprescindible para la consolidación de la independencia. Esta primera etapa del pensamiento unionista, de la cual tomaron parte liberales y conservadores, se esgrimió con criterios defensivos hacia una posible reconquista española. Bolívar, por su proyección continental, se erigió como Padre del Hispanoamericanismo y Antinorteamericanismo, precursor del Latinoamericanismo y el Antimperialismo.

La generación posterior a los próceres, exaltada por el triunfo de las reformas liberales, vislumbraba en la unidad la vía para alcanzar el desarrollo material, con vistas a acceder al progreso y la civilización. El creciente expansionismo norteamericano constituiría otro acicate para los sectores que luchaban en pos de la unidad. Los debates en torno a la raza, con su dicotomía Latino vs. Sajón, aportarían el componente clave para que la concepción de unidad rebasara los estrictos territorios hispanoamericanos. De este modo, se sucederían las denuncias de destacados políticos e intelectuales de la época, sobre el carácter invasor y egoísta de la raza sajona. Esta segunda etapa, estaría marcada por el repliegue del conservadurismo del proyecto unionista, dado por el avance de las transformaciones alcanzadas por el liberalismo.

Tras el fracaso de la Gran Colombia, se comenzaron a perfilar las dos facciones políticas que constituirían los futuros partidos liberal y conservador en Colombia. En la década de los cuarenta, ambos grupos hicieron públicos sus programas, en los cuales esbozaban los

modelos de sociedad que pretendían construir. El recorrido histórico por el siglo XIX colombiano, devela dos partidos mutuamente excluyentes y separados por la bandera religiosa, indicativos de las difíciles coyunturas que se presentaron para el surgimiento y desarrollo de una conciencia de nación común.

En el país se produjo una ciudadanía escindida, donde la identificación nacional se hallaba signada por la adhesión a uno de los dos partidos tradicionales y el rechazo a los adversarios. Por ello, aún cuando los partidos y la Iglesia hubiesen causado múltiples guerras, fueron a la vez las únicas instituciones que posibilitaron la unidad dada su presencia a escala de la nación.

La idea de la integración en Colombia tuvo en Tomas Cipriano de Mosquera su más lúcido exponente desde el poder. Ferviente admirador de Bolívar, realizó encomiables esfuerzos en pos de reconstruir el sueño de la Gran Colombia, como la celebración del Congreso Hispanoamericano de Lima en 1864. Entre la intelectualidad, se distinguió por su grado de elaboración, el proyecto unionista de José María Samper. Éste quedó expuesto, de manera magistral, en su clásico texto sobre las Revoluciones colombianas.

Por su parte José María Torres Caicedo, en su evolución política, transitó de un conservadurismo ultramontano a un liberalismo moderado. En Colombia, fue un ideólogo del conservatismo y un líder de su prensa, compartiendo espacios con la alta jerarquía eclesiástica y dirigentes del Partido, como José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez. Bajo su firma aparecieron diversos artículos, en los que atacaba los principios del liberalismo, así como las reformas del gobierno de José Hilario López. En ellos, calificaba a los liberales de demagogos, niveladores y agentes causantes de la anarquía.

Su avance hacia posturas liberales moderadas se consumó a raíz de su larga estancia en Francia, cuyo ambiente político lo impactó notablemente, al desempeñarse como columnista, representante diplomático de varios países latinoamericanos y miembro de varias sociedades científicas. A través del estudio de su extenso ejercicio periodístico se puede apreciar su recorrido político. Ya en París, a partir de 1860, desde su cargo de redactor principal del *Correo de Ultramar*, defendió las ideas en torno a la separación de la Iglesia y del Estado. Partidario de la libertad de conciencia y de culto, hacía énfasis en la importancia de la secularización de la vida política, distanciándose de este modo de las posturas sostenidas no sólo por los conservadores colombianos sino también

latinoamericanos. Otro elemento revelador de su condición liberal moderada, lo constituye su iniciativa de un sistema de enseñanza pública, gratuita y uniforme para América Latina.

La férrea defensa que asumió de la soberanía mexicana y del gobierno legítimo de Benito Juárez, sustentado en la legalidad dada por el orden constitucional, en los mismos momentos en que se producía la invasión francesa, lo distanció por completo del conservadurismo colombiano y latinoamericano. Desde los salones parisienses rechazó con energía la intervención por injusta, inútil e inconveniente.

El debate sobre las razas puesto sobre el tapete por el historicismo romántico, fue utilizado convenientemente por Torres Caicedo, para afianzar su temprana vocación unionista y antinorteamericana, de estirpe bolivariana. Basado en la idea de la latinidad de “Nuestra América”, José María Torres Caicedo creó el vocablo América Latina, mérito compartido con el chileno Francisco Bilbao.

La creación de la expresión América Latina le permitió concebir una doctrina, que rebasaría los estrictos marcos de la unidad Hispanoamericana, perfilada por los próceres de la independencia, al insertar en la misma a los hermanos países de Brasil y Haití. Además, Torres Caicedo fue un insistente defensor de la importancia de completar la independencia política y cultural, con la económica.

En las décadas del sesenta, setenta y ochenta, Torres Caicedo se convirtió en el diplomático latinoamericano que más influencia ejerció sobre sus coterráneos. En 1879, fundó la “Sociedad de la Unión Latinoamericana”, encargada de promover la utilización del nombre de América Latina y de su doctrina de unidad.

Las razones, antes mencionadas, lo hacen acreedor de la distinción de Padre del Latinoamericanismo.

Bibliografía

Bibliografía activa

Torres Caicedo, José María. *Ecos de la Unión Latino-Americana*. París, Imprenta Nueva, 1882.

_____. *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos*. París, Librería Guillaumin, 1863, 3t.

_____. *Estudio sobre el gobierno inglés y la influencia anglosajona*. París, Baundry, Librería Europea, 1868, 2t.

_____. *Mis Ideas y mis Principios*. París, Imprenta Nueva, 1875, 3t.

_____. *Religión, Patria y Amor. Colección de Versos*. París, T. H. Ducessois Impresor Editor, 1862.

_____. *Unión Latino-Americana. Pensamiento de Bolívar para formar una Liga Americana; su origen y sus desarrollos*. París, Librería de Rosa y Bouret, 1865.

Bibliografía pasiva

Acosta, Cecilio. "José María Torres Caicedo". En: *Obras Completas*. Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1982, t. 2, pp. 89-218.

Rivadeneira Vargas, Antonio José. *El bogotano José María Torres Caicedo (1830-1889). La multipatria latinoamericana*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1989.

Bibliografía general

Abellán, José Luis. *La Idea de América. Origen y evolución*. Madrid, Ediciones Istmo, 1972.

Acanda González, Jorge Luis. *Sociedad civil y Hegemonía*. La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2002.

_____. *Traducir a Gramsci*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007, pp. 29-45.

Acosta, Yamandú. “El Liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores.” En: Roig, Arturo Andrés. (Comp.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Madrid, Editorial Trotta, 2000, pp. 343-361.

Alberdi, Juan Bautista. “Memoria sobre la conveniencia de un Congreso General Americano.” En: Zea, Leopoldo. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 2, pp. 145-163.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

Ardao, Arturo. *América Latina y la latinidad*. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

_____. “La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos”. En: Zea, Leopoldo. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 1, pp. 35-49.

Arosemena, Justo. “Discurso pronunciado por el Doctor Justo Arosemena, en julio de 1856, contra la expansión colonialista de los Estados Unidos.” En: Zea, Leopoldo. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 2, pp. 349-350.

_____. *Proyecto de tratado para fundar una liga sudamericana*. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.

Barzun, Jacques. *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural en Occidente*. Madrid, Taurus, 2004.

Bilbao, Francisco. “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas.” En: Zea, Leopoldo. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 1, pp. 51-66.

Bobbio, Norberto. *Liberalismo y Democracia*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Bohórquez Morán, Carmen. *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de América Latina*. La Habana, Fondo Cultural del ALBA, 2006.

Bolívar, Simón. “Carta de Jamaica.” En: Zea, Leopoldo. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 1, pp. 17-32.

_____. “Para Nosotros la Patria es América.” En: *Simón Bolívar. Documentos*. La Habana, Casa de Las Américas, 2006, pp. 44-45.

- Bushnell, David. *Colombia. Una Nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1996.
- Cuevas Molina, Rafael. *El Nacionalismo Latinoamericanista Antiimperialista de Augusto César Sandino y la nueva intelectualidad costarricense (1927-1934)*. . Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Históricas, Biblioteca de la Facultad de Filosofía e Historia, 2005.
- Delpar, Helen. *Rojos contra Azules. El partido liberal en la política colombiana 1863-1899*. Bogotá, Editorial Procultura, 1994.
- Fernández Nadal, Estela María. “El proyecto de unidad continental en el siglo XIX. Realidad y utopía.” En: Roig, Arturo Andrés. (Comp.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Madrid, Editorial Trotta, 2000, pp. 41-63.
- García Márquez, Gabriel. *Cien Años de Soledad. (Edición Conmemorativa)*. Bogotá, Alfaguara, 2007, pp.116-117.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica (1750-1900)*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.
- González, Fernán. *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado Nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín, La Carreta Editores, 2006.
- Groot, José Manuel. *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*. Bogotá, [s.e.], 1889-1893, 5t.
- Guerra Vilaboy, Sergio. *Breve historia de América Latina*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005.

_____. *El dilema de la independencia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007.

_____. *Historia mínima de América*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2004.

_____. *Los artesanos y la revolución latinoamericana. Colombia (1849-1854)*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1991.

_____ y Alejo Maldonado Gallardo. *Los Laberintos de la Integración Latinoamericana. Historia, mito y realidad de una utopía*. Caracas, Editorial Melvin, 2006.

Gray, John. *Liberalismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1994.

Henao, Jesús María y Gerardo Arrubla. *Historia de Colombia*. Bogotá, 1967.

Hobsbawm, Eric. *La Era del Capital (1848-1875)*. Buenos Aires, Editorial Crítica, 1998.

_____. *La Era del Imperio (1875-1914)*. Buenos Aires, Editorial Crítica, 1998.

_____. *La Era de la Revolución (1789-1848)*. Buenos Aires, Editorial Crítica, 1998.

_____. *Naciones y nacionalismo desde 1780: programa, mito, realidad*. Barcelona, Grijalbo, 1995.

Irisarri, Antonio José de. *Escritos polémicos*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1934.

Jaramillo Uribe, Jaime. “Etapas y sentido de la Historia de Colombia.” En: *Colombia Hoy*. Bogotá, Siglo Veintiuno Editores, 1990, pp. 21-100.

_____. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Alfaomega, 2001.

Jaramillo Vélez, Rubén. *Colombia: la Modernidad postergada*. Bogotá, Argumentos, 1998.

Kalmanovitz, Salomón. “La idea federal en Colombia durante el siglo XIX.” En: Sierra Mejía, Rubén. (Comp.). *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006, pp. 89-117.

Laski, Harold. *El Liberalismo europeo*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1989.

Lenin, Vladimir Ilich. *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*. Moscú, Editorial Progreso, 1989.

Martí, José. “Carta de Nueva York”. En: *Obras Completas*. La Habana, Editorial Lex, 1953, t. 1, p. 1318.

_____. “Nuestra América.” En: *Obras Completas*. La Habana, Editorial Lex, 1953, t. 2, pp. 105-112.

Melo, Jorge Orlando. (Comp.). *Orígenes de los partidos políticos en Colombia*. Bogotá, COLCULTURA, 1978.

Miranda, Francisco de. *América espera*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

_____. “Proclamación a los pueblos del continente colombiano”. En: Zea, Leopoldo. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 1, pp. 357-367.

Molina, Gerardo. *Las Ideas Liberales en Colombia (1849-1914)*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1975.

_____. *Las Ideas Socialistas en Colombia*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1987.

Nisbet, Robert. *Conservadurismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Ocampo López, Javier. *Los orígenes ideológicos de la Colombia contemporánea*. México D. F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1986.

_____. *Historia de las ideas de integración de América Latina*. Tunja, Editorial Bolivariana Internacional, 1981.

_____. *Qué es el Conservatismo Colombiano*. Bogotá, Plaza y Janes Editores, 1990.

_____. *Qué es el Liberalismo Colombiano*. Bogotá, Plaza y Janes Editores, 1990.

O’Gorman, Edmundo. *La Invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

Ospina Rodríguez, Mariano y José Eusebio Caro. “Declaratoria Política del Partido Conservador”. En: *La Civilización*, Bogotá, 4 de octubre de 1849.

Pérez Brignoli, Héctor. *Breve historia de Centroamérica*. México D.F., Alianza Editorial Mexicana, 1989.

Posada Carbó, Eduardo. *El desafío de las ideas. Ensayos de historia política e intelectual en Colombia*. Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2003.

Prieto Rozos, Alberto. *Ideología, Economía y Política en América Latina (Siglos XIX y XX)*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005.

Rama, Carlos. *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid, Tecnos, 1981.

Rojas, Ezequiel. “Razón de mi voto”. En: *El Aviso*, Bogotá, no. 26, 16 de julio de 1848.

Rojas Mix, Miguel. *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Barcelona, Editorial Lumen, 1991.

Romero, José Luis. *Situaciones e Ideologías en América Latina*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001.

Safford, Frank. *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1977.

Samper, José María. “Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas.” En: Zea, Leopoldo. (Comp.). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 3, pp. 13-27.

_____. *Historia de un Alma*. Medellín, Editorial Bedout, 1971.

Samper, Miguel. *La Miseria en Bogotá y otros Escritos*. Bogotá, Biblioteca Universitaria de Cultura Colombiana, 1969.

Santana, Adalberto. *El pensamiento de Francisco Morazán*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007.

Santana Castillo, Joaquín. “El Liberalismo: notas sobre el liberalismo mexicano decimonónico”. En: Santana, Adalberto y Sergio Guerra Vilaboy (Comps.). *Benito Juárez y Cuba*. México D. F., Porrúa, 2007, pp. 195-213.

_____. “Identidad cultural de un continente: Iberoamérica y la América Sajona. Desde la doctrina Monroe hasta la Guerra de Cuba.” En: Roig, Arturo Andrés. (Comp.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Madrid, Editorial Trotta, 2000, pp. 19-39.

Serrano, Alejandro. “Las últimas etapas de la Ilustración y el despertar y desarrollo del Romanticismo.” En: Roig, Arturo Andrés. (Comp.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Madrid, Editorial Trotta, 2000, pp. 239-259.

Soler, Ricaurte. *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México D. F., Siglo XXI Editores, 1980.

Tirado Mejía, Álvaro. “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”. En: *Colombia Hoy*. Bogotá, Siglo XX Editores, 1985, pp. 100-127.

_____. *Manual de Historia de Colombia*. Bogotá, Círculo de Lectores, 1982, t. 2.

Torres Caicedo, Carlos Arturo. *Idola fiori*. Tunja, UPTC, 1965.

Valle, José Cecilio del. “Soñaba el Abad San Pedro y yo también sé soñar”. En: Romero, José Luis. (Comp.). *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, t. 2, pp. 253-255.

Viscardo, Juan Pablo. “Carta a los Españoles Americanos”. En: Romero, José Luis. (Comp.). *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, t. 1, pp. 51-71.

Zea, Leopoldo. *América en la Historia*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1952.

_____. *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, 3t.

_____. “Las ideas en Iberoamérica en el siglo XIX.” En: *Filosofía y Cultura latinoamericanas*. Caracas, CELARG, 1976, pp. 179-204.

Anexo 1

Extracto del ensayo *Razón de mi voto* escrito por Ezequiel Rojas

¿Qué es lo que quiere el partido liberal?

República quiere el partido liberal: quiere sistema representativo real y verdadero.

Quiere que las libertades públicas y los atributos de la soberanía nacional se garanticen.

Quiere que los derechos individuales sean realidades.

Quiere que sólo la voluntad de la ley sea la que disponga de la libertad de los hombres.

Quiere que la ley sea la voluntad del legislador.

Quiere que haya recta y pronta administración de justicia.

Quiere leyes claras, precisas y terminantes para que con facilidad pueda el común de los hombres conocer sus deberes y sus derechos.

Quiere muy especialmente el partido liberal que al conferir los destinos públicos sólo se tenga en mira el buen servicio de la sociedad, que se atienda especialmente a las aptitudes, capacidades y probidad que se tengan para desempeñarlos.

Quiere que se adopte una severa y rigurosa economía y que no se inviertan las rentas públicas sino en las necesidades reales de la sociedad.

Quiere que se retire del Poder Ejecutivo la facultad dictatorial de disponer de las rentas públicas por medio de contratos celebrados a su arbitrio.

Quiere el partido liberal que no se adopte la religión como medio para gobernar: las dos potencias deben girar independientemente, cada una dentro de su órbita, puesto que cada una tiene su objeto y fin distinto.

Quiere que se destine una parte considerable de las rentas públicas a facilitar las vías de comunicación por tierra y por agua.

Quiere que se haga justicia imparcial a todos los granadinos, y que resentimientos personales no se conserven en forma de leyes.

En resumen, quiere el partido liberal que se organice un gobierno en beneficio de los gobernados; quiere un sistema verdaderamente representativo; un Congreso independiente, un Poder Ejecutivo que no pueda hacer sino lo que la ley le permite, una política en el Poder Ejecutivo, eminentemente nacional y americana, y quiere todo esto para los que obedecen no sean esclavos de los que gobiernen: para que haya verdadera libertad; para

podernos librar del gobierno teocrático; para que los granadinos tengan aseguradas sus personas y sus propiedades.

Principios tales son y han sido siempre los deseos del partido liberal; y como entre los hombres eminentes de ese partido, el primero que levantó su voz en la Cámara Legislativa pidiendo su restauración lo fue el General José Hilario López, lógico y justo es que se le haya tomado por candidato; y ésta es una de las razones que han determinado mi voto.

Fuente: Ezequiel Rojas. “Razón de mi voto”. En: *El Aviso*, Bogotá, no. 26, 16 de julio de 1848.

Anexo 2

Extracto de la *Declaratoria Política del Partido Conservador*

EL ORDEN constitucional contra la dictadura.

LA LEGALIDAD contra las vías de hecho.

LA MORAL DEL CRISTIANISMO y sus doctrinas civilizadoras, contra la inmoralidad y las doctrinas corruptoras del materialismo y del ateísmo.

LA LIBERTAD RACIONAL, en todas sus diferentes aplicaciones contra la opresión y el despotismo monárquico, militar, demagógico, literario, etc.

LA IGUALDAD LEGAL contra el privilegio aristocrático, odocrático colocrático, universitario o cualquiera otro.

LA TOLERANCIA REAL Y EFECTIVA contra el exclusivismo y la persecución sea del católico contra el protestante y el deísta y del ateísta contra el jesuita y el fraile, etc.

LA PROPIEDAD contra el robo y la usurpación ejercida por los comunistas los socialistas, los supremos o cualesquiera otros.

LA SEGURIDAD contra la arbitrariedad de cualquier género que sea.

LA CIVILIZACIÓN, en fin, contra la barbarie.

En consecuencia, el que no acepta algo de estos artículos no es conservador.

El conservador condena todo acto contra el orden constitucional, contra la legalidad, contra la moral, contra la libertad, contra la igualdad, contra la tolerancia, contra la propiedad, contra la seguridad y contra la civilización, sea quien fuere el que lo haya cometido.

Ser o haber sido enemigo de Santander, de Azuero o de López, no es ser conservador; porque Santander, Azuero y López defendieron también en diferentes épocas, principios conservadores.

Haber sido amigo de éstos o de aquellos caudillos en las guerras por la independencia, por la libertad o por la Constitución, no constituye a nadie conservador; porque algunos de esos caudillos han defendido también alguna vez principios anticonservadores.

El conservador no tiene por guía a ningún hombre; eso es esencial en su programa.

Si alguno o muchos hombres eminentes del partido se partan del programa, el partido los abandona, los rechaza.

El Partido Conservador no acepta ningún acto ejercido a su nombre contra su programa; ninguna aserción que esté en oposición con estos principios, sea cual fuere su procedencia.

El Partido Conservador no quiere aumentar sus filas con hombres que no profesen teórica y prácticamente los principios de su programa; por el contrario, le convendría que si en sus filas se hallan algunos que no acepten con sinceridad estos principios, desertasen de una vez.

Mariano Ospina

José Eusebio Caro

Fuente: Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro. “Declaratoria Política del Partido Conservador”. En: *La Civilización*, Bogotá, 4 de octubre de 1849.

Anexo 3

Poema *Las Dos Américas* de José María Torres Caicedo

Yo lo juro también, y en este instante,
Yo me siento mayor, dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente,
Volemos al combate, a la venganza,
Y el que niegue su pecho a la esperanza,
Unda en el polvo la cobarde frente.

Quintana.

I

Rica, potente, activa y venturosa
Se levanta de América en el Norte
Una nación sin reyes y sin corte,-
De sí señora- esclava de la ley;
Débil ayer, escasa de habitantes,
Al ver que Albión su libertad robaba,-
¡Atrás, gritó: la servidumbre acaba,
Porque hoy un pueblo se proclama Rey!

Y aprestada a la lid, con faz serena,
A luchar se lanzó; lidió valiente;
Triunfó doquiera; libre, independiente,-
República al instante apellidó.
Y ese pueblo tan fiero en el combate,
Prudente se mostró tras la victoria,
Y su primera página de gloria
Fue que en el Orden Libertad basó.

Su ley primera hallóse defectuosa,
Porque imposible la existencia hacía
Del gobierno:-ya asoma la anarquía,
Gritaron los patriotas sin cesar;
Las plazas colma el pueblo soberano,
Y otra constitución, prudente, vota:
Así la nave que el turbión azota,
Experto capitán, logra salvar.

II

Vástagos de esos hombres valerosos
Que la tierra de Europa abandonaron,
Porque en sus playas libertad no hallaron
Para elevar altares a su Dios;
Que atravesando los airados mares,
De la virgen América en la orilla
Sembraron del Derecho la semilla,
Que ricos frutos produjera en pos:-
Washington, Carroll, Hamilton y Franklin,
Nietos de esos varones venerables
Libertad sobre bases perdurables
Quisieron en su patria cimentar;
Amantes del Deber y la Justicia,
Alzaron del Derecho la bandera:
Santa revolución! Fue la primera
Que llamara los pueblos a reinar.

Sin era de terror- si proscipciones-
Las leyes de Moral siempre observadas,-
De América en las tierras dilatadas,
Se alzó del libre el ancho pabellón.

Las leyes de ese pueblo fueron sabias:
Libertad para sí- con los extraños
Paz y amistad; así tras pocos años
Potente y rica se mostró la Unión.

III

En tanto que del Norte en las riveras
La ley del Cristo por doquier triunfaba,
Allá en el sur la América soñaba
De libertad un bello porvenir.
Sonó la hora. Bravos se lanzaron
A lidiar por su patria los guerreros;
Del plata al Orinoco los aceros
De mil valientes vierónse blandir.
Y lucharon constantes. Los reveses
Su valor aumentaban, su energía;
El Dios de las batallas prometía
A esfuerzos tan heroicos, galardón.
Y eran pocos, y escasos de recursos,
Lidiaban con soldados aguerridos,
Mas ora vencedores, ya vencidos,
Jamás desfalleció su corazón.

Mil triunfos sus proezas coronando,
Los Andes aclamaron su victoria;
Ante el mundo la América con Gloria
Mostróse libre, independiente al fin.
El plata vio las huestes triunfadoras,-
Por doquiera escuchóse con arrobo
La historia del Maipú, de Carabobo,
De Boyacá, Pichincha y de Junín.

IV

México al norte. Al sur las otras hijas
Que a la española madre rechazaron,
De Washington la patria contemplaron
Como hermana mayor, como sostén,
Copiaron con fervor sus sabias leyes;
Por tipo la tomaron, por modelo;
Buscaron su amistad con vivo anhelo,
Y su alianza miraron como un bien.
Ella entre tanto, altiva desdeñaba
La amistad aceptar de sus hermanas;
El gigante del Norte, como enanas
Miraba a las Repúblicas del Sud
Fue preciso que Albión las inscribiera
En el libro en que inscribe las naciones,
Para que honrara entonces sus pendones
La nación sin niñez, sin juventud.

V

Más tarde, de sus fuerzas abusando,
Contra un amigo pueblo a guerra llama;
Su suelo invade, ejércitos derrama
Por sus campos y bella capital.
La tierra mexicana estaba entonces
En contrarias facciones divididas:-
¡Ay del pueblo que en guerra fratricida
Oye el grito de guerra nacional!

En vano fue que sus mejores hijos
Valientes se lanzaron al combate,-

Que el enemigo en su carrera abate
Las huestes mexicanas su pendón
El yankee odiando la española raza,
Altivo trata al pueblo sojuzgado,-
Y del campo encontrándose adueñado,
Se adjudica riquísima porción...

VI

“Cuanto es útil, es bueno”, así creyendo,
La Unión americana al olvido
La Justicia, el Deber, lo que es prohibido,
Por santa ley de universal amor
Y convirtiendo a la Moral en cifras
Lo provechoso como justo sigue;
El Deber! qué le importa si consigue
Aumentar su riqueza y su esplendor!

A su ancho pabellón estrellas faltan,
Requiere su comercio otras regiones;
Mas flotan en el sur libres pendones-
¡Que caigan! dice la potente Unión.
La América Central es invadida,
El Istmo sin cesar amenazado,
Y Walker, el pirata, es apoyado
Por la del Norte, ¡pérfida nación!

El seno de la América valiente
Desgarran ya sus nuevos opresores;
Hoy sufre Nicaragua los horrores
De una ruda y sangrienta esclavitud;-
Tala los campos el audaz pirata,

Pone fuego a las villas y ciudades;
¡Y aprueba sus delitos y maldades
Su patria, tierra un tiempo de virtud!

VII

¡Oh, santa Libertad! tus hijos vuelan
A encadenar sus débiles hermanos;
De la tierra do reinas, los tiranos,
Salen llenos de saña de furor.
Ese pueblo gigante que pudiera
A los débiles pueblos dar ayuda
Los odia, los invade, y guerra cruda
Les declara, volviéndose traidor!

Su móvil, la ambición y la codicia;
Sus medios- ya la fuerza, ya el engaño;
Y no ve que trabaja así en su daño,
Al revivir la más odiosa edad.
La Europa no se duerme, sino asecha
La ocasión de extender su despotismo:-
¡La libre Unión preparará el abismo
En que se hunda al fin la libertad!...

La Unión está minada; esclavos tiene:
El sur y el norte a separarse tienden;
Se agravan sus cuestiones, y se encienden
Más que nunca sus hombres al lidiar
Ya los preludios de civil contienda
Sangrientos en su suelo aparecieron;
La lucha se aplazó; mas todos vieron
Que no muy tarde volverá a empezar.

La moral de ese pueblo es relajada;
Sólo el comercio salva su existencia,
Mas, lleno de ambición, en su demencia,
Para sí la confianza va a destruir.
La América del Sur sus puertos le abre,
De sus riquezas a gozar lo invita,-
¡Y él, entre tanto, pérfido medita
Privarla de su bello porvenir!

VIII

¿Dónde está de esos pueblos valerosos
El belicoso ardor y la energía?
Ellos supieron alcanzar un día
Patria, derechos, libertad y honor;
Hoy entregados a intestinas luchas.
¿Sufrirán la invasión del extranjero,
Sin requerir valientes el acero
Y a la lid aprestarse con vigor?

No! que esa raza noble, generosa,
Exenta está de sórdido egoísmo,
Y al escuchar la voz del patriotismo,
Se distingue con hechos sin igual,
La tierra de la América española
No ha brotado ni bajos, ni traidores;
Y se verán sus tercios vencedores,
Si le provocan guerra nacional.

Los que ayer arrollaron denodados
Las huestes castellanas por doquiera,
Sostendrán el honor de su bandera

Y el nombre de la América del Sud;
Sus hijos, de esas glorias herederos,
El brillo aumentarán de nuestra historia,-
Que luchar por la patria y por su gloria,
Sabe la americana juventud.

IX

Mas aislados se encuentran, desunidos,
Esos pueblos nacidos para aliarse:
La unión es su deber, su ley amarse:
Igual origen tienen y misión;-
La raza de la América Latina,
Al frente tiene la sajona raza,-
Enemiga mortal que ya amenaza
Su libertad destruir y su pendón.

La América del Sur está llamada
A defender la libertad genuina,
La nueva idea, la moral divina,
La santa ley de amor y caridad.
El mundo yace entre tinieblas hondas:
En Europa domina el despotismo,-
De América en el Norte el egoísmo,
Sed de oro e hipócrita piedad.

Tiempo es que esa virgen que se alza
Entre dos océanos arrullada
Y por los altos Andes sombreada,
Deje su voz profética escuchar.
El cielo que la dio bellezas tantas,
La señaló un magnífico destino:-

Nueva vestal, conservará el divino
Fuego que nunca deberá cesar.

Ella será la que levante firme
Templo a la Libertad y a los Derechos,
A rodar carcomidos y desechos
Los palacios que albergan el error;
Que sus selvas y llanos dilatados
A la Razón ofrecerán altares,
Y por sus playas cambiarán sus lares
Cuanto anhelan libertad, amor.

Sacerdotisa del moderno tiempo,
Derramará la luz de la esperanza,
Bajo su manto alcanzará bonanza
La afligida, doliente humanidad.
En sus bellos, edénicos jardines,
Bajo su sol ardiente y amoroso,
Se alzará un himno eterno, misterioso,
Al Orden, la Concordia y Libertad!

Reinarán los gobiernos de derecho;
Esclavo de la ley el ciudadano;-
De sus actos perfecto soberano,
Reglará sus acciones la razón.

Se acabarán los lindes egoístas
Que separan naciones de naciones;
Y en lugar de la voz de los cañones
Se escucharán cantares a la Unión.

A cima llevará tan grandes bienes
La América del Sur con sólo unirse;
Si ha padecido tanto al dividirse,
¿Por qué compacta no se muestra al fin?
No sólo su ventura- la del mundo
De su quietud, de su concordia pende;
Su unión será cual faro que se enciende
En noche borrascosa, en el confín.

¡Hermoso continente bendecido
Por la diestra de la suma Providencia:
Si lo quieres, el bien de tu existencia
Fácil lo encuentras –te lo da la UNIÓN!
Eso te falta para ser dichoso,
Rico, potente, grande, respetado;
UNIÓN! Y el paraíso tan soñado
Bajo tu cielo está, por bendición!

Un mismo idioma, religión la misma,
Leyes iguales, mismas tradiciones:-
Todo llama esas jóvenes naciones
Unidas y estrechadas a vivir.
América del Sur! ¡ALIANZA, ALIANZA
En medio de la paz como en la guerra;
Así será de promisión tu tierra:
La ALIANZA formará tu porvenir!

X

¿Mas qué voces se escuchan por doquiera?
¿Qué expresan esos gritos de agonía?
¿Qué quiere aquella turba audaz, impía,

Que recorre América Central?
Qué! mancillado el suelo americano
Por un puñado de invasores viles!
¿Dónde, do están los pechos varoniles
De la española raza tan marcial?

¡A las armas! Corramos al combate!
¡A defender volemós nuestra gloria,
A salvar de la infancia nuestra historia,
A sostener la Patria y el Honor!
El Norte manda sin cesar auxilios
A Walker, el feroz aventurero,-
Y se amenaza el continente entero,
Y se pretende darnos un señor!

¡A la lid! Mientras alienten nuestros pechos,-
Mientras circule sangre en nuestras venas,
Repitamos, si es fuerza, las escenas
De Ayacucho, de Bárbula y Junín.
El pueblo que pretende encadenarnos,
Nos encuentre cerrados en batalla,
Descargándole pólvora y metralla,
Al claro son del bélico clarín!

La paz es santa; mas si mueve guerra
Un pueblo audaz a un pueblo inofensivo,
La guerra es un deber –es correctivo,
Y tras ella la paz se afirmará.
¡UNIÓN! ¡UNIÓN! que ya la lucha empieza,
Y están nuestros hogares invadidos!
¡Pueblos del Sur, valientes, decididos,

El mundo nuestra ALIANZA cantará!...

Fuente: José María Torres Caicedo. "Las Dos Américas." En: *Religión, Patria y Amor. Colección de Versos*. París, T. H. Ducessois Impresor Editor, 1862, pp. 449-461.